

83

DA  
CIÓ

LIBRARY  
OF THE  
MUSEUM OF  
ART AND HISTORY  
OF THE CITY OF  
NEW YORK

PQ 1783  
.R4  
C4  
1833  
v. 4



1020133401



EL CEMENTERIO  
DE  
LA MAGDALENA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CEMENTERIO  
DE  
LA MAGDALENA,

POR

J. J. REGNAULT-WARIN.

EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA CON UN RESUMEN  
DE LAS VIDAS DE LUIS XVI, DE MAD. ISABEL,  
DE LA DUQUESA DE ANGLEMA, DE LUIS XVIII,  
DE CARLOS X, Y DE LOS DUQUES DE  
ANGLEMA Y DE BERRY,

POR D. VICENTE SALVÁ.

TOMO CUARTO.



PARIS,

LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA,  
CALLE DE RICHELIEU, N.º 60.

—  
1833.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NOUVEAUX-ÉPONS

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBRERÍA

Paris, imprenta de DEMONVILLE, calle Cristina,  
n.º 2.

PQ1783

24

C4

1883



FONDO  
PEREZ MALDONADO

EL CEMENTERIO

DE LA

MAGDALENA.

ESTRACTO

DEL DIARIO DEL CIUDADANO DESAULT,

PRIMER CIRUJANO

DEL GRANDE HOSPICIO DE CARIDAD.

(Documentos justificativos, núm. 25.)

« El día... del año... recibí una órden de los miembros de la Convencion nacional, para que me presentase en la casa de sus juntas, donde se me comunicaría un asunto de entidad.

Encontré allí á los representantes en número de unos veinte y cinco, entre los cuales vi á muchos, cuyos nombres hacen honor á las artes, á las ciencias y á la patria. Me recibieron con mas agasajo que puedo merecer, y el presidente, despues de haber hablado de mis acertadas curaciones, prendas, decía él, y recompensa de mi zelo y talento, añadió que iba á confiarme un encargo, no ménos interesante que delicado. Era este, restituir al hijo de Luis XVI el uso entero de sus facultades intelectuales, que habia casi del todo perdido por un deplorable concurso de circunstancias.

La oscura política del Gobierno, que destruyó el 9 de termidor, (23 de julio) habia condenado á este niño infeliz no solo á la mas rigurosa esclavitud, sinó tambien á los errores de una educación corrompida. El bárbaro, á quien dieron el título de ayó, desempeñaba este encargo envileciendo el espíritu y senti-

mientos de su alumno. No satisfecho con la depravacion moral, procuró trastornarle los órganos, é incomodarle en términos que su parte física viniese á destruirse con el tiempo.

Tal fué en efecto la triste consecuencia de sus pérfidas combinaciones, pues el pobre Carlos encerraba dentro de su cuerpo, fatigado con no interrumpidos tormentos, una alma sin energia, incapaz de elevarse nunca á la dignidad de hombre, y acostumbrada enteramente á la bajeza y sujecion. No eran estos por cierto los pensamientos que le inspirara su madre, la cual habia empapado, por decirlo así, en el orgullo, y alimentado con la altanería el corazón de su hijo, comunicando á sus principios y opiniones la grandeza que la caracterizaba. El zapatero Simon, vil instrumento de los ministros de la tiranía, hizo los mayores esfuerzos, á fin de disminuir y acabar, si le era posible, con

la elasticidad de aquella índole activa, cuyos ímpetus tenían las almas bajas y despóticas aun para lo sucesivo. Pero el carácter de Carlos, que se había ya des-  
 envuelto por la fuerza de su precoz talento, no podía doblegarse; y así es que su ayo se propuso destruirlo. Cayó el niño desde la elevacion de las ideas mas sublimes en el mas deplorable envilecimiento: porqué tenían que obrase como rey, le redujeron á no pensar siquiera como hombre; y solo pudo respirar un poco, cuando su verdugo fué castigado con el último suplicio.

Uno de los primeros cuidados del nuevo Gobierno, fué correr á libertar las víctimas del antiguo. Los representantes del pueblo que fueron á visitar los presos del Temple, se horrorizaron y condolieron de su situacion. Dos tiernos arbustos, únicos renuevos de la encina que ha destruido el rayo, se sostienen mutuamente estando unidos, y

oponen alguna resistencia á la impetuosa furia de los airados vientos, entretejiendo sus flexibles ramas; mas ¿qué sería de ellos, si estuviesen separados? El menor soplo haria inclinar sus puntas hasta el suelo, y los arrancaria fácilmente de raíz. Pero ¿cómo podían tener cabida semejantes ideas en las cabezas que solo pensaban en destruir, y en unos corazones sedientos siempre de sangre? Los huérfanos fueron separados el uno del otro, y la princesa vivia léjos de su hermano, el cual estaba encenagado en el inmundo estiércol. No se tenga por exagerada la espresion, pues los representantes le encontraron en el desvan de una torrecilla, que estaba á la inclemencia, sin muebles, sin pavimento ni de ladrillo ni de madera, y semejante en todo á un sucio establo. El desventurado, casi desnudo, pues solo tenía cubierto lo indispensable con una mala arpillera, estaba acurrucado



dentro de un hediondo tabuco y acostado en una gusanienta paja, sin tener con qué resguardarse del rigor del invierno y de los calores del verano, mas que un viejo tapiz hecho giras. Todos los dias á cierta hora, iba arrastrando y temblando desde su cuarto á la puercecilla de su prision, por la cual le dejaban caer con menosprecio un pedazo de pan y unas pocas legumbres crudas, á las que solian agregar algunas frutas. Simon abria una vez á la semana toda la puerta, y dejaba entrar una canal de agua no muy clara en el albañal de su víctima, para limpiar la porqueria: posteriormente ya no tuvo este cuidado, de modo que el infeliz respiraba el mofetismo mortifero de sus inmundicias. No habia llegado el malvado guardian á este exceso de descuido y perversidad de un golpe, sino que empezó por el contrario dirigiendo con arreglo á cierto plan metódico la educacion de su alum-

no. Los principios que le enseñaba, las opiniones que le inculcaba, y los discursos que le hacia oír ó repetir, correspondian á la verdad muy poco al decoro de las costumbres, á la prudencia de una politica ilustrada, y á la moderacion de una vida sencilla, tranquila, útil y laboriosa. Simon queria convertir al hijo de un rey, no en un ciudadano frances, lo qual hubiera sido decoroso, sino en un frenético espartano, ó en un salvaje independiente. Por una contradiccion, que solo puede caber en un perverso y estravagante discurso, al paso que por una parte le entretenia con las quimeras de un republicanismo anárquico, le envolvía por otra en los pañales de la mas supersticiosa esclavitud. Le permitia que ultrajase la honestidad de su hermana, que calumniase la memoria de sus padres, y se ensuciase en cierto modo sobre el tumulto de su madre; pero al mismo

tiempo que le concedía esta libertad, le oprimía con el yugo de una estrechada sujecion: como si con sugerirle el delito, solo hubiese buscado pretesto para castigarle. De este modo el hijo de reyes podía muy bien amancillar su imaginacion con ideas sanguinarias, y su boca con espresiones propias de un ganapan, con tal que dócil á los caprichos de su amo, encorvase á sus piés su degradada cabeza. Simon contemplaba con gusto este cuadro de la ignorancia atrevida y de la insolente rusticidad; que aplastaba y hollaba los restos del encumbramiento y de la grandeza. Su muger, tan malvada como él, y abandonada igualmente que su marido á la insaciable sed de sangre y de vino, contribuía por su parte á atormentar á la infeliz criatura. La infancia, esta amable época de la vida, que se atrae todos los corazones, la desgracia que los entenece, el desamparo que mueve á com-

pasion á las almas mas insensibles, que pide con tanta elocuencia los auxilios y los consigue siempre acompañados de lágrimas; todos estos motivos de conmiseracion endurecieron mas á aquel inhumano matrimonio, que parecia el del diablo con una furia. Durante el día no había tarea pesada, desagradable y penosa, á que no sujetasen al pobre niño. Estaba encargado de las ocupaciones domésticas y de las faenas mas indecorosas, y las desempeñaba con zelo y esmero: nunca se quejaba ni chistaba, contentándose con derramar algunas lágrimas, cuando el trabajo escedia sus fuerzas. Tanto agrado y docilidad eran recompensados con duros modales, semblante ceñudo, palabras injuriosas, y muchas veces con gestos coléricos. El desdichado Carlos tomaba el sustento á los piés de sus verdugos sobre el desnudo suelo, y comía callando y atento á las señas de sus horribles a-

mos, sin atreverse á levantar los ojos para mirarlos. Los gritos de Simon, sus continuas maldiciones, la espresion irónica y sanguinaria del semblante de su muger, la áspera voz y conversacion obscena y cruel de la misma, aterraban y hacían temblar al real huérfano. No terminaban sus penas con el dia: el sueño, en que todo desventurado encuentra un asilo, no le libraba de la barbarie de sus carceleros. Apenas cedía á la necesidad de aliviar por medio del descanso sus tiernos miembros, inhumanamente fatigados, los gritos de Simon, semejantes á los de una fiera, le sacaban de la cama. *¿Dónde estás, Capeto?* clamaba el abominable guardian: *llégate, para que te vea.* El niño se arrojaba despavorido de su yacija: medio dormido, trémulo, y en el horror de las tinieblas, iba arrastrando al lecho de Simon, quien dándole un puntapié ó un revés, le volvía á enviar á su

rincon, como si fuera un despreciable mono.

Este horrible ejercicio se repetía muchas veces en la noche, y duró algunos meses, al cabo de los cuales convencido ya el Gobierno de que la estolidez, que procuraban inspirar al preso, empezaba á borrar aquel primer carácter por el cual se distinguen los hombres de los brutos, dió una orden á Simon, para que coronase su trabajo, llevando al extremo su infamia. Halagaba mucho este mandato la desidia y crueldad del monstruo, para que dejase de observarlo puntualmente. Carlos que estaba ya mal vestido, fué despojado de su ropa usual, á la que susstituyeron unos pobres andrajos. La muger de Simon presenció esta trasformacion, que fué llamada con cruel alusion *el juego del rey despojado.* La amable víctima que no había perdido su donaire y salud por la prision, calamidades, pésimo trato y

malsanos alimentos, sufrió que le cortasen la rubia cabellera, sin atreverse á dar muestras de sentimiento: pusieronle en la cabeza un gorro rojo, y sin camisa ni calzado fué conducido al establo, de que acabo de hablar.

Cuando fueron los diputados, se les presentó temblando. Le había crecido el cabello, era mucho mas alto, y tenía ya formadas las facciones. Aunque desfigurado por estar muy flaco y pálido, conservaba siempre muchos vestigios de su natural hermosura, que se descubría por entre los miserables andrajos, y á pesar de la falta de limpieza. Su mirar en especial, no obstante de ser tímido en extremo, se hacía reparable por cierta espresion de un vivo candor, semejante al que se pinta en los ojos de los ángeles. Manifestaba en la sonrisa la bondad de su padre y algo de la altanería de los Lorenas; y veíase por fin, que hubiese enbelesado en la

prosperidad, quando interesaba tanto en medio de las desgracias. Con afabilidad, palabras consoladoras, buenos modales y agasajo, alentaron al amable huérfano, y poco á poco disiparon su desconfianza y timidez: entónces fué su asombro igual á su admiracion. Hacen la misma impresion en los de su edad los proyectos para lo venidéro, que los recuerdos de lo pasado; y así es que causaba mucho mas su candorosa alegría el bien presente, que el contento por verse libre de tantos trabajos, ó la esperanza de no volverlos á experimentar. La costumbre de estar sujeto al azote de Simon, le hacía hablar siempre de este hombre con temor y respeto. No se atrevía á contar lo que de él sabía; y era ademas tal la escelencia de su corazon, que á pesar de los males que le habia hecho sufrir su indigno ayo, le conservaba siempre una especie de reconocimiento. Quando supo despues

el castigo de este hombre inhumano, lloró; y preguntado, si le hubiera mandado castigar siendo rey, yo le hubiese sentenciado, respondió, para dar ejemplo á los demas; pero no dejaría por eso de llorar.

Con el continuo cuidado, vestidos limpios, una habitacion saludable, alimentos sanos y abundantes, y diversiones acomodadas á los deseos de un niño, procuraron aliviar la suerte de aquel, á quien no se podia imputar otra cosa mas que el haber nacido cerca del trono. El Gobierno señaló sugetos de conocida caridad, prudente patriotismo, carácter suave, conversacion instructiva y afable trato, para que atendiesen á todas sus necesidades. Le fué permitido á su hermana juntarse con él á ciertas horas del dia, al tiempo de comer y para jugar. Fué muy tierna la primera reunion de los dos hermanos, y las que tuvieron en lo sucesivo, pro-

porcionaron á entrambos la mas agradable diversion. Carlos apenas conservaba idea alguna de los acontecimientos, y solo tenia presentes los posteriores á la época, en que le separaron de su madre para enviarle á Simon. Maria Teresa por el contrario, como tenía mas edad y había padecido ménos, se acordaba de todas las desgracias que habían descargado sobre su familia. La memoria de su tia Isabel le era sobre todo muy apreciable, y nunca hablaba de ella sin que le saltasen las lágrimas.

Aunque nunca se confió poder grabar en el corazon del hijo de Luis aquella clase de afectos que constituyen al hombre de carácter, se creyó á lo ménos poderle educar como hombre. El Gobierno ha acreditado con sus desvelos por este niño, que la desgracia, donde quiera que se halle, reclama su atencion, y que los republicanos pueden, sin ofender á la patria, condolerse de

la humanidad y socorrerla. Ya no vivimos en aquellos tiempos de barbarie, en que era sospechoso el grito de la naturaleza y criminal la espresion del sentimiento: somos franceses y patriotas sin haber olvidado que somos hombres.

Este fué el principal motivo que determinó á los miembros del Gobierno, á enviarme para consolar y curar al affigido hijo del último rey. Ve, ciudadano, me dijo el presidente; esmérate en cuidar de un desdichado, para quien ha sido la vida un dilatado suplicio: restitúyete la salud, y añadirás este timbre á los muchos que te has adquirido. — Habiendo ido aquella misma tarde al Temple con uno de mis discípulos, fuimos introducidos en el cuarto del hijo de Luis.

Estaba sentado en una silla poltrona, entretenido en hojear un libro de estampas iluminadas. Su hermana, pues-

ta á su lado de rodillas, para estar mas cerca, le esplicaba el asunto de cada una, y él la escuchaba con grande atencion. Una asistenta en pié y á algunos pasos de distancia, contemplaba este cuadro de confianza y amor fraternal, dispuesta á acreditar el suyo al enfermo.

Al ver este al administrador que nos acompañaba, se sonrió; levantóse María Teresa, y se retiró despues de hacerme una cortesía y de dar un beso á su hermano. La enfermera, que era una muger de cuarenta y cinco años, alta, flaca y macilenta, pero de un aspecto bondadoso, se acercó al enfermo y le dijo: Ahora dejará Vd. las estampas por un rato; ¿no es así, querido? Estos señores han venido á visitar á Vd., y desean hablarle. —

Empezé á agasajarle, y le di un juguete, que él se puso á mirar y registrar con mucho contento. Entre tanto observé atentamente sus ojos, el color,

la espresion de sus facciones, y su postura habitual. Le tomé el pulso, y lo hallé débil, aunque regular; examiné su lengua, y no advertí la menor novedad. Me pareció en general, que tenía una salud delicada y algun asomo de raquitis: observé ademas cierta obstruccion en las glándulas, y que se iba formando algun tumor escrofuloso. Prescribí el régimen que debía guardarse, y como conocí por varios síntomas, que su mal provenia en gran parte de la melancolía que le habían causado las muchas calamidades; al tiempo de dar cuenta al Gobierno de esta mi primera visita, le exhorté á que procurase de acuerdo conmigo la curacion del enfermo, librando su espíritu de las penas que le atormentaban, y poniendo en práctica para este fin los remedios propios del arte.

Al dia siguiente habilitaron un cuarto, hermoseado con cuanto puede de-

leitar los sentidos, sin tocar en el estremo del lujo. Se había dispuesto una patética y armoniosa música para el momento en que entrara Carlos, el cual se admiró y complació al verse en una pieza, adornada con tanto gusto. Estaba toda cubierta de una colgadura de verde claro, cuya guarnicion era de rosa y lila; pendía del techo una magnífica araña; otras mas pequeñas estaban colocadas sobre la chimenea; y encima de las repisas de mármol había candeleros con olorosas bujías, que llenaban el aire de fragancia, y cuya luz reverberaba en los espejos. Ocho cuadros grandes muy preciosos, y muchas estampas interesantes, entré las que se habían interpolado algunos retratos de las personas de su particular estimacion, servían de adorno á este aposento, amueblado por otra parte con tanto esmero como sencillez. Nada llamó sin embargo mas la atencion del huér-

fano, que una gran jaula llena de pájaros de distintas especies, y una pequeña coleccion de libros destinados para su uso.

Iba yo por lo regular á visitarle todas las mañanas, y siempre encontraba alguna ingeniosa mutacion. Cada dos dias tocaban los músicos en la antesala algun concierto armonioso, al tiempo que se acostaba, para que esta dulce melodía contribuyese á conciliarle el benéfico sueño. Los paseos por el mirador de la torre, que estaba compuesto á manera de jardin y lleno de flores, le proporcionaban un ejercicio fácil y diario. Su hermana por fin con la lectura y el canto, el agrado de la asistenta, las visitas de algunos amigos, las conversaciones instructivas, los entretenimientos siempre variados, y una continua mutacion de diversiones inocentes, empezaron á ahuyentar de su espíritu y entendimiento el desasosiego

atormentador, y dejaron asomar la amable tranquilidad, la sencilla sonrisa y las candorosas gracias de la infancia.

Se había aficionado extraordinariamente al discípulo que me acompañaba, llamado Cipriano, y luego que le veía, abandonaba todos los juegos por gozar de la vista y conversacion de su amigo. No olvidé este medio tan eficaz, aunque sencillo, para curarle; y los comisarios, con quienes lo consulté, me facilitaron su ejecucion, dando licencia á Cipriano para entrar en el Temple todos los dias y á todas horas; pero yo quise que solo le visitara de noche.

El cuidado con que atendía á la salud de Carlos, no me hacia olvidar á los enfermos del grande hospicio, la mayor parte de los cuales perecia á manos de una rápida y furiosa epidemia, sin que pudiesen contenerla los remedios del arte, ni el saber de los médicos de sanidad, ni la atencion y zelo de



sus discipulos. Algunos de los últimos murieron contagiados, y Cipriano experimentó tambien su fatal influencia, á pesar de no haber asistido al hospicio desde que empezó á ir al Temple, para que los pestíferos miasmas no le comunicasen la enfermedad que tanto cundía. La que sufrió, no fué mortal, pues cuando fui á verle, ya estaba casi restablecido. No tengo que agradecerlo, me dijo, á la benignidad del mal, ni á la robustez de mi edad y temperamento, sinó á la constante amistad y afectuosos servicios de Felzac. — Diciendo esto, me señaló un jóven de veinte y cinco años, original en su semblante, que no me era desconocido. Supe, que acudiendo al curso de mi enseñanza y asistiendo al hospicio, habia hecho conocimiento y contraído amistad con Cipriano, de cuyo país no distaba mucho el suyo. Estos pormenores, que ahora parecen impertinentes, tendrán alguna

disculpa dentro de breve, y se conocerá la necesidad de referirlos.

Acudía ya por las mañanas diez y seis dias consecutivos al Temple, y en el decimoséptimo me entregaron, al volver á mi casa, un paquete consignado á mi nombre. Contenia este una cajita de caoba, inclusa dentro de otra mayor de pino. Abri aquella con una llave de plata sobredorada, que estaba sobre su tapa, y debajo de una carta, que lei inmediatamente y he copiado en este diario, encontré diez cucuruchos con cinco mil reales cada uno. Este regalo, aunque considerable, no era, segun se colegia de la carta, mas que un prelude de otros mayores, y el servicio que por ello me pedían, se reducía á lo siguiente.

Despues de elogiar mi talento y sensibilidad, felicitaban al *nuevo rey Luis xvii*, (este era el nombre y título que se daba á Carlos, hijo de Luis xvi) por-

qué había sido puesto á mi cuidado. Entraban luego en materia en estos términos : « Vd. tiene asegurada su fortuna, si quiere, no ya facilitar, sinó cerrar solamente los ojos, y no oponerse á la empresa que va á intentarse. El desig- nio y deseos del que dirige á Vd. esta carta, se limitan á libertar al rey del poder de los que gobiernan en la actuali- dad. Se sabe que Vd. no sigue sus opi- niones, y de esta diversidad de pensa- mientos puede y debe resultar cierta desaprobacion, que se diferencia poco del odio. Si Vd. pues, ó bien por abor- recer á los usurpadores, ó porqué es- tima al rey, gusta conocer á los que si- guen su causa, devuelva esta carta con el sobre del pié; y entónces se acudirá á la cita, para tratar sobre las circuns- tancias del proyecto, etc. »

Di al momento parte á los comisa- rios, y me mandaron que contestase y devolviese la carta que se me pedía, con

el sobrescrito expresado en la misma. La intencion del Gobierno era cercar de espías el sitio señalado para la cita, de modo que se tomaran las señas del sugeto que me la había dado, ya que no pudiesen prenderle. Confieso que me costó mucho el consentir en este paso, que se oponía á mi ingenuidad : el convencimiento de que obrando de esta manera, podía ser útil al estado, y lo libertaba seguramente de una guerra civil, disipó mis dudas y desvaneció mis escrúpulos..... »

NOTA. La muerte de Desault inter- rumpió la continuacion de este diario, del cual solo he publicado un extracto, desnudo de las observaciones anatómi- cas y médicas, igualmente que de las reflexiones morales y científicas, con- ducentes sin disputa á los progresos del arte que ejercia este célebre cirujano; pero que parecerian insípidas á la ma- yor parte de los lectores. La suerte del

hijo de Luis XVI es lo único que debe interesar en una obra de esta naturaleza. Sin embargo, el inesperado fallecimiento de Desault hubiera cortado el hilo á nuestra historia; á no mediar la bondad de Cipriano, aquel jóven con quien Carlos contrajo tan estrecha amistad. Noticioso de las investigaciones que yo hacía para concluir la historia secreta de las calamidades de la última familia real, me proporcionó el conocimiento de Felzac, que había vuelto á Paris después de la pacificación de la Vandée. A este pues dejó el encargo de continuarla, observando tan sólo, que no soy el autor de los hechos contenidos en su narracion, ni de las reflexiones que los acompañan; y que únicamente los refiero, por creerlos tan adecuados para satisfacer la curiosidad de los lectores, como incapaces de perturbar la tranquilidad pública, y la respetable y pacífica conducta del Gobierno.

## RELACION DE FELZAC

SOBRE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS

DE LA VIDA

DEL DELFIN.

« No es necesario que reproduzca aquí los principios de mi trato con Cipriano. Aunque no tuve al entablarlo otro intento que servir á mi partido, cómo hallé la amistad donde solo buscaba mi interes, no es posible que aquella época se borre en ningun tiempo de mi memoria, y no deseo sino que esté siempre presente en la de mi amigo.

Me hice discípulo de Desault, siguiendo mis opiniones personales y las instrucciones del general Charette, de quien yo era agente. Unas y otras me bastaron para empezar á tratar á Cipriano por mis fines particulares; pero

hijo de Luis XVI es lo único que debe interesar en una obra de esta naturaleza. Sin embargo, el inesperado fallecimiento de Desault hubiera cortado el hilo á nuestra historia; á no mediar la bondad de Cipriano, aquel jóven con quien Carlos contrajo tan estrecha amistad. Noticioso de las investigaciones que yo hacía para concluir la historia secreta de las calamidades de la última familia real, me proporcionó el conocimiento de Felzac, que había vuelto á Paris después de la pacificación de la Vandée. A este pues dejó el encargo de continuarla, observando tan sólo, que no soy el autor de los hechos contenidos en su narracion, ni de las reflexiones que los acompañan; y que únicamente los refiero, por creerlos tan adecuados para satisfacer la curiosidad de los lectores, como incapaces de perturbar la tranquilidad pública, y la respetable y pacífica conducta del Gobierno.

## RELACION DE FELZAC

SOBRE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS

DE LA VIDA

DEL DELFIN.

« No es necesario que reproduzca aquí los principios de mi trato con Cipriano. Aunque no tuve al entablarlo otro intento que servir á mi partido, cómo hallé la amistad donde solo buscaba mi interes, no es posible que aquella época se borre en ningun tiempo de mi memoria, y no deseo sino que esté siempre presente en la de mi amigo.

Me hice discípulo de Desault, siguiendo mis opiniones personales y las instrucciones del general Charette, de quien yo era agente. Unas y otras me bastaron para empezar á tratar á Cipriano por mis fines particulares; pero

cuando la conformidad de nuestros pensamientos nos hizo mutuamente amigos, ya solo tuve que obedecer á los impulsos de mi corazón.

Con la enfermedad de Cipriano tomó incremento mi afecto, y estuve muchas veces tentado de manifestarle quién era, y de confiarle el objeto de mi comision y el secreto de mi partido; pero al mismo tiempo que mi cariño me inspiraba estos deseos, los reprimía su singular probidad. Estaba él muy distante de aprobar las diversas formas de tiranía, que se han destruido mutua y sucesivamente, haciéndose unas sobre otras; mas no anhelaba por esto el Gobierno monárquico: contento con desear que se estableciese una justa y feliz república, reducía su política á cumplir con su obligacion. De consiguiente si yo le hubiese comunicado el proyecto, cuya ejecucion estaba preparando, me esponía á imposibilitarla y á perder el fruto de

mi trabajo, privándome juntamente de un amigo, sin ser útil á mi rey: así es que callé por entónces.

Es verdad que en la carta que procuré llegase á manos de Desault, dije lo suficiente para fomentar las sospechas y comprometerme; mas hablando con ingenuidad, me había equivocado en el concepto que tenía de mi maestro, y obré con poca madurez, creyendo que el regalo que acompañaba á mi esquila, allanaría todas las dificultades, pues le tenía por hombre poseido del interes, cuando solamente era económico.

De todos modos fué puntual á la cita; pero como otro agente de Charette y yo teníamos conexiones con algunos comisarios, supimos lo de los espías, que repartidos en disjuntos puntos debían tomar nuestras señas. Evitamos esto, enviando á Desault otra carta por un mandadero, en el cual no pudieran sospechar por de pronto los espías.

Con este ardid logré finalmente avisarme con Desault, quien quedó muy maravillado al ver que uno de sus discípulos era conspirador; y aun se admiró mas, cuando le participé el plan que Charette nos había confiado. Reduciase á sacar del Temple al rey, dejando en su lugar un niño de su misma estatura, que se le pareciese bastante, y mortalmente enfermo, si era posible: todo lo cual era muy fácil al cirujano del grande hospicio; mas Desault tenía á cargo de conciencia el ayudarme, y se negó por lo mismo. Mis reflexiones fueron inútiles, le desazonaron mis ofertas, y me costó mucho el hacerle convenir en que guardaría el secreto de mi propuesta por dos dias, quedando en volverle á ver al tercero.

Era indispensable aprovecharse de este tiempo. Durante la conversacion que acababa de tener con Desault, se le había escapado una esclamacion, que

no se me pasó por alto, y las luces que de ella saqué, me fueron de grande utilidad.

Cipriano, que no era ménos callado que yo, nunca me había dicho que tenía entrada franca en el Temple todas las noches; pero el desasosiego que manifestó Desault al recordar nuestra amistad, me lo dió á entender muy á tiempo. Mi amigo, por hallarse convaleciendo de su larga enfermedad, no había aun vuelto á sus visitas, y yo necesitaba de que hiciera una por lo ménos, para arriesgar la que tenía proyectada. Desault fué el que me sirvió, sin saberlo, en esta ocasion; pues me avisó al dia siguiente por la mañana un enfermero, á quien yo tenía prevenido al intento, que mi maestro se había llevado á Cipriano al Temple. Ya no dudé desde aquel punto de la posibilidad y feliz éxito de mi tentativa.

Es necesario que mencione una lige-

ra fraude, una especie de traicion que hice á la amistad, y que la misma me ha perdonado despues. No trato ahora de sincerarme; pero se verá facilmente que obré como corresponde á un hombre, á quien importa mas que su propia existencia y tanto como su honor, el servir á su rey y que venza su partido.

Miéntas Cipriano estuvo enfermo, dormía yo cerca de su cama, y continuaba haciendo lo mismo durante su convalecencia. Esta colocacion que era debida á nuestra amistad, fué en aquel caso muy favorable á mis proyectos.

No cesé de seguirle y observarle desde que volvió del Temple, ni le perdí de vista en todos sus pasos; y estaba seguro de que no había dejado ni cerrado en parte alguna el papel que le facilitaba la entrada en el Temple. Pudiera muy bien haber quedado en poder de Desault, porque yo sabía por el

enfermero, mi confidente, que no se podía entrar allí sin órden espresa del Gobierno. Por si acaso la tenía mi amigo, esperé con impaciencia á que anocheciese y él se acostase, para quitársela.

Despues de un rato de conversacion, que se me hizo un siglo, durmióse finalmente, y yo metiendo la mano poco á poco en su bolsillo, saqué la cartera, que abrí y registré escrupulosamente. No había en ella ningun despacho formal, si solamente una tarjeta pentágona con el nombre de Cipriano en la una cara, y el de los dos representantes, inspectores de la Convencion y miembros del Gobierno, en la otra. Guárdeme este documento, volví á dejar la cartera en su lugar, y fui á acostarme, combatido por el temor y la esperanza.

Al dia siguiente, luego que regresó Desault, me fui al Temple con la incertidumbre de si me franquearian la

entrada. Presenté la tarjeta diciendo, que me enviaba Cipriano; con lo que me abrieron las puertas, y llegué hasta el cuarto mismo del monarca sin la menor dificultad.

Entre algunos dones que he recibido de la naturaleza, convienen todos en atribuirme el de captarse la voluntad y ganarse los corazones, y yo hice uso de él en aquella ocasion. El enfermo gustó mucho de mi conversacion, la asistenta la alargó cuanto pudo, y la princesa me hizo dar palabra de que volvería. Le pedí permiso para llevar á Carlos algunos juguetes, que le aliviassen sus penas, y salí del Temple dejando hechizados á los guardas con mi buen modo.

Procuré por otra parte desviar á Cipriano y evitar una esplicacion peligrosa, induciendo bajo de cierto pretesto á un amigo de ambos, á que le entretuviese toda la noche; de modo que él

no se vió libre, sinó quando ya no podía perjudicarme.

Como la presencia de Desault podía tambien desbaratar mi empresa, los comisarios amigos míos le enviaron á llamar, so color de hacer ciertas averiguaciones, á la hora precisamente en que yo había de poner en ejecucion mi designio.

Si se me pregunta, por qué teniendo relaciones directas con los que mandaban, no me valía de su autoridad, ántes que de medios indirectos é inciertos; responderé, que todo el favor de estas personas se reducía á deseos y buena voluntad; pero de ningún modo se estendía á las obras, que piden y suponen mayor energía. Lo cierto es que, ya porqué no fuesen capaces de elevar su alma hasta aquel grado de fortaleza que se necesita para tramar una conspiracion; ya por un efecto de egoismo y de interés, ó bien por una



razonable prudencia, han encubierto siempre sus operaciones con una reserva misteriosa. Empezó la revolucion y sigue todavía, sin que le hayan opuesto ningun obstáculo; así como se intentó la contrarevolucion y se hubiera llevado á debido efecto, sin que hubiesen cooperado por su parte. Se debe confesar, que como eran estimados del partido republicano, han obtenido á las veces empleos en que han sido útiles al rey; pero por lo que á nosotros toca, si nos han servido, no se les debía agradecer, ni se les ha agradecido en efecto, porqué el disimulo se diferencia muy poco de la doblez, y la traicion viene á ser lo mismo que la debilidad. (\*)

(\*) Muchas personas indicadas en este párrafo, han desaparecido de la escena política; unas por haberse retirado con prudente prevision, y otras porqué han sido arrebatadas por la violencia.

Entre tanto mi compañero había conseguido, á costa de mucho dinero, un huerfanito, casi de la misma edad, estatura y color que el Delfin, al cual había de sustituir. Solo tenía este niño una cosa que nos daba cuidado, y era que no estando enfermo, como lo estaba el rey, no podría engañar á los guardas el tiempo necesario para que nos pusiésemos á salvo de toda averiguacion. No encontré otro mejor medio para salir de este apuro, que echar en la bebida que le dábamos una dosis de opio, que no le dejase despertar en veinte y cuatro horas; con lo que lográbamos además la ventaja de estar seguros de su silencio y docilidad. Luego que estuvo bien dormido, le quitamos sus vestidos que embarazaban mucho, por ser demasiado abultados; y dejándole en paños menores, le metimos dentro del cuerpo de un caballo de madera hueco, que había de servir

á Carlos de entretenimiento. Acompañaban á este otros juguetes, y todos iban colocados en una canasta de mimbres que tenía un secreto, la cual puse en mi coche. Mi compañero había dispuesto por su parte otra, llena de armas y provisiones, que había de quedar en el paseo del baluarte, al mismo tiempo que los propios despachados una hora ántes, nos preparaban los tiros por toda la carrera.

Estaba tan perturbado cuando iba á la torre, que hice parar por dos ó tres veces el coche, para cobrar aliento y fuerzas. Se presentaban á mi imaginacion, con los mas negros colores, todos los males que me sobrevendrían, si se desgraciaba la empresa: me figuraba ya conducido ante los miembros de la formidable comision, y de allí á la de algun severo tribunal ó terrible juzgado: me encontraba en una palabra en la mas penosa situacion. Sin em-

bargo la razon me restituyó el valor, porque concebí que la falta de presencia de espíritu en aquel caso podía serme muy perjudicial; y así el esceso mismo del peligro me infundió tal valentía, que llegué al Temple con una total serenidad.

El cuerpo de guardia dejó pasar mi coche en vista de la tarja. Cuando me abrieron la puerta del segundo patio, se presentó un portero á reconocerme; y bien porqué no estaba de servicio la vispera, ó porqué no le había dado ninguna gratificacion, me detuvo ó fingió detenerme; y cuando hice bajar la canasta, mandando que la subiesen al cuarto de Carlos, dijo espresamente, que no lo permitiría, si no se enteraba primero de cuanto iba en ella. Es muy justo por cierto, respondí sonriéndome, pues pudiera ser que los juguetes de los niños formasen una contrarrevolucion.

Confuso sobre manera por el sesgo que iba á tomar aquel incidente, empezaba á desliar los trebejos de encima, á tiempo que el alcaide principal, enviado sin duda del cielo, me saludó con agrado, y abonándome á mí y á cuanto conducía, me ayudó él mismo á llevarlo á su destino.

Saqué de la canasta todos los juguetes á presencia suya, y el enfermo se puso muy contento al verlos, sobre todo el caballo, que le causó extraordinaria alegría. Quiso probarlo al momento en el ejercicio para que se le destina, y lo ejecutó á su satisfacción, no ménos que á la de su hermanita, de la asistenta y del alcaide. Yo que estaba reflexionando, cómo en aquel instante, y por el medio mas sencillo y pueril, se decidía la suerte del rey de Francia, añadí á los aplausos algunos consejos útiles á su salud. Luego que la princesa y el alcaide me oyeron ha-

blar de medicina, nos dejaron solos, retirándose aquella á su cuarto, y este á otro parage de la prision.

No bastaba todavía esto, pues aun tenía que deshacerme de la asistenta, y no sabía si asustarla amenazándola con una pistela, ó si adormecerla con opio. Este partido era el mas seguro, pero no el mas fácil; porque ¿con qué pretesto haría beber á aquella muger? ¿qué diría el alcaide, si la encontraba dormida? ¿No podía entrar en rezelos y no dejarme salir? Se necesitaba además de algún tiempo para que óbrase el soporífero, y como yo no podía desperdiciar ni un minuto, abracé el otro medio. Entre tanto que el príncipe, embelesado en su nuevo entretenimiento, se divertía sin distraerse, la llamé aparte y le dije con resolución: ¿Es Vd. tan afecta á este desdichado, como él lo merece y Vd. manifiesta? — Así es, señor; pero esta pregunta?..... — Es de

la mayor importancia, como Vd. lo verá. Está en mano de Vd. poner fin á sus desgracias. — Señor, tiene Vd. un aire, y me mira de un modo, que me horroriza.... Qué hay que hacer? — Nada: solamente no chistar ni una palabra. — Me conformo; pero dígame Vd. qué es lo que va á hacer. — No tardará Vd. en saberlo. Ante todo: ve Vd. esto? — Un bolsillo! — Hay en él diez mil reales, y son de Vd., si sabe callar. — Pero, señor.... — Mire Vd. — Una pistola! — Ya me entiende Vd.... cuento, como he dicho, con su prudencia. — Sentóse la asistenta temblando, y yo puesta la pistola á la cintura, seguí intimidándola siempre con ademanes de amenaza. En un instante determiné á Carlos, ya por seducción, ya por miedo, á que me siguiese: abrí el caballo de madera, saqué de allí el niño, que acosté en la cama del príncipe, y cerré á este en el secreto de la canasta, á pesar de algu-

nos sordos quejidos, de que no hice mérito por compasion. La asistenta, que me estaba observando, quedó asombrada, despidió profundos suspiros, levantó los ojos y manos al cielo, y abrió la boca como para gritar; pero yo la contuve enseñándole la pistola. Concluida la operacion, fui á abrazarla, enjugué las lágrimas que despedía de sus ojos, y la consolé lo mejor que pude, obligándola á que tomase el bolsillo, que le metí contra su voluntad en la faltriguera. Presentóse el alcaide, luego que toqué la campanilla, y se empeñó en ayudarme á llevar al coche la canasta, que procuré coger por el lado del peso, que podía darle en que sospechar: me planté en tres brincos fuera del Temple, y llegué en un momento al paseo del baluarte, donde me aguardaba mi compañero con impaciencia y con algun sobresalto.

Dejamos el precioso peso en la silla

de posta, á que subí despues de haber despachado el coche. Podíamos disponer á nuestro antojo de los caballos, que eran jóvenes y de mucho brio, y estaban descansados; los postillones, medianamente bebidos, no tenían menos fuego y actividad; de manera que llegamos y salimos en breve por la puerta, empleando en esto solos cuarenta minutos.

No me había descuidado en bajar las cortinas de la silla, y en sacar á Carlos de su estrecho encierro. Este acontecimiento repentino, su delicadeza habitual y la falta del aire, le habían hecho perder los sentidos, que no recobró sino á fuerza de aplicarle espíritus. Era muy extraordinaria situación la de un niño, que se veía separado en poco tiempo de su hermana y de sus entretenimientos cotidianos por dos hombres, de los cuales solo uno le era un poco conocido. Ocurrió á su curiosidad y des-

vanecí su justo sobresalto, diciéndole lo suficiente para que se tranquilizase, sin que pudiera comprometernos en cualquier evento. Me aproveché de la primera parada, para mudarle los vestidos de muchacho en otros de niña; y dos leguas mas adelante encontramos en una venta á una joven, que se hallaba ya algunos dias en un lugar inmediato, la cual sin estar enterada de nuestra aventura, debía ser la aya de *mi sobrina*. Empezó á desempeñar su encargo, haciendo mil fiestas á *la señorita Carlota*, que por su carácter amable y cariñoso se aficionó desde luego á la nueva aya.

No debo omitir que ántes de salir de Paris, tuve la precaucion de enviar al enfermero, para que dejase en la cartera de Cipriano la tarjeta, que le había quitado sin que él lo advirtiese. Se deja tambien entender, que no obstante de haberme valido de este hombre,

tendría la prudencia de ocultarle el objeto del encargo que le daba; de modo que nadie, fuera de Desault, pudo sospechar, al saber el robo del hijo de Luis, que yo había tenido parte en él. Tal era á lo ménos mi opinion; y para llevar adelante el disimulo, engañé de nuevo á mi amigo, dirigiéndole una carta con la fecha y sello de Marsella, al mismo tiempo que caminaba á todo galope por el camino de Bretaña.

Habíamos corrido mas de sesenta leguas, y nos acercábamos muy contentos al término de nuestro viage, quando al atravesar un barranco muy hondo y rodeado de bosque que estaba al pié de una montaña, nos vimos cercados de repente por una partida de gendarmas. Miétras que la aya, creyendo que estos soldados eran algunos realistas de los llamados *chuanes*, se habia casi desmayado, y Carlos por el contrario me estaba pidiendo con voz baja

un sable para defenderse; mi compañero, que tenía el corazon intrépido y la cabeza un tanto ligera, queria salvar á aquellas gentes con algunos pistoletazos. Conoci que semejante defensa, á mas de ser fuera de tiempo, nos comprometería confirmando las sospechas, que á mal andar se podían tener, pero que no estaban justificadas hasta entónces. Por esto, despues de haber tenido la precaucion de meter á Carlos en el rincón mas retirado de la silla, y de haberle casi sepultado debajo del capotillo de su aya, me asomé por la puertecilla, y pregunté á los gendarmas, qué es lo que querian. Habian ya hecho seña y gritado tambien á los postillones que parasen; pero estando pagados liberalmente para no obedecer mas que á nosotros, no oyendo mi voz, y fingiendo no oir la de los gendarmas, seguian apretando los caballos. De este modo nos manejamos por espacio de

diez minutos, y habiendo logrado salir á la carretera, esperábamos librarnos de la partida, cuando descubrimos á cincuenta pasos otra que se puso delante de la silla, y la obligó á que parase. Se acercó un oficial pidiéndonos los pasaportes, que le presenté al instante. Nos mandó que bajásemos para poder verificar la confrontacion de las señas, y tuvimos que salir de la silla, aunque muy bien armados y con las pistolas amartilladas en las faltriqueras, porque estábamos resueltos á defender hasta morir el depósito que teníamos á nuestro cuidado. El gefe de los gendarmas daba, al tiempo de reconocernos, tales muestras de desconfianza y rezeló, que me puso en gran cuidado. Es cosa muy particular, exclamó despues de haber cotejado las señas de *Carlota* con las de la persona de *Carlos*; esta identidad..... Repara, añadió hablando con uno de sus camaradas y señalando á mi

supuesta sobrina, ¿no ves que se parece?... — Y diciendo estas medias palabras, sacó un papel largo de la cartera, lo leyó, y se puso pensativo. Mi compañero, desesperado por el mismo desasosiego, y no pudiendo sufrir mas tiempo; señores, dijo añadiendo un remiego con el mayor brio, ¿cabaremos pronto? — En un instante, respondió el capitán, pues solo se trata de una formalidad, y es indispensable, que retirándome á un parage desviado con uno de Vds., examine el sexo de esa criatura. — Estas razones, que probaban las grandes sospechas que había contra nosotros, ya que no estuviéramos del todo descubiertos, me sobresaltaron aun mas, porque veía por una parte, que los ojos de mi compañero chispeaban de cólera, y por otra, que ambas partidas se habían juntado á una seña del capitán, y nos estaban cercando. ¿Qué podíamos hacer en tal apuro? Señor,

dije al oficial, estamos muy distantes de negarnos á prestar la obediencia que debe todo ciudadano á la ley; pero ¿puede haber, bajo de un Gobierno libre, justo y civilizado, alguna que mande la comprobacion de los sexos? Si llegara á espermentarse semejante abuso, tan atroz como ridiculo, y que se opone al mismo tiempo á la recta razon y al decoro, la primera obligacion de los franceses seria sacudir, de cualquier modo que fuese, una opresion tan tiránica. — Es decir, contestó el capitan, que Vds. son rebeldes. — Nosotros no somos rebeldes; solo rehusamos sujetarnos á una averiguacion, que ultraja á la decencia y á la probidad. — Pues bien, señores, con la fuerza se conseguirá... — Aun no había acabado de decir esto, mi compañero que estaba rabiando interiormente, sacó la pistola de la faltriquera, y apuntó al capitan; mas erró el tiro, pues la bala le raspó

el hombro, hiriendo á un caballo de la partida en el pecho. Todos se remolinaron al punto á nuestro rededor para estrechar mas el círculo; la aya cayó desmayada, teniendo metida la cabeza entre dos rayos de una rueda, y Cárlos se arrojó á mis brazos, pidiéndome que le armase y defendiese; con lo cual se desvanecieron todas las dudas y se confirmaron las sospechas. Veinte sables desnudos y otras tantas pistolas estaban asestadas contra nosotros; mis brazos servían de escudo al real huérfano, el cual comprendiendo entónces lo que motivaba aquella escena, se quitó la gorrita que tenía en la cabeza, ostentó su rubia y suelta cabellera, y esforzando con acciones sus interrumpidas palabras, exclamó: Si buscáis á Cárlos de Borbon, yo soy; pero no hagáis daño á mis amigos... — Hubiera sido empeño vano el luchar contra fuerzas tan superiores en número; por lo que nos



dejamos desarmar, y despues de registrada la silla, nos obligaron á subir otra vez, para que avergonzados, presos, desesperados y escoltados por los gendarmas vencedores, volviésemos á tomar el camino de Fontenay.

Habríamos andado unos cinco cuartos de hora, y en el momento mismo en que por órden del capitan empezábamos á encaminarnos hacia un lugar situado á nuestra izquierda, recibimos una descarga de fusilería, y nos vimos cercados por una numerosa compañía de chuanes. Su presencia nos infundió nuevas esperanzas y valor, y haciendo pedazos, con harto riesgo de lastimarnos, los vidrios y cortinas de la berlina, gritamos con todas nuestras fuerzas: *Ayuda, camaradas: viva Luis xvii: viva el rey.* En esto se empeñó la accion á seis pasos de nosotros entre los gendarmas y los chuanes, siendo igual el encarnizamiento por ambas partes,

y manifestando unos y otros mucha pericia y singular valor. Los gendarmas, mejor montados y mas bien armados, hacían frente á sus contrarios, cuyo número era tres veces mayor. Sin embargo cinco ó seis de los primeros se hallaban ya fuera de accion, ó bien por estar gravemente heridos, ó porqué tenían fatigados los caballos; al paso que el número de los otros, muy poco disminuido por las heridas ó muerte de algunos, se aumentaba de continuo con los paisanos que acudían, armados muchos de fusiles y carabinas, y los mas de instrumentos del campo. Léjos de acobardarse los gendarmas por los refuerzos que recibía el enemigo, redoblaron su valor; y la mayor parte, aunque desmontados, se arrojaron con el sable ó pistola en mano en medio de los contrarios. Estos los recibieron con tanto furor como arrojó, y la refriega fué general desde este punto, y horro-

rosa la carnicería. Ya solo se oía un terrible grito, formado por el clamor de todos los combatientes; los golpes que se daban por una y otra parte, resonaban á nuestro rededor; llenóse en un instante la tierra de cadáveres mutilados y de miembros dispersos; y la sangre que había empezado á correr, salpicaba hasta los tableros de nuestro carruage. Mi compañero y yo nos habíamos empeñado inútilmente en abrir las puertecillas de la berlina; pero deseosos de participar del riesgo y gloria de esta sangrienta lucha, y precisados al mismo tiempo á ser ociosos espectadores, por hallarnos encadenados y presos, peleábamos con nuestras voces y gritos. Carlos, correspondiendo á la valentía de sus antepasados, no manifestaba temor alguno, sinó que atento á tan horroroso espectáculo, de un modo que descubria bien su interior, esperaba tranquilo el resultado. Si me hu-

biera sido dado arrebatarse en mis brazos á aquel niño, hubiese infundido á sus defensores, presentándole en medio de las filas, el valor necesario para sostener la lucha hasta vencer ó morir. Acaso hubiera desarmado tambien á los gendarmas; porqué ¿cómo se atreverían á herir á sus enemigos, cuando para llegarles, fuese indispensable traspasar el corazón, no diré de su rey, sinó el de un tierno y desdichado niño? Tal vez no se hubiese derramado entonces sangre humana, ni se debiera el buen éxito de nuestra empresa á la horrorosa muerte de muchos de ambos partidos.

Reducidos los gendarmas á cinco de catorce que eran, se dieron por vencidos y rindieron las armas, despues de haber durado una hora el encarnizamiento y la mortandad. Querian degollarlos los vencedores, embriagados con la sangre, el furor y el triunfo; pero nosotros les pedimos encarecidamente

á grandes voces, que no amancillasen su victoria. ¿No bastaba, les decíamos, que la guerra, que se había encendido entre los ciudadanos de una misma nación; los dividiese en asesinos y en víctimas, incitando á unos contra otros; sinó que aun los vencedores habían de estender la venganza y los escesos mas allá de los combates? Si no los convenía la voz sumisa de la humanidad, debiera moverlos la del rey, en cuya defensa se habían armado, y por quien acababan de derramar su propia sangre, el cual les suplicaba que no infamasen su triunfo. —

El ardor de la pelea no había dado lugar á los chuanes para que nos oyesen, hasta que ya mas sosegados, se fueron acercando á nuestra berlina los mas curiosos ó los mas dominados por la codicia. Llamé por su nombre á uno de los gefes, á quien yo conocía, y le informé brevemente de nuestra espe-

dicion. No es posible espresar su admiracion, alegría, enagenamiento y alborozo: el mas atroz espectáculo fué seguido de una escena la mas tierna. Luego que abrieron la berlina, bajé teniendo á Cárlos en mis brazos, y su vista enterneció á los mismos corazones que acababan de cebarse en la matanza: los ojos, que poco ántes arrojaban llamas de cólera, derramaron copiosas lágrimas; y las manos, en que todavía humeaba la sangre, estrecharon las blancas é inocentes de su príncipe. El cual sonreía con apacibilidad en medio de aquella cuadrilla, furiosa algunos minutos ántes, y loca ahora de contento; y señalándonos como á sus libertadores, me abrazaba cariñosamente, aumentando de este modo la alegría y júbilo general. No se hartaban de mirarle, pues los tenía embelesados su candorosa hermosura, que se hacía mas interesante por su palidez, indicio de la

desgracia y de un corazón afectuoso. La aya, no ménos maravillada, guardaba un respetuoso silencio, y contemplando de tiempo en tiempo con ojos llorosos á su alumno, le cogía una mano para besársela con ternura. Tantas sensaciones diversas y opuestas hicieron una fuerte impresion en nuestros ánimos, y mas que en los nuestros en el de Carlos, el cual manifestó su conmoción con abundantes lágrimas, á las que se siguió un largo desmayo. Los afectos de los que estaban á su rededor, se cambiaron entónces de repente, pues empezaron á dar, no ya gritos, sino alullidos de rabia y desesperacion: se abrazaban mutuamente, y levantando al cielo su colérica vista, prorumpían en imprecaciones. ¿Acaso se les había dejado ver por algunos instantes á su nuevo rey, para que les fuese mas sensible su pérdida? La malignidad de los republicanos había motivado sin duda a-

quel funesto accidente (porqué le tuvieron en la realidad por muerto); luego era preciso acabar con los restos de este partido. Se arrojaron todos en seguida sobre los infelices gendarmas, los mas de los cuales estaban heridos, esperando silenciosos el fin de este suceso. Cercáronlos, los llenaron de denuestos y de golpes hasta cansarse, y los hubieran muerto á todos, si metiéndome entre los agresores, no les hubiese hablado con enardecimiento. Amigos, les dije, ¿qué es lo que vais á hacer? ¿Es esta la conducta que debe guardar un vencedor generoso con su desgraciado enemigo? ¿ensangrentaréis vuestras manos victoriosas, cometiendo asesinatos? Cómo! mas de cien combatientes, convertidos en homicidas, ¿van á degollar á cinco hombres indefensos? ¿Son culpables estos desdichados, porqué han obedecido á sus gefes, como vosotros debéis obedecer á los

vuestros? ¿Os matarían ellos, si os hubiesen vencido? Les imputáis la muerte de vuestro rey, que no ha muerto, sinó que vive para prescribiros la clemencia: en su nombre os hablo, y de su parte os la encargo. Supuesto que nos vemos precisados á tener guerra con nuestros conciudadanos, hagámosla con armas iguales; pero cuando estén vencidos, dispensémosles nuestra amistad. Vamos, hijos; volvamos al amable Carlos, y llenemos cuanto ántes los deseos de sus fieles partidarios, consolándolos con su presencia. — Este discurso desconcertó los pensamientos y ablandó los corazones de la muchedumbre, que se reunió de nuevo al rededor del carruage. Carlos, á quien la aya tenía en su regazo, abrió ya los ojos y empezaba á respirar. Cuando le mostré á aquella gente amotinada, procuró sonreírse, y con esto se aquietaron: cesó poco á poco el alboroto, y logramos

apaciguar la agitacion y restablecer el orden. Hicimos que fuesen alojados los heridos en las casas del lugar, mandamos abrir hoyas para enterrar al punto á los muertos; y cuando se restableció la tranquilidad, de modo que pudiésemos proseguir seguros nuestro camino, nos pusimos en él, colmados de los vivas y aclamaciones de los concurrentes.

Este fué el único desastre que experimentamos, del cual hablaron los periódicos con mucha inexactitud, teniendo el mayor cuidado en no explicar su causa, ni cómo sucedió. Lo refirieron como una refriega ordinaria entre los soldados de Charette y los de la república; y no se atrevieron á noticiar el rapto de Carlos, de que ya empezaba á hablarse, segun me lo escribía un correspondal que estaba muy bien informado. Me acuerdo igualmente de que el mismo sugeto que me participaba el fallecimiento de Desault, publicado en

los papeles, añadía juntamente, que habiéndose tomado la libertad un periódico de hacer algunas reflexiones acerca de la causa de esta muerte casi repentina, fué recogido al dia siguiente. Esto pudo dar lugar á mil conjeturas; pero confieso que no he podido hasta ahora fijarme en las mias.»

No le pesará al lector tener alguna noticia, ántes de proseguir la narracion de Felzac, de lo sucedido en Paris despues del robo del *pretendiente*, que es el titulo con que entónces designaban á Carlos. Varios representantes, que eran en aquella época miembros del Gobierno, ó allegados suyos, me han confirmado posteriormente esta relacion circunstanciada, que me comunicó Cipriano.

Llegó Desault dos horas despues de haber sacado del Temple al hijo de Luis, y se acercó ante todo á la cama, en que creía estaba el enfermo. No habiendo

aun salido el niño que le sustituía, del letargo en que le sumergió la bebida soporífera, quiso el cirujano tomarle el pulso sin despertarle. Pero como cabalmente se le había empezado á formar en la muñeca izquierda una de las escrófulas, que había notado Desault, y no la percibió al tentar aquella parte del brazo del enfermo, le hizo prorumpir por de pronto esta novedad en una exclamacion. Su sorpresa fué en aumento y se cambió luego en verdadero susto, cuando observando mas de cerca al que estaba en la cama, conoció que no era el mismo que habían puesto á su cuidado. Vínole al instante á la memoria la entrevista, conversacion y proyectos de Felzac, y sospechó la verdad de la cosa, sacándole de toda duda un simple exámen y la confesion de la asistenta, que aun estaba asustada. La misma admiracion sobrecogió al portero interior, que habiendo sido llamado,

confirmó el robo con la esplicacion de lo que había visto. Para colmo de tan penosa confusion, salió la princesa de su cuarto, oyendo la gritería del de su hermano, y se presentó en medio de aquellas tres personas alborotadas. Así que supo la causa de tanto sobresalto, añadió su llanto y suspiros á los gemidos de la asistenta, á las maldiciones del guardian, y á las exclamaciones y conjeturas de Desault. Mas de una hora permanecieron en esta situacion, sin que nadie discurriese un medio para salir del apuro. María Teresa sollozaba en un rincon, y se tapaba los ojos con un pañuelo para no ver al desconocido que estaba en la cama de su hermano; la enfermera se hacía amargas reconvencciones por su debilidad, interrumpiéndolas sólo con sordos gemidos; el portero, derecho al pié de la cama y reclinada la cabeza sobre su mano, levantaba al cielo los ojos y apretaba los

dientes con un movimiento convulsivo; y Desault se paseaba con precipitacion, parándose á veces, pateando de cólera, y dando de tiempo en tiempo una ojeada al niño que estaba dormido.

Pidió luego un tintero el cirujano, y escribió muy de prisa un breve oficio para el tribunal de policia interior. En el momento en que este lo recibió, delegó á dos representantes del pueblo, los cuales fueron sin perder tiempo á recibir las atestigüaciones sobre el caso, justificaron hasta las menores circunstancias, y despues de haber consignado á las mugeres en el cuarto de María Teresa, se encerraron ellos en el de su hermano. Como nadie asistió á esta conferencia secreta, no se puede calcular qué puntos serian los que allí se discutieron, ni saber las disposiciones que se tomaron, mas que por los resultados.

Parece que por medio de los telé-

grafos enviaron sin dilación á todos los ejércitos el aviso del robo de Carlos juntamente con sus señas; ó que solamente lo dirigieron á las divisiones militares de poniente, por estar noticiosos los empleados de policía de la ruta que el rey había tomado. De uno y otro modo se entiende cómo sucedió el encuentro de los gendarmas.

Sería muy arriesgado el sostener, que todos los acontecimientos de aquella época en Paris se debieron necesariamente á este. Varias circunstancias casuales suelen motivar los hechos, sin que unos estén encadenados con otros. Es propio de la naturaleza, educación y gusto del vulgo, y aun le es en cierto modo indispensable, el buscar y hallar las causas en lo que está mas inmediato á los efectos; mas no discurre de este modo el hombre acostumbrado á meditar y reflexionar. Si subiendo por las tortuosas y difíciles sendas que separan

los resultados de los principios, pierde el hilo de sus investigaciones en las tinieblas de la contingencia, ó en la artificiosa oscuridad del secreto; se limita á dar los hechos desnudos y sin accesorios ni conjeturas, dejando á la penetración de los hombres que todo lo adivinan, ó á la malignidad de los que de nada dudan, el gusto y cuidado de descubrir los muelles misteriosos de la máquina, de que solo ha visto el movimiento, sin que pueda, ó tal vez quiera, explicar su estructura.

Murió Desault dos dias despues de la ausencia del hijo de Luis. Volvió del Temple con un fuerte calenturon, y habiendo estado solo y escrito por bastante rato, dirigió á los miembros del Gobierno un pliego, cerrado con tres sellos. Despues de haber hecho un reconocimiento general de sus manuscritos y papeles, y de haber quemado muchos, se metió en cama; y no obstante



el cariño de su esposa, el desvelo de sus discípulos y los remedios del arte, tuvo que ceder á los fatales progresos de un mal incurable.

Cinco dias despues de esto un individuo del tribunal de policia interior, llamado Sevestro, subió á la tribuna de la Convencion, con el objeto de participarle la enfermedad y muerte de Luis, hijo de Capeto. El orador atribuyó entrambas cosas á la hinchazon raquitica, que de mucho tiempo atormentaba al niño. En el mismo dia dos empleados de sanidad, uno de los cuales habia sucedido á Desault en la plaza de primer cirujano del hospicio de caridad, pasaron al Temple, á donde ya acudían algunos dias, y disecaron un cadáver, *que les presentaron los comisarios, como que era el del hijo de Luis Capeto, segun lo dice espresamente la sumaria.* Así que se estendió la informacion, dos comisarios civiles, á los que se habia agre-

gado otro de policia del cuartel del Temple, trasladaron los restos del difunto en un ataúd, y los mandaron depositar á presencia suya en el cementerio de santa Margarita, que está en el arabal de S. Antonio. La Convencion dió parte en su diario de todos estos pormenores; pero los que encuentro en la relacion de Felzac, son los que siguen.

« Tardamos poco en llegar á Fontenay, donde se hallaba á la sazón el cuartel general del ejército católico y real, al que habíamos despachado de antemano un extraordinario. Se puso la guarnición sobre las armas, y resonaron por todas partes las salvas de artillería en muestra de contento. Charette salió con los demas generales á recibir al nuevo rey, y á rendir á sus plantas la espada que habia desenvainado en defensa suya; pero tomándola Carlos, la metió otra vez en la vaina, y le dijo con tanto donaire como cordura: Mas me gus-

ta verla ahí. — El general contestó que estaba dispuesto á hacer todo lo posible para no tenerla que sacar de nuevo. Aquella noche hubo iluminacion general, y señalaron el dia siguiente para instalar al nuevo rey.

Celebróse en efecto esta solemnidad en la iglesia parroquial de Fontenay, y Charette leyó la sumaria que le habían enviado de la consagracion del hijo de Luis, hecha por el obispo de Saint\*\*\*\*\* en la torre del Temple. El nuevo soberano prestó su juramento á las constituciones del estado, y recibió el de los personajes nombrados por representantes de los brazos del reino. Concluyóse la funcion con grandes repartimientos de dinero y de comestibles; con otra iluminacion y con los bailes que duraron casi toda aquella noche. Alojaron á Luis en el castillo, juntamente con su aya, algunas personas de confianza y nosotros. Se encargó de la guardia de

su persona una numerosa y valiente division del ejército, que plenamente convencida de que este niño era el paladion de su seguridad, no dudó responder de él con su cabeza. Los estraordinarios despachados á varias divisiones, llevaron el encargo de exigir que se les librase, en cambio de esta nueva tan feliz como inesperada, un testimonio de su juramento de fidelidad á Luis xvii.

Es muy difícil formarse una idea de la alegría y valor que este acontecimiento infundió en todo el ejército en general, y en cada uno de sus individuos en particular. Estaban desanimados y abatidos por los muchos descalabros y reveses que habían sufrido de algun tiempo: el sacudimiento de reaccion que motivó el 9 de termidor, se había amortiguado: los miembros del Gobierno que habían cedido en la apariencia á las circunstancias, dejando que fluctuasen en sus débiles manos las riendas

del estado, comenzaban ya á cogerlas con brio y á manejarlas con valor; al paso que ó bien por fatalidad, ó por cálculo, se disminuía el número de los defensores de la dignidad real: la desercion por fin iba debilitando el ejército, y la desesperacion se apoderaba de los gefes; cuando la inesperada presencia del hijo de Luis desvaneció de repente todos los temores, restituyó la confianza y la actividad, inspiró valentía, y haciendo concebir la esperanza del buen éxito, anunció la certeza de conseguirlo. Tan cierto es que el influjo de la imaginacion obra las mas maravillosas mutaciones, que su fuerza es muy temible, y que elevando los sentimientos de la voluntad, se doblan las facultades físicas.

Pero en tanto que los negocios del rey y de sus defensores tomaban un aspecto tan lisonjero, no se dormían sus enemigos. Su evasion, que no les era

ménos funesta que imprevista, los había puesto alerta; y ya que nada podían conseguir á viva fuerza, recurrieron, para recobrar la presa, á los ardidés diplomaticos.

Recibí una mañana aviso del general Charette para que pasase á verle inmediatamente. Acababan de traerle un sugeto, disfrazado de marinero, que sospechaban fuese espía, como se vió despues claramente por las preguntas que le hicieron. Se le prometió la vida, si quería salvarla, descubriendo cuanto supiese de los que lo habían enviado; y el villano, prefiriendo su existencia al honor, nos dió las noticias siguientes: que este viage, que tan mal le había salido, era el noveno que hacía al ejército real, en el que tenía algunos conocimientos; que por medio de quince ó veinte, entre gefes y soldados, que se había ganado á fuerza de dinero para el partido de la república, estaba casi

seguro de mover en el ejército un alboroto, para el cual serviría de pretexto la cortedad de los sueldos, siendo su verdadero objeto arrebatár al nuevo rey; que mientras él disponía esto por una parte, el Gobierno francés preparaba por otra, para precaver todo inconveniente, varias negociaciones, que se dirigían á entablar entre los gefes vandeanos y los chuanes un armisticio, durante el cual se ajustaría amigablemente la paz definitiva; que para conseguirla, siendo una de las condiciones preliminares el que volviese Carlos á la torre del Temple, se obligarían no solo á agraciár con los primeros empleos, así civiles como militares, á los gefes de los insurgentes, y á conceder á los subalternos una absoluta y perpetua amnistia, sinó tambien á reedificar las casas que les hubiesen arruinado, y á repararles ganado, instrumentos para el cultivo, semillas para un año, y cierta can-

tidad de dinero, con que pudiesen ocurrir á los gastos mas indispensables para reponer sus ajuares.

Hizo el espía esta esplicacion á presencia de la plana mayor de Charette, y observé que tocó muy ligeramente los primeros puntos, para poderse estender á su satisfaccion en los últimos. Al hacer esta confesion, tuvo tal maña para presentar por el lado favorable las ventajas que resultarían, segun él, si los vandeanos se conformaban con la propuesta de los comisarios, que temí habria empezado á cebar á la mayor parte de los que presentes estaban, ya que no los hubiese seducido completamente. No fueron vanos mis temores, pues quando despues de haberse salido, propuso el general algunas medidas para contrarestar á las de los enemigos, no tuvo otra respuesta que un silencio de desaprobacion. Era la primera vez que experimentaba semejante

desaire; por lo que mirándolo como una afrenta, preguntó con aquella superioridad que inspira la conciencia pura y tranquila, ¿en qué había disgustado á sus camaradas? pero no logró mas respuesta que la que le dieran anteriormente. Tenía el general un carácter tan franco, poseía en tal grado aquella generosa ingenuidad, aquella honradez caballeresca, no ménos característica de la nobleza del siglo de Felipe Augusto, que desconocida en este, y se interesaba tanto en la causa por cuya defensa había tomado las armas; que estaba muy distante de rezelar el motivo del extraordinario silencio de sus oficiales. Yo, que por estar mas ejercitado en conocer el interior de los hombres, había adivinado lo que pasaba en el de estos, me atreví á decirlo abiertamente, y nadie me contradijo; pero como siempre se tiene algun reparo en cometer una accion, ó en manifestar un sen-

timiento que se oponga al honor y á la obligacion, se contentaron con hacer aquella confesion tácita, sin alargarse á justificarla en la debida forma. La agradable perspectiva presentada por el diestro espía, se adecuaba mucho al gusto de unos hombres que hacían la guerra más por interes que por ser verdaderamente afectos al rey, y que cansados de agotar sin provecho su sangre y caudales en defensa de un partido, que podía mirarse como desesperado por sus continuas desgracias, aunque no seguian las opiniones de la otra parcialidad, estaban con todo inclinados á no desechár sus ofertas, siempre que les proporcionasen alguna utilidad real. «Mucho tiempo hace que una guerra asoladora está destruyendo nuestra patria, y arrebatando la vida á los mas intrépidos defensores de la dignidad real, con cuya pérdida se aumenta la alegría, valor y aliento de los republicanos. En

vano se ha procurado engañar á los insurgentes con las esperanzas de pronto socorros, de hombres y de dinero. La Rusia, que se había obligado á suministrar lo primero, ya no piensa seguramente en cumplir su promesa; pues su armada, que sigue siempre anclada en el mar del norte, parece que está allí encadenada, mas por la mala voluntad de los gobernantes, que por los hielos. En cuanto á la Inglaterra que nos ha prometido subsidios pecuniarios, hay poco probablemente que esperar de ella, porqué el estado de sus rentas no se lo permite, ó mas bien, porqué siendo la intencion decidida de su Gobierno, que la Francia se arruine por sí misma, obligará á los insurgentes, no dándoles auxilios, á que se sacrifiquen inútilmente. ¿No se ha alegrado Pitt al saber la muerte de doscientos vandeanos? ¿No descubrió el secreto de su política, cuando admirándose algunos de

esta demostracion, que tanto desdeñaba de su empleo, les contestó: *al cabo siempre son franceses?* Es pues evidente que el gabinete de san JAMES se ha propuesto el aniquilamiento de la Francia, ora sea la forma de su Gobierno monárquica, ora republicana. ¿No es por consiguiente inútil, temerario y arriesgado el proseguir sin mas ayuda que el propio valor, ó por mejor decir, la desesperacion, una lucha tan desigual con un enemigo, fuerte, numeroso, aguerrido y vencedor? Ofrece la paz, pudiendo continuar la guerra; propone condiciones benignas y ventajosas, cuando está en su mano el dictarlas duras; ¿en qué pues nos detenemos? Así peroró un mayor, orador tan hábil como mal guerrero, á quien la naturaleza, al mismo tiempo que le concedió una chispa del talento de Ciceron, le comunicó tambien su pusilanimidad. En la época de las turbulencias de la anar-

quía, hubiera sobresalido en las tribunas de las juntas populares; pero no poseía el entusiasmo que enciende, ni la obstinacion que sostiene la efervescencia de una guerra civil. Infiel á su juramento, fué el único que tuvo la infame osadia de cohonestar su perjurio con estos pretestos; y aunque nadie habló mas que él, no hubo uno que se le opusiese. Charette, á quien había encendido la sangre este discurso, miraba con airado semblante á sus pérfidos oficiales. ¿Qué estáis hablando de interés y de utilidad? exclamó: ¿qué entendéis por condiciones ventajosas? ¿Acaso hacemos la guerra para enriquecernos? ¿ni haremos la paz para reponer nuestras haciendas? ¿Os habéis olvidado del juramento, en el cual unísteis vuestra suerte con la del rey? ¿Por ventura se ha hecho ya vuestro corazon insensible á los gritos del honor? no sois realistas y franceses? Qué es esto? los u-

surpadores están sentados en el trono, inundado en la sangre de vuestros reyes, ¿y no se inflama la vuestra? Los verdugos de Luis XVI, armados de un puñal en vez de cetro, huellan con desprecio á la nacion humillada, y vosotros ¿os negáis á levantarla y á castigarlos? ¿Para qué mendigar, ni qué necesidad hay de aguardar los socorros de la Inglaterra y de la Rusia? ¿Qué tiene que ver nuestra contienda, nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestro valor y nuestra resolucion, con la flemma de los habitantes del norte, ni con la falsa proteccion de los isleños? ¿No os llenáis de vergüenza y de indignacion, no tembláis de cólera, cuando dejáis el cuidado de vengaros en manos de los extranjeros? ¿Es Jorge ó Catalina quien ha muerto en el cadalso? ¿ha sufrido algun menoscabo el despotismo moscovita, ó la grande acta de navegacion inglesa? No por cierto: vues-

tra monarquía es la que se ha desplomado, minada por la revolución; el trono de san Luis se ha hundido en el ensangrentado cieno del Gobierno popular; un descendiente de Enrique iv ha inclinado su cabeza, que ciñó la corona, bajo la cuchilla de los verdugos; la sangre de sus afectos súbditos, de sus fieles amigos, de los mejores ciudadanos, es decir, la sangre de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestras esposas, de vuestros amigos y de vuestras queridas, ha caído desde los cadalsos, corriendo en arroyos por el suelo frances. Y queréis dejar las armas? ó mas bien ¿pretendéis entregarlas arrodillados á los asesinos que gobiernan? ¿Esperáis que los mismos que os han degollado y desnudado, os cumplirán esas promesas que os injurian? Los que han incendiado vuestras mieses, ¿os ofrecen granos? ¿quieren reedificar vuestras casas los que las han talado á san-

gre y fuego? Si que las reedificarán; pero será con los huesos de vuestros despedazados hermanos, amasando estos espantosos materiales con vuestra propia sangre. Id pues, viles y pérfidos soldados; marchad, desertores de un partido que deshonráis; abandonad á los caprichos de la suerte y á la inconstancia del acaso, á ese real y desdichado huérfano que jurasteis defender; pero llevadle ántes preso en medio de vosotros, y entregadle á los que asesinaron á su padre: no os muevan á compasion su edad, su hermosura, su debilidad ni sus infortunios; y cuando estéis delante de vuestros nuevos amos, imitad su conducta, haciendo rodar á sus piés la inocente cabeza de vuestro rey. —

¡Cuán poco puede la elocuencia de la probidad contra la del egoísmo! Este discurso, tan propio para atraerse cualesquiera otros corazones, conmovió muy levemente los de aquel auditorio;



y aunque les iban á saltar las lágrimas, las reprimió el sórdido interes. Nada se decidió, y solo convinieron en que el espía republicano volviera á los de su partido, bajo la custodia de un espía de los chuanes que le fuese desconocido; debiendo hacer este último todas las averiguaciones que pudiese, para obrar definitivamente con arreglo á ellas.

Amigo, me dijo Charette, así que salió del consejo, ya ve Vd. hasta qué punto puede degradarse una persona dominada por su interes particular. La virtud y el honor son para ella nombres sin significado, los juramentos un juego, la obligacion una cadena que huella y destroza á su antojo, y sus opiniones mismas varían con los sucesos y toman cada dia distinto aspecto, conformándose enteramente con las circunstancias. Estos traidores han traspasado la primera barrera, y ya nada los podrá contener en adelante: hacen

grandes progresos en la carrera de la perfidia, y no es posible que se den por contentos hasta que la hayan corrido por entero. No estrañaria que dentro de breve el infeliz hijo del desventurado Luis fuese arrebatado contra mi voluntad de su asilo, y que le entregasen en manos de sus perseguidores. Desdichada criatura! qué estrella es la tuya? ¿Te ha formado el cielo en un momento de cólera, y ha tejido la tela de tus dias con los mas funestos hilos? Naciste en medio de las tormentas.... fuiste alimentado con las lágrimas maternas, no ménos que con la leche de tu nodriza.... tu cuna fué arrojada, como la de Moises, al ensangrentado rio de la revolucion.... y esta ¿á dónde te ha despeñado? en un abominable calabozo, que honraron y hermosearon las virtudes de tu padre, el cariño de su esposa, el afecto de tu hermana, la prudencia de tu tia, y tus naturales y encan-

tadoras gracias. Un martirio doloroso, aunque sagrado, consumió á tu linage : único y débil renuevo de este grande árbol, cortado por la cuchilla, no has heredado de los tuyos otra cosa que miserias; y para que lleguen á su mayor colmo, no bien has sido libertado de la ferocidad de tus verdugos, cuando vas á ser víctima de la traición de tus defensores, que son todavía mas inhumanos. Pero qué digo? ¿has de caer otra vez en poder de los tiranos? ¿te verás sumergido de nuevo en esa caverna de leones, donde te dejaría crecer la venganza, hasta que pudiera cebarse en tu sangre? No, no: tu existencia está asegurada, mientras le quede algun aliento á la mia; gozarás de la libertad, en tanto que yo la tenga; mi vida es tuya, como lo fué de tu padre; he derramado mi sangre, y derramaré la que me queda, por tu causa; mi brazo se empleará siempre en tu defensa.—

Poseido el general de aquel extraordinario zelo que constituye á los héroes, y poco satisfecho de manifestarlo solamente con palabras, estaba dispuesto á acreditarlo con las obras. Seguro de la debilidad de sus oficiales, y de la alevosía que era consiguiente, se resolvió á preaverla; y despues de haber meditado, conferenciado y discurrido sobre los medios, escogimos este como mejor.

A algunas leguas del embocadero del Loira se encuentran varias isletas, que no son por lo regular mas que un monton de arena y de conchas; aunque algunas, mas favorecidas por la naturaleza, están hermoseadas con el grato verdor de los árboles y de la menuda yerba. Hay entre aquellos islotes uno, mayor y mas fértil que los otros, que lo resguardan del continuo embate de las aguas. La claridad del cielo, que está casi siempre sereno, y la fecundidad, her-

mosa situación y frescura de aquel umbroso sitio, lo constituyen un asilo, no ménos agradable que seguro. Mas ya porqué se ignoren sus ventajas, ó porqué la avaricia las menosprecie, como demasiado sencillas y fáciles, esta isleta estaba solamente habitada por una familia, que disfrutaba allí de los tesoros del buen cultivo, de una perfecta salud, que es el mejor de los bienes, de la amable tranquilidad y de la satisfacción interior, en vez de los placeres dispendiosos, y eriminales por lo comun, de las ciudades. Charette había tratado en otro tiempo á estas buenas gentes, y á ellas y en su vivienda determinó dejar al tierno Carlos, teniendo sin embargo la precaucion de ocultarles la funesta brillantez de su nacimiento. Su aya, que con su cariño, desvelos y fidelidad se había ganado el afecto del real alumno, y era por lo mismo merecedora de nuestra confianza, fué la ú-

nica á quien comunicamos este proyecto, cuya ejecucion nos facilitó el empleo de Charette. Compré una barquilla, y gobernándola nosotros, trasladamos á la ribera opuesta al interesante huérfano, á quien la desgracia había hecho prudente y discreto, á pesar de su delicada salud. Púsose contento en extremo, cuando se vió en aquella deliciosa campiña, donde la naturaleza ostentaba sus maravillas en la mas risueña estación. La verde yerba, de que el rocío hacía destilar líquido aljófár; el magestuoso aspecto de la frondosidad de los robles y pinos; las dóciles y plateadas ramas de los sauces; los zarzales, coronados de una graciosa diversidad de flores; el gorjeo de mil pintados pajarillos, que saltando de rama en rama, trinaban sus alegres y variados cantos, á par de una clara fuente que allí junto murmuraba; el vistoso esmalte de los prados y sotos; el estendido

horizonte, matizado con innumerables nubes de todas formas y colores, entre cuyos celages se descubría el cerúleo cielo; el viento, que meciendo blandamente las moradas violetas, llenaba el ambiente de olorosa fragancia; y el sordo y lejano estruendo de las olas, que estrellándose en la costa, arrastraban las pardas y blancas guijas con ronco ruido; todos estos objetos debían asombrar y conmover á una criatura, que no había hecho mas que llorar tanto tiempo, y que gozaba por la vez primera del desahogo de la libertad. Deramó Carlos sonriéndose algunas lágrimas, hijas del reconocimiento y de la sensibilidad; pero fué mayor su sorpresa y alegría, cuando al son de un caramillo acompañado de un tamboril, acudieron dos hermosos niños, que presentaron á sus piés cestas de frutas, y le pusieron en la cabeza una guirnalda, formada de jazmines, rosas y madresel-

va. Había dispuesto esta sencilla fiesta el cuerdo general, que encontró los actores en los hijos del solitario. Abrazólos enagenado el príncipe, y enseñándonos la corona que acababan de ceñirle, esta, dijo, no cuesta sangre, y por eso es mas apreciable.

Los cortesanos del monarca campestre nos acompañaron á ver á sus padres, que nos estaban esperando, aunque ignoraban que su huésped fuese el hijo del rey; y así es que le recibieron como un recomendado de Charette, á quien tanto estimaban. Nos dieron una abundante y sabrosa comida, presentándonos fresca leche de una hermosa vaca que pacía en la vecina huerta, esquisitas legumbres, y sazonadas y olorosas frutas.

La muger del huésped nos convidó despues de comer, á que viésemos los primores de su habitación. Carlos se entretuvo particularmente mirando un re-

bañito de carneros y cabras, entre las cuales había tres vacas, dos novillos y un toro; y no llamó ménos su atencion la estructura de las colmenas y la industria de las abejas. Todo lo observaba, haciendo juntamente muchas preguntas y reflexiones, que probaban su gusto y talento. El jardin, la huerta, el bosque, el arroyo y el prado suministraron materia á nuestra conversacion. Ya nos disponíamos á dejar aquel divertido albergue, en que había de quedar nuestra preciosa prenda, cuando la huésped nos habló en estos términos: No sé, señores, si proponer á Vds. que concluyan su paseo, visitando un lugar, que yo aprecio sobre manera, y que no puede ménos de escitar el sentimiento en el corazon de Vds. Sin embargo, como Vds. no son del número de aquellas personas que se avergüenzan de derramar lágrimas de compasion, juzgo que se alegrarán de ir á a-

quel sitio, que respeto como un santuario. Sirvanse Vds. seguirme. —

Nos encaminamos por un campo de alfalfa, que terminaba en una colina, por la cual trepamos, bajando despues por la parte opuesta, cuyos piés besa un abundoso arroyo, que aquellos prados fertiliza. Había para pasarlo un puente formado de tablas, puestas sobre dos grandes vigas. Se divisaba en la otra orilla un bosquecillo, lleno de espinosas zarzas y puntosas cambroneras, y rodeado de infinitas breñas: había muchos pinos, que por su opaco ramage y duro tronco, hacían una maravillosa contraposicion con las flexibles varas y argentadas hojas de los sauces, y algunos elevados álamos, que movidos mansamente por el viento, formaban un suave y blando susurro. Tardamos poco en llegar á una estrecha calle de cedros y cipreses, cuyas espesas copas apenas dejaban penetrar algunos rayos del sol.

Era el suelo de fina arena, y el campo estaba por ambas partes vestido de verde césped, y matizado con la blanca azucena, con el cárdeno lirio y la olorosa clavellina, aunque se veía en algunos trechos la amarga adelfa, la humilde escabiosa y la purpúrea adormidera, como para denotar que aquel sitio lo era de luto y llanto. Había al extremo de esta calle un cenador ovalado, que tenía al rededor un cerco de altos tejos, y en medio un fúnebre monumento, construido de grandes piedras, toscamente labradas y cubiertas de delicado musgo. Algunos tuyas rodeaban el túmulo, en forma de candeleros, y tres grandes y hojosos sauces lo cubrían con la sombra de sus juntas y caidas ramas. Las palabras de nuestra conductora, aquel lóbrego y escondido retiro, el respetable aspecto del sepulcro campestre, el misterioso silencio que se guardaba en todo aquel contorno, el involunta-

rio recuerdo de los pasados acontecimientos, y el penoso presentimiento de los venideros, todo contribuía á inspirarnos un respeto religioso, acompañado de terror y de compasion. Pero estos confusos afectos, que es mas fácil sentir que esplicar, se trocaron en amargo dolor, cuando habiéndose arrodillado los hijos de la huéspeda delante del túmulo, vimos una lisa lápida, en que aun no habíamos reparado, la cual tenía esta triste y patética inscripcion:

Á LA MEMORIA DE LUIS XVI,

DE MARÍA ANTONIETA

Y

DE MARÍA ISABEL,

VÍCTIMAS DE LA TIRANÍA.

Cárlos, fuera de si y medio desmayado, se arrojó con los brazos abiertos

Era el suelo de fina arena, y el campo estaba por ambas partes vestido de verde césped, y matizado con la blanca azucena, con el cárdeno lirio y la olorosa clavellina, aunque se veía en algunos trechos la amarga adelfa, la humilde escabiosa y la purpúrea adormidera, como para denotar que aquel sitio lo era de luto y llanto. Había al extremo de esta calle un cenador ovalado, que tenía al rededor un cerco de altos tejos, y en medio un fúnebre monumento, construido de grandes piedras, toscamente labradas y cubiertas de delicado musgo. Algunos tuyas rodeaban el túmulo, en forma de candeleros, y tres grandes y hojosos sauces lo cubrían con la sombra de sus juntas y caidas ramas. Las palabras de nuestra conductora, aquel lóbrego y escondido retiro, el respetable aspecto del sepulcro campestre, el misterioso silencio que se guardaba en todo aquel contorno, el involunta-

rio recuerdo de los pasados acontecimientos, y el penoso presentimiento de los venideros, todo contribuía á inspirarnos un respeto religioso, acompañado de terror y de compasion. Pero estos confusos afectos, que es mas fácil sentir que esplicar, se trocaron en amargo dolor, cuando habiéndose arrodillado los hijos de la huéspeda delante del túmulo, vimos una lisa lápida, en que aun no habíamos reparado, la cual tenía esta triste y patética inscripcion:

Á LA MEMORIA DE LUIS XVI,

DE MARÍA ANTONIETA

Y

DE MARÍA ISABEL,

VÍCTIMAS DE LA TIRANÍA.

Cárlos, fuera de si y medio desmayado, se arrojó con los brazos abiertos

á las gradas del monumento, abrazándolo, y besando en medio de los sollozos aquellas venerables y crueles palabras, que bañó en lágrimas. Según eran dolorosos sus arrebatos, convulsiva su angustia, dilatados sus suspiros é interrumpidos sus clamores, parecía que quisiera hacer pasar su alma al sepulcro. Una violenta conmoción le enagenó; y pudiendo mas que la prudencia, porqué le hacía oír la voz de la sangre, y renovaba al mismo tiempo sus llagas, le obligó á esclamar: *Papá mio!... mamá mia!... querida ita!...* Y luego añadió, después de haber reflexionado un poco: *¿qué será de vuestro desdichado hijo?...* Inmutóse de prouto nuestra huéspedá, y quedó como asombrada; sus hijos mezclaron su llanto con el del real huérfano; el general, reclinado sobre un ángulo del túmulo, procuraba disimular su sentimiento; y yo, contemplando en pié esta dolorosa escena,

levantaba de cuando en cuando la vista al cielo, como para reconvenirle por lo que motivaba mi pena. Ya no era posible guardar el secreto, pues este acaso lo acababa de descubrir. Por tanto Charette cogió de la mano á la huéspedá, y señalándole con la suya á Carlos, que seguía abrazado del túmulo; Vd. merecía, le dijo, que se le hubiese confiado lo mismo que acaba de saber por una casualidad; pero los infelices deben ser siempre reservados. Este niño, señora, que he puesto en manos de Vd. y que encargo á su cuidado, es el único vástago de esa respetable familia. Por ser hijo y legítimo heredero de un rey que ya no existe, es tambien rey; y con esto creo haberme explicado bastante. — En tanto que duró este discurso, estuvo inmóvil aquella muger, callada y sobrecogida de pasmo y asombro, hasta que rompiendo por fin el silencio, exclamó: Providencia! ó eter-



na y profunda sabiduría de Dios! ¡Por qué medios tan incomprensibles has dispuesto los acontecimientos que nos separaron un dia, y los que ahora nos reunen! — Dirigiéndose despues al hijo de Luis, y tomándole en brazos, continuó diciendo: Querido Carlos, ¿es posible que el tiempo, las enfermedades y las desgracias, nos hayan desfigurado de tal manera, que ya no nos conociáramos el uno al otro? Mas qué digo? añadió mirándole con atencion, ya me voy acordando de su semblante. Si, estos son aquellos azulados ojos, en que resplandece su carácter apacible aun en medio de las lágrimas; esta es su candida y serena frente, donde reside la magestad y la sencillez; estos los rubios cabellos, rizados por la misma naturaleza para el mayor adorno de una cabeza tan linda... y proscrita! Ay, amado hijo! ya que á pesar de los vestigios de tus infortunios, reconozco á mi au-

gusto alumno, tu corazon, á falta de los ojos, ¿no te dice que soy tu cariñosa aya, la duquesa de V\*\*\*\*\*?

Era ella en efecto, que habiendo escapado de las prisiones del terror, indujo á su esposo á vender los restos de su hacienda, para buscar léjos del estrago de la tempestad un asilo en que pudiesen libertarse de ella. Se embarcaron en Paimbœuf para pasar á Inglaterra, y un golpe de mar los precisó á embestir en la isleta, donde solo habitaba á la sazón un viejo ermitaño, que subsistía de las limosnas de algunas personas caritativas. Madama de\*\*\*\*\* y su esposo, tan contentos como sorprendidos por haber hallado casualmente lo que en vano hubieran buscado con mucho trabajo, se resolvieron á vivir en aquella alegre y pacífica morada que el cielo les deparaba. Adquirieron cuanto necesitaban para su nuevo domicilio, haciendo algunos viages al continente,

y recurrieron en uno de ellos al señor de Charette para cierta solicitud; pero el general no los conoció por su sencillo traje, propio en la realidad de unos aldeanos. En los diez y ocho meses que estuvieron en la isla con sus hijos, reedificaron la choza del ermitaño que habia muerto; y como tenían una razonable cantidad de dinero, pasaban los dias tranquilos en una dichosa ociosidad, ocupando el tiempo en la lectura, en algunas tareas del campo, aunque poco pesadas, y educando á su familia. Un antiguo criado y su muger eran sus únicos conmensales, y al mismo tiempo sus amigos, etc.... » —

Este pasage de la relacion, que explica circunstanciadamente el modo con que el hijo de Luis se separó de la compañía de Charette y de Felzac, el regreso de estos á Fontenay, y algunas particularidades personales, no me ha parecido tan á propósito para escitar el

interes de los lectores, como lo que antecede. Por esto, despues de haber indicado brevemente lo que en aquella época sucedió en Paris, relativo á esta materia, concluiré la presente historia con el final de la relacion de Felzac.

Muchos meses habia que los representantes enviados al ejército de poniente, de cuyo número eran los que Felzac ha mencionado ántes, intentaban entablar negociaciones con los insurgentes, para ajustar algunas treguas, de que resultase la paz. Entraba esta indispensablemente en el plan del Gobierno, que iba tomando sus medidas para que la república estuviese debajo de una administracion constitucional, y se consolidase de este modo sobre fundamentos firmes y estables. El espía, que se habia dejado prender de propósito, estaba encargado de examinar las intenciones de los vandeanos, de inspirarles las mas lisonjeras esperanzas, y de

cebar su codicia. Era hombre de carácter afable y de fino talento; y como no se le había ocultado la impresión que causó su estudiado discurso, dió cuenta, cuando volvió á su cuartel general, de que el de Charette se hallaba en la mejor disposición, excepto el mismo Charette. Pero por mucha que sea la autoridad de un general, como depende del voto y opinión de sus soldados, pierde toda su fuerza en el momento que este voto y esta opinión se convierten contra él. Los comisarios creyeron que esta ocasión era muy favorable para empezar las negociaciones; y cuando enviaron á sus delegados las condiciones preliminares que debían proponer, insistieron principalmente en que se les devolviese al jóven Luis, obligándose ellos á tratarle con toda la consideración que era debida á su edad y á su desgracia, teniéndole solamente como en rehenes para la seguridad de la pa-

cificación, y prometiendo entregarle, luego que se verificase la paz general, ó al emperador, que era pariente suyo por parte de madre, ó al rey de España, que trabajaba porqué se restableciese la buena armonia entre sus dominios y la república francesa.

Recibió Charette pocos dias despues de su vuelta el oficio sobre la suspensión de armas, en el cual se hallaba este artículo secreto, y su contestación fué en estos términos: «Me conformo con las condiciones propuestas, á excepción de la que se dirige á poner otra vez en manos del Gobierno frances al hijo del rey Luis XVI, en atención á que esto se halla fuera de mi poder aun mas que de mi ánimo, pues el principe Carlos siete dias ha que no está bajo de mi jurisdicción.»

Prosigue y concluye Felzac la relación de los acontecimientos de esta manera.

«No era posible prever el resultado de la empresa, de que me había encargado por mi sincero afecto á la familia de mi rey, y por estar íntimamente convencido de que solo su heredero podía hacer feliz á mi patria. A este sueño, en que se deleitaba mi imaginacion, y del cual se alimentaban mis deseos, sucedió un terrible desengaño que lo desvaneció todo, como si fuera una vana ilusion, y me hizo ver un vergonzoso y sangriento cadalso en lo que yo me había figurado un campo de gloria. Mas ¿por qué lo he de llamar vergonzoso? Si el destino de esta república colosal, decía yo á mis solas, la hace triunfar de todos sus enemigos, ¿por qué los ha de deshonnar su mala suerte? He cumplido con mi deber, obedeciendo á la voz de mi conciencia; he desempeñado mi obligacion lo mejor que he podido, y no creo que pueda llamarse culpable mi retirada, á no ser tenido tambien

por infame el desgraciado á quien hiere el cielo con sus rayos. Arrostraré pues la muerte que miro con serenidad: ya la veo como se acerca mas irritada contra su víctima que lo está la misma víctima. ¿Qué se me daba en efecto, de que la justicia tuviese el disfraz del odio, y de que la espada de las leyes castigase puesta en manos de la venganza? Puedo decir sin el menor escrúpulo, que mi corazon no estaba poseido de otro interes que el del bien público, y que la satisfaccion de haber contribuido á fomentarlo, me servirá de consuelo en mis postreros momentos, así como es hoy dia mi única recompensa.

Pero ántes de salir de este valle de miserias y de lágrimas, en que algunos malvados se disputan el poder, para encadenar á unos pocos desventurados, me acordé de que debía un tierno recuerdo y el último á Dios á la amistad. Pensé tambien, que no era cosa indi-

ferente el justificar con toda autenticidad muchos hechos, que las pasiones han vestido á su modo, y que el espíritu de partido ha alterado y desfigurado de manera que apenas se les conoce. Con el dinero, que es siempre el medio mas poderoso, logré hacer llegar á manos de Cipriano mi carta; y aunque escribía á un amigo, fui tan exacto como si trasladase un hecho á la posteridad por medio de la historia.

Luego que Charette, decía yo á Cipriano en mi carta, dirigió su respuesta al parlamentario de los representantes comisionados, me encargó que trocase la barquilla que tenía comprada por una corbeta, que pudiese emprender un largo viage. Era su intencion embarcar en ella al príncipe, á quien yo debía servir de maestro y compañero, sin que dejasen por eso de venir con nosotros la aya, la duquesa de <sup>\*\*\*\*\*</sup>, su esposo y sus hijos. Verificóse cuanto deseaba el

general en ménos de ocho días. Para no detenernos en menudencias y llegar cuanto ántes á los sucesos principales, te diré solamente, que en este tiempo compramos, aparejamos y aprestamos el buque, que nos debía conducir, con bandera neutral de una potencia del norte, á una isla de la América septentrional, dependiente de los Estados Unidos.

Todo nos había salido bien, y nos daba las mejores esperanzas para lo venidero: el cielo claro, el mar tranquilo, la embarcacion sana y velera, el consuelo de huir de un pais bárbaro, y el mayor todavía de encaminarnos á un retiro pacífico y poco conocido. Maravillado Carlos de la formidable vista del espacioso océano, se entretenía con gusto en el embeleso que le causaba esta nueva impresion. El rubio Febo que comenzaba á descubrir por el oriente su dorada madeja, alegrando á los morta-

les y matizando las saladas ondas con sus benéficos rayos; el vasto horizonte cuajado de los vistosos arreboles, con que el sol hermoseaba una infinita variedad de nubes; la agitacion de las olas, que ya se deslizaban blandamente unas sobre otras, ya encrespándose un poco mas, mecían de continuo el bajel; cada cosa en fin, cada particularidad ofrecía al príncipe un nuevo cuadro, y abundante materia para discurrir y reflexionar.

Caminábamos así felizmente, cuando una mañana, despues de haber deshecho el sol la cerrada niebla que el aire oscurecía, descubrimos un barco, que era de la república, segun lo indicaba su bandera tricolor, que distinguimos cerca del medio dia. La fragata, pues lo era en efecto, se nos fué acercando poco á poco, y al rayar del otro dia ya nos tenía á tiro de cañon. La bandera dinamarquesa con que navegábamos,

nos protegía bastante para que no tuviésemos ningun temor; y por lo mismo despues de haberles saludado con tres cañonazos, segun costumbre, nos largábamos para evitar que nos conociesen; pero una terrible descarga, que por poco derribó é hizo astillas el palo mayor, nos dió á entender con qué clase de gentes las habíamos. Segun las apariencias eran unos piratas; pues ya sabes que un decreto ha legitimado y fomentado este latrocinio, conocido con el nombre de armamento en corso. Mas ¿cómo habíamos de pensar en hacer resistencia? y ¿qué sería de nosotros, si nos entregábamos? Un corsario que había violado los derechos de la guerra y de las naciones, hasta el extremo de hacer fuego á una bandera independiente, ¿tendría la honradez de proteger, ó de no perder cuando ménos, vender ni sacrificar al hijo de su rey? ¿Qué se podía esperar de un hombre, á quien la

codicia hacía atropellar los mas sagrados privilegios, esponiéndole al castigo y á la infamia, si se descubría su atentado? Entre tanto que estábamos deliberando, si cederíamos al rigor de nuestra estrella, ó si podríamos hacer una resistencia regular, nos gritaron los del bajel enemigo que amainásemos, si no queríamos experimentar los males de un abordage. El arrogante tono y las expresiones injuriosas con que nos lo dijeron, puso fin al instante á nuestra irresolucion, y nos llenó de despecho. Resolvimos pues defendernos con brio, y arriesgarnos á perecer, puesto que no era la muerte lo peor que nos pudiera sobrevenir. Contestamos de repente con una andanada, á que siguieron sin intermision otras tres, que no solo hicieron gran daño al enemigo, sinó que le sorprendieron sobre manera, por la idea que la debilidad de la corbeta le había dado acerca de nuestros medios

de defensa. Vuelto sin embargo de su asombro, nos cargó con fuerzas tan superiores, que nuestra desesperada resistencia probaba mas la imposibilidad de sostenerla, que nuestro valor; pero conseguimos con ella ganar algun tiempo, del que me aproveché con tanta serenidad como buen éxito. Carlos y los dos hijos de la duquesa estaban encerrados con su madre dentro de la cámara del capitan, aguardando temerosos el resultado de la accion. Cuando ya iba á decidirse, y no nos quedaba esperanza alguna de salvarnos, entré yo, y no ocultando á madama de\*\*\*\* el peligro que nos amenazaba, hice que vistiese á su hija en traje de hombre. Había yo calculado, que esta mutacion podía desvanecer ó entorpecer á lo ménos las sospechas, en caso de un accidente imprevisto. Así que estuvo todo arreglado, hice arriar bandera, y la fragata, cuyos fuegos habían cesado, nos mandó el bo-

te para que la gente de nuestro barco pasase al suyo; lo cual se verificó en tres viages. Los enemigos biraron entónces de bordo, y ciñeron el viento en vuelta de la costa, de la cual estábamos ménos apartados de lo que yo creía.

En las cuarenta horas que duró nuestra travesía, estuvimos rigurosamente cerrados en dos camarotes contiguos, el uno de los cuales fué destinado para la duquesa, sus hijos y la aya de Carlos, y el otro para el duque y para mí; pues el criado viejo se había quedado con su muger en la isla. Metieron lo restante de la tripulacion en la bodega, y no se le permitió la menor comunicacion con la de la fragata. Estas precauciones, que únicamente se practican con los prisioneros de guerra y con los reos de estado, me hicieron creer que no estábamos en poder de un pirata.

Sali de toda duda, cuando habiendo arribado al desembarcadero, nos cargaron de grillos y cadenas sobre la misma cubierta de la fragata, como si fuésemos alevosos delincuentes; y en medio de la griteria y silbidos del populacho, nos condujeron en seguida á la cárcel, donde supimos que se nos había perseguido y preso de órden de un representante del pueblo, delegado en el ejército de poniente, por estar acusados de crimen de alta traicion. No nos dijeron mas; pero era fácil adivinar los motivos que podían haber dado margen á imputarnos tamaño delito.

Miéntas que en todo aquel dia y en la noche siguiente ignoré el nombre del diputado, tuve esperanza de librar á Carlos del largo cautiverio, y tal vez de la proscripcion, á que le condenaban su nacimiento y la tiranía, aun cuando yo no pudiese escapar del suplicio, que la seguridad, ó mas bien la política del



estado prescribía que se me impusiese. Desesperé enteramente, luego que por la orden que se me pasó para comparecer delante del diputado, supe cómo se llamaba; pues era uno de los mas crueles procónsules, que abortó la tiranía para devastar el territorio frances. Heredero del inexorable furor de Saint-Just, á quien ayudó en sus sanguinarias tareas, parecia haber recogido su testamento, para ser el albacea que cumpliera su voluntad; y se hacía tanto mas temible, porque ocultaba su alma atroz bajo un exterior benigno, y sabia dorar con blandas palabras las proserpciones que fulminaba. Es tambien verosímil, que con los atractivos de su carácter se debió granjear el aprecio y confianza de los comisarios, que acaso querrian en la realidad el bien, aunque la conducta y principios de este encargado los calumniaron y deshonraron.

Despues de las primeras fórmulas del

interrogatorio, me preguntó, si conocia á Luis Cárlos Capeto, hijo del último rey. ¿Quién no le conoce, respondió, en Paris, donde vivo, en Francia, de la cual soy ciudadano, y en Europa, que le compadece por sus desdichas? — ¿Estás enterado de la huida ó rapto de dicho Luis Cárlos Capeto? — Por la fama pública. — Has tenido parte en esto? — El ciudadano representante puede conocer, que aun quando fuera esa mi voluntad, me faltarian los medios para ponerlo por obra. — Te equivocas, pues reunes los medios y la voluntad, y has dirigido en el todo, ó en parte por lo ménos, esta maquinacion. — Si lo que ha dicho el ciudadano representante, es un hecho, será inútil el negarlo, y escusado el confesarlo; pero si es una mera suposicion, entiendo que no estoy obligado á dar ninguna respuesta. — Eres arrogante, ciudadano. — Todo hombre libre debe serlo,

ciudadano representante. — Pero no es preciso que junte el orgullo con la doblez. — Tampoco lo es que la autoridad vaya acompañada de la tiranía. — Arrugó las cejas el delegado, hizo un ademán de cólera que reprimió al punto; y como hombre acostumbrado á sondear los ánimos, y á tener á raya sus arrebatos, repuso con acento suave y apacible: Estás mal informado: el 9 de termidor destruyó la tiranía, y ya no levantará en adelante la cabeza. Yo no busco mas que la verdad, ni quiero otra cosa que la justicia; y me será muy satisfactorio ver que es inocente, el que me han denunciado como culpable: te pregunto con ingenuidad, y quiero que me respondas sin rodeos. ¿Es Luis Carlos alguno de los tres niños que iban en tu corbeta? — Tu pregunta supone desde luego que conozco personalmente á Luis Carlos. — Lo has confesado poco ha. — Que le conocía, como le cono-

cen la Europa, Francia y Paris; mas nunca he dicho que le conociera personalmente. — Ese sistema de negar que has tomado, es inútil. Luis Carlos Capeto es uno de los dos muchachos apresados en tu barco: el tercero es una niña. — No solo es inútil, como acabas de decir, mi sistema de negar, sino que tambien lo es este interrogatorio. ¿Para qué, y sobre qué me preguntas, si ya lo sabes todo? — Calló el representante un poco, y luego replicó: ¿Conqué confiesas que he averiguado la verdad, que conoces por consiguiente á Luis Carlos, y que estaba á bordo de la corbeta? — Ninguna de estas cosas ha salido de mi boca. — Pues qué has dicho? — Nada.

Hizo entrar entónces á uno de los dos niños, que era cabalmente el de la duquesa, mayor de algunos meses que el príncipe, y tan amable como él, aunque ménos vivo. Por las preguntas que

hizo alternativamente á él y á mí, pude colegir que lejos de saber el representante, cuál de los dos era Luis Carlos, ni aun tenía certeza de que estuviese en su poder. El niño Julio no pudo sacarle de la duda con sus sencillas respuestas; aunque las noticias que le dió sobre la escena del tumulto, que él había presenciado, corroboraron mucho sus sospechas. Pero como abrían un campo tan vasto á las conjeturas, aumentaron su confusion, pues aun suponiendo que ya estuviese bajo de su dominio el hijo de Luis XVI, faltaba siempre averiguar, cuál era de los dos niños. Esta comprobacion hubiera sido con todo fácil, á no ofrecerse tantas dificultades en la primera.

Procuró el delegado vencerlas, llamando al hijo del rey despues que hubo interrogado á madama de\*\*\*\*\*. Al considerar á este desventurado, espuesto en su tierna edad á los lazos de tan

infame ardid, no pude dejar de horrorizarme, conociendo que la menor equivocacion podía perderle; y cotejando su situacion con la de Joas, cuando estaba en la presencia de Atalia, hice al cielo la misma súplica que le dirige la piadosa Josabet:

Pon, gran Dios, tus palabras en su boca. (\*)

Hijo mio, le dijo el diputado con tono cariñoso y lleno de bondad, llégate y no tengas reparo. Cómo te llamas? — Augusto. (Este era el nombre que se le daba desde que pasó á la isla.) — Qué eres? — Huérfano. — Has conocido á tus padres? — Viendo que iban á saltarle las lágrimas á mi desventurado pupilo, le tomé la palabra, y respondí al representante: Ya puedes inferir por sus suspiros, que solo con recordarle la

(\*) Alude el autor á la escena 7.<sup>a</sup> del acto 2.<sup>o</sup> de la *Atalia*, tragedia del célebre RACINE.

memoria de sus padres, á quienes no ha conocido, (dije estas palabras con énfasis y mirando á Carlos) se le renuevan sus penas. Si la humanidad tiene algun influjo en tu corazon, no atormentes á este infeliz, mencionándole lo que le causa tanto dolor y sentimiento. — El representante me miró con cierto enojo, que procuró suavizar, y siguió preguntando : ¿Cuánto tiempo ha que estás con la ciudadana de\*\*\*\*\*? (La duquesa se había dado á conocer.) — Muy poco, si lo computo por el gusto que he tenido de vivir con ella.... — Cerca de dos años, añadí poniendo la vista en Carlos, que dió muestras de admiracion al oír esta mentira. — Dónde te encontré? repuso el preguntador. — En poder de unos bandidos que me habían robado. — Qué eran estos bandidos? — Ladrones y asesinos. — A dónde te llevaron? — A una caverna oscura. — Presenciaste algunos de sus delitos? — No

se los he visto cometer. — ¿Cómo pues sabes que hacían robos y asesinatos? — Esta pregunta sobrecogió al príncipe y le puso descolorido. Repitióla el representante, aprovechándose de la turbacion de Carlos, el cual contestó bañado en lágrimas : Han muerto á mi padre, á mi madre, á toda mi familia.... — Al oír el diputado esta respuesta, que se oponía con lo que yo acababa de decir, volvió hacia mí los ojos, en ademan iracundo y mezclado con algo de asombro y de maligna sonrisa; y dirigiéndose inmediatamente al niño : Yo estaba, le dijo, en que no habías conocido á tus padres. — Iba á abrir la boca para sacar al príncipe de su conflicto; pero el representante me impuso silencio, y repitió la pregunta, á que Carlos no respondió, por no hallar salida. El diputado mudando de repente de conversacion y de tono, preguntó á la infeliz criatura : Eres amigo de la libertad? —

La he conocido tan poco! — Pero si te la hicieran probar, ¿gustarías de ella? — No hay que dudarle, si, como dice el *Catecismo republicano*, proporciona la paz, la abundancia y la felicidad. — Hola! ¿conqué has aprendido el *Catecismo republicano*? A ver si te acuerdas de alguna cosa. ¿Cuáles son las obligaciones del hombre libre? — Amar y consolar á sus prójimos, obedecer á las leyes y castigar á los tiranos. (Carlos dijo estas palabras con cierta espresion que denotaba su talento.) — Quiénes son los tiranos? — Los que se hacen superiores á las leyes para oprimir al pueblo. — Qué castigo merecen los tiranos? — La muerte. — El representante, interrumpiendo las preguntas del catecismo, hizo entónces esta: Luis Capeto fué tirano? — Tirano! respondió condolido su desventurado hijo. — Sí, te pregunto, si Luis Capeto fué tirano, y si mereció la muerte. — No, de ningun modo,

esclamó Carlos: papá no fué tirano; lo son los asesinos que le dieron la muerte.... — Qué situacion! qué cuadro! El príncipe, sin hacer mérito de una indiscrecion que le perdía, atendía solo á su dolor, y yo estaba anonadado, mientras triunfaba el pérfido representante. Ya ves, me dijo insultándome con modesta sonrisa, que con buenos modos y una poca destreza se puede averiguar la verdad. Sí, prorumpí libre ya de mi aturdimiento por el mismo horror y por la indignacion; sí, ya veo que la tiranía ha disfrazado su espantoso semblante con la máscara de la hipocresía, y que si dominó en otro tiempo por el furor, reina al presente por el artificio y por la doblez. Pero ese nuevo imperio que habéis usurpado, aprovechándoos de la buena fe de vuestros conciudadanos, será muy pronto arruinado, como lo fué el que obtuvo el pueblo de la debilidad de sus reyes. Al modo que hemos

visto venirse abajo los cadalsos por el crecido número de las víctimas, vuestro Gobierno será también envuelto, cogido y sufocado por sus mismos lazos: caerá de lo alto de su ensangrentado trono en el polvo de que se levantó, y en el menosprecio universal, que es más horrible que la nada. Dichosa Francia, si te libiertas á un tiempo de los tormentos de tus verdugos y de los enredos de sus agentes; y si recibes tu prosperidad, gloria y reposo de la mano de un legislador, que conozca el corazón del hombre, de un filósofo religioso, de un verdadero estadista, y de un genio virtuoso, para comprenderlo todo en una palabra. Entonces se cicatrizarán tus llagas, y cesarás de llorar: nadie tendrá que fingirse vicioso, como en tiempo del Gobierno sanguinario, ni virtuoso, como en el presente; y todos se abrazarán sobre los sepulcros de las víctimas, perdonando y olvidando á

los asesinos que fueron causa de tantas calamidades. —

Esta fuerte exclamación no conmovió ni irritó al representante, que satisfecho por haber vencido, gozaba placidamente de su triunfo. El acaso, me dijo, y quizá algún tanto de cordura, me hacen superior á ti en esta ocasión, para que no abuse de ella aumentando tus desdichas. Para probarte que este Gobierno, que calumnias sin motivo, no tiene la máxima de oprimir á los vencidos, no solo te perdono por lo que me has injuriado, sino que quiero mitigar con mi buen procedimiento lo desagradable de tu situación. Las leyes y mi empleo me obligan á la verdad á pasar el examen de tu conducta á la comisión militar, que se ha establecido para tomar conocimiento de ciertos delitos, á cuya clase pertenece el que se te imputa; pero ni las leyes ni mi empleo me prohíben que temple con la benignidad

el rigor, de que las ha revestido la indispensable precision de mirar por la seguridad pública. Me conduelo sinceramente de ese huérfano, y no tendria por qué estar quejoso conmigo, si yo pudiera decidir sobre su suerte. A fin pues de manifestaros á los dos, que tratáis con un hombre, á quien su encumbramiento y suprema autoridad no ha hecho perder los mas tiernos afectos, dispondré que quedéis juntos en un mismo cuarto. Tendréis de este modo el gusto de vivir y llorar en compañía, hasta que tú seas presentado á la comision, y Capeto enviado á Paris. Tengo muy conocidas las lágrimas del reconocimiento y de la amistad, y sé que pueden curar cualesquiera heridas, por crueles que sean. —

He referido este afectado discurso, que pronunció con mucho estudio, para dar muestra de la justicia y humanidad de hoy dia, que se reduce á pedirle

á uno muy atentamente el permiso para degollarle con la mayor urbanidad. Y ¿quién será tan desatento que se queje ó lo rehuse?

El hijo de Luis xvi y yo fuimos encerrados juntos en un calabozo, que la cortesanía del representante honraba con el nombre de cuarto. Los inesperados acontecimientos, en que Carlos se habia visto por su desgracia, y las repetidas agitaciones que padeció su alma, le redujeron en un momento al deplorable estado de estolidez é insensibilidad, en que le sumergiera la crueldad de Simon. Al punto que estuvimos solos en nuestro nuevo domicilio, empezó este desventurado niño á manifestar con horribles señales la herida que habia recibido su imaginacion, y lo mucho que se iba empeorando su constitucion física. La vista de la baja y ennegrecida bóveda, las paredes desnudas, las dos malas camas dispuestas para

nuestro descanso, la ventanilla por donde entraba una triste y escasa luz, en una palabra todo lo que estaba á nuestro rededor, reprodujo al pobre príncipe la imágen, todavía reciente, de las penas y trabajos que había sufrido. Comenzó por clavar su desencajada vista en cuanto nos rodeaba, y señalando luego atropelladamente cada uno de los objetos, decía: Una bóveda!... una lumbrera!... una pocilga!... sin duda es el Temple!... — Reflexionando despues y hablando consigo mismo, añadía: ¡Conqué me han puesto preso otra vez!... conqué he vuelto!... ¡Papá, mamá mía, aquí moriré como vosotros!... — Quise cogerle de la mano y consolarle; pero despues de haberme mirado hito á hito por un rato, se tapó los ojos horrorizado, y corrió á envolverse en la manta de la cama. Seguíle llorando; con lo que redobló los gritos, y buscando por donde escapar, cla-

maba en medio de sus convulsiones: Simon! Simon!

Siguióse á esta primera accesion de delirio un largo y penoso pasmo, al fin del cual prorumpió en abundantes lágrimas. Yo tambien las derramé, pues no pude contenerlas, al ver cumplido el funesto vaticinio de la reina, la cual, dicen, pronosticó á su hijo, que espiraría sobre la inmundicia.

Poco tardó en arraigarse una calentura maligna, que le inflamó la masa de la sangre. Fué inútil el cuidado que se tuvo, de que le administrase todos los remedios el compasivo sexo, que despues de complacernos en el discurso de la vida, se dedica con gusto á hacer mas llevaderos los crueles instantes de nuestra muerte. En vano le dispense todos los desvelos que dicta la compasion y la amistad, pues el desdichado espiró al cabo de treinta y seis horas de un espantoso delirio, en medio de sus



arrebatos, clavando de continuo sus encendidos ojos, y fatigándose en coger con sus débiles manos los fantasmas de su familia, que su afligida imaginacion le hacía ver al rededor de su triste cama. Exhaló finalmente el último aliento de una vida, de que no se había separado ni por un instante la desgracia; pero ántes que se cerrase para siempre la tumba, que le debía recibir, exclamó repetidas veces, juntando sus manos con vehemencia: *Dios mio, yo os lo agradezco, pues voy á unirme con mis padres.*

Poco tiempo despues de la muerte del Delfin, se concluyó la paz vandeana entre los generales chuanes y los de la república. Es probable que Charette, que fué uno de los primeros en aceptarla, se decidiría, por estar persuadido del ningun fruto de cuantos esfuerzos pudiese hacer á favor de una causa ya desesperada. Al paso que él acreditaba

públicamente su afecto al hijo del último rey, se iba estinguendo á toda prisa el de sus compañeros. La cobarde desidia de unos y el culpable atolondramiento de otros, eran en su concepto una de las principales causas de la pérdida del estado. El Gobierno, desembarazado ya de los malvados que le habían tiranizado hasta entónces, empezaba á ocuparse en restaurarlo. La Constitucion que estaban formando los legisladores mas conocidos por su talento y virtud, anunciaba por lo ménos el restablecimiento del orden y de la tranquilidad, ya que no pudiera lograrse la completa felicidad de la república. ¿Se necesitaban tantos motivos para que volviese al servicio de su pais, el que lo había abandonado con el fin de serle mas útil? Arreglados los artículos de la paz, obtuvo la duquesa permiso para volver á la isla, de que únicamente había salido por servir á su amado alum-

no; y Felzac, puesto en libertad, disfrutó de sus primeros y preciosos momentos en compañía de su amigo Cipriano. Cuando recuerden los dos las indecibles calamidades que sufrió la última familia real, y las de su único heredero, que son todavía mas inauditas, no podrán dejar de reconocer, que nunca despenó el estravagante capricho de la fortuna en una sima tan profunda á otros mortales, mas exaltados á la alta cumbre de la opulencia, de la grandeza, del poder y de la gloria.

## RESÚMEN

DE LAS VIDAS

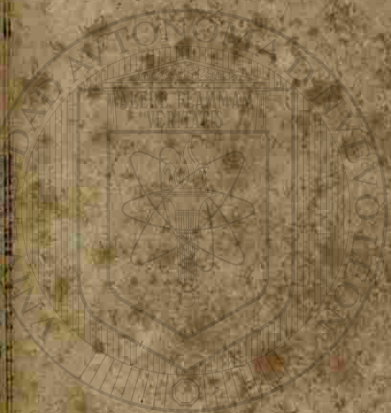
DE MADAMA ISABEL, DE LA DUQUESA  
DE ANGULEMA, DE LUIS XVIII,  
DE CARLOS X,  
Y DE LOS DUQUES DE ANGULEMA  
Y DE BERRY.

no; y Felzac, puesto en libertad, disfrutó de sus primeros y preciosos momentos en compañía de su amigo Cipriano. Cuando recuerden los dos las indecibles calamidades que sufrió la última familia real, y las de su único heredero, que son todavía mas inauditas, no podrán dejar de reconocer, que nunca despenó el estravagante capricho de la fortuna en una sima tan profunda á otros mortales, mas exaltados á la alta cumbre de la opulencia, de la grandeza, del poder y de la gloria.

## RESÚMEN

DE LAS VIDAS

DE MADAMA ISABEL, DE LA DUQUESA  
DE ANGULEMA, DE LUIS XVIII,  
DE CARLOS X,  
Y DE LOS DUQUES DE ANGULEMA  
Y DE BERRY.



Escitada naturalmente la curiosidad del lector por la historia de Regnault-Warin, desea todavía, despues de haber visto el fin trágico del rey, la reina y el Delfin, saber el paradero de los demas individuos, los mas allegados, de aquella desgraciada familia, que sobrevivieron á la muerte de Luis XVI. Su hija la-duquesa de Angulema, su hermana madama Isabel, sus hermanos Luis XVIII y Carlos X, y los hijos de este, los duques de Angulema y

de Berry, son los seis personajes, de cuyos hechos nos proponemos dar aquí una noticia histórica. En el *Cementerio de la Magdalena* se ha hecho mencion honorífica de las dos primeras; pero se habla muy poco, y solo por incidente, de los otros, porqué habiéndose fugado de Francia á los principios de la revolución, no pudieron figurar en ella, particularmente en los acontecimientos que pasaron en la capital.

Algunas de las personas en que nos vamos á ocupar, han descendido ya al sepulcro, y las ha juzgado la posteridad, libre de afecto y de odio. Procuraremos guardar la misma imparcialidad respecto de las que aun viven, y parecen destinadas á servir de ejemplo de las alternativas y vicisitudes á que está sujeta

la especie humana. Presentaremos por tanto sus acciones y los sucesos en que han intervenido, absteniéndonos de toda exageración en el elogio y en la crítica, pues solo intentamos completar con estas sucintas noticias el cuadro de la familia, cuyos infortunios se propuso describir el autor del *Cementerio*.



---

## MADAMA ISABEL.

FELIPA-MARÍA-ELENA-ISABEL DE FRANCIA, de quien tantas veces se habla en el *Cementerio de la Magdalena*, era la hermana menor de Luis XVI, y nació en Versalles el día 3 de mayo del año de 1764.

Se encargó su educación á la condesa de Marsan, aya de los infantes de Francia, la cual llenó perfectamente el lugar de la tierna madre, que desde muy

niña había perdido. Esta y su maestro, el respetable abate Montegut, tuvieron que batallar con un genio violento y áspero; pero fué tal su habilidad para corregirlo, que lograron albergar la mansedumbre y la dulzura en un corazón, desabrido y duro por naturaleza. Contribuyeron no poco á este cambio maravilloso los ejemplos vivos que le pusieron á la vista, en particular el de su hermana la princesa Clotilde, que fué despues reina de Cerdeña. Su ánimo fortalecido por todas las virtudes, fué revistiéndose de la firmeza, no ménos necesaria para resistir á las lisonjas de la adulacion, que para soportar heroicamente las desgracias que la aguardaban. Procuraba conservar el decoro y magestad propios de su gerarquía, bien convencida de que las personas que tiene que respetar el pueblo, deben obrar de modo que no desmerezcan este concepto. Con tan buenas dis-

posiciones se hizo superior á los peligros de la corte, señaladamente á la lisonja, cuidando no dispensar su confianza mas que al verdadero mérito. Formaban su sociedad las señoras que mas se distinguían por sus buenos sentimientos, y los hombres conocidos por su recta y pura conducta.

A pesar de su modestia, la gratitud publicaba sus continuos actos de caridad y beneficencia. Estando para casarse una jóven, que ella apreciaba sobre manera, le dió, para que formasen parte de su dote, los diamantes que el rey, su hermano, le regalaba anualmente, y continuó destinándolos al socorro de los necesitados, sin querer admitir otra cosa en recompensa. El invierno de 1789, que fué de los mas largos y rigurosos que se han visto en Francia, la puso en el caso de ejercer estensamente su beneficencia. Millares de infelices abandonados á la miseria y á la muer-

te, recibieron socorros para salvarse de una y otra, pues invirtió en tan digno objeto todo el producto de sus rentas. Cuando el desarreglo y atraso de la hacienda obligaron al Gobierno á pensar en algunos ahorros, la princesa ISABEL llamó á su caballero mayor y le previno, que sus caballos debían ser los primeros que se reformasen en las caballerizas reales, exigiendo de él que nadie lo supiese.

A veces renunciaba al fausto de la corte por visitar la escuela de Saint-Cyr, y dar premios á los discípulos mas adelantados; otras se retiraba á su casa de Montreuil, y allí se desahogaba en el seno de la amistad, ó bien se ocupaba en estudios agradables, como la botánica, que aprendió con mucho aprovechamiento del célebre Lemonnier. Jamas se mezclaba en los asuntos del Gobierno, ni en las intrigas de los cortesanos; y si se interesaba con su herma-

no por alguno, había de ser persona esenta de toda tacha en su conducta.

Estas calidades tan recomendables debían llamar la atención de los jóvenes de su gerarquía, y proporcionarle un casamiento ventajoso. Se trató en efecto de enlazarla con un príncipe de Portugal, con el duque de Aosta, y con el emperador José II; pero la política puso obstáculos á estas negociaciones, y madama ISABEL no quedó descontenta de continuar en su vida retirada.

Sacáronla de ella las convulsiones políticas que agitaron entónces á la Francia, y que tan de lleno cayeron sobre la familia real. Unida á la suerte de los reyes, y queriendo entrañablemente á los infantes, resolvió no abandonarlos, por grandes que fuesen los infortunios que la cercasen. Sus consejos participaron siempre de la firmeza natural de su carácter, y á seguirlos el rey, hubiese empleado con rigor su autoridad para



oponer un dique al torrente de la revolución. Sin embargo es muy dudoso que esto se hubiese conseguido, y ántes parece mas probable, que una decision firme y arriesgada hubiese anticipado los sucesos, irritando los ánimos, acalorados y exasperados ya por motivos, que no hace á nuestro intento examinar. Lo cierto es que la misma princesa lo reconoció así, cuando alborotado el pueblo de Paris el dia 5 de octubre de 1789, se dirigió á Versáles y allanó el palacio; pues instó al rey para que se ausentase. Si no pudo conseguirlo, logró al ménos salvar muchos guardias de corps del furor de los amotinados.

Despues de los sucesos de Versáles se trasladó con los reyes á Paris, y los vivas con que fueron recibidos, reanimaron por un momento sus esperanzas; pero pronto conoció por las demostraciones de la guardia nacional y

por las amenazas del pueblo, que las pretensiones de este apénas encontrarían ya obstáculos. No se intimidó sin embargo, ni quiso seguir á sus tias, cuando dispuso el rey que se ausentasen de Francia, sinó que se resolvió á arrostrar todos los peligros que la amenazaban. Asistia á las juntas secretas que la familia real se veía obligada á tener, para deliberar acerca de lo que debía hacer en aquellas críticas circunstancias; estuvo iniciada en el proyecto de la fuga á Montmedy, y participó de las fatigas, peligros y humillaciones de este viage. Posteriormente manifestó que tenía presentimientos de que habían de ser arrestados, por haber visto que uno de los gefes de la guardia nacional se introdujo á favor de la oscuridad en el corredor, por donde pasaron el rey y su familia para salir de las Tullerías.

A su vuelta estuvo ménos vigilada que los reyes, y pudo mantener por me-

dio de algunos confidentes una correspondencia seguida con los príncipes sus hermanos, que se hallaban fuera de Francia. Aunque los peligros eran mayores de día en día, su valor y resignación no se debilitaban, sino que iban en aumento, y se dieron bien á conocer en la jornada del 20 de junio de 1792, en que despues de haber entrado en el palacio de las Tullerías el populacho furioso, se entregó á todo género de violencias. Se presentó al lado del rey, y habiendo creído los alborotados que era María Antonieta, asestaron sus armas contra la princesa, sin que ella tratase de desengañarlos. Y como el caballero San Pardoux gritase: *No, no es la reina; repuso tranquilamente madama Isabel: Para qué desengañarlos? Vd. les hubiera ahorrado un delito mayor.* Los riesgos de toda la familia fueron inminentes por espacio de tres horas; mas ni en esta ocasión, ni el 10 de agosto, cuando

tuvieron todos que abandonar las Tullerías y acogerse al salon de la Asamblea nacional, esperiméntó su firmeza el menor quebranto, manteniéndose serena en medio de la matanza y del incendio. Encerrada luego en la tribuna de los periodistas, oyó decretar la destitucion de su hermano; y despues de haber pasado otros tres dias, no ménos crueles, en el recinto de aquel edificio, fué conducida al Temple, á donde no se permitió la acompañase ninguno de los de su servidumbre. Entre tantas penas y aficciones, olvidando sus propios males, solo pensaba en aliviar los del rey y la reina, y sirvió de segunda madre á sus sobrinos, prodigándoles los mas tiernos desvelos.

A pesar de que el proceso del rey se seguía con toda publicidad, creyeron conveniente separarle de su familia, mientras se instruía; y la princesa, á mas de devorar esta pena, tuvo que sufrir

otra mas terrible en la última despedida de su hermano. De allí á poco tiempo se renovó igual escena, y acaso mas afflictiva, cuando el 2 de agosto de 1793 arrancaron de sus brazos á la reina, para trasladarla á la cárcel de la Conserjería, desde donde fué llevada á la plaza de Luis xv, llamada entónces de la revolucion, para que le cortasen la cabeza en el mismo sitio, en que ocho meses ántes había sido degollado su esposo.

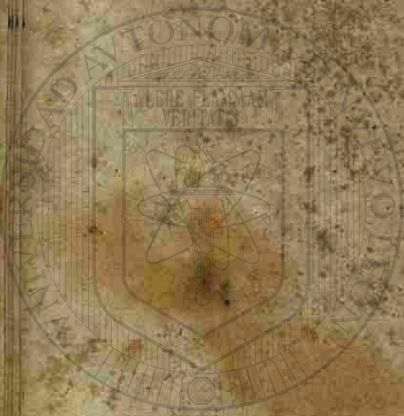
Continuó madama ISABEL en la cárcel del Temple en compañía solamente de la infanta Maria-Teresa-Carlota, pues desde julio del mismo año le habían quitado el Delfin. El 9 de mayo de 1794 la separaron de la niña, para llevarla á la Conserjería, y el dia siguiente fué juzgada, condenada y decapitada á la edad de 30 años.

Al caminar para el suplicio, no cesó de exhortar á la resignacion y al ar-

repentimiento á las otras víctimas que debían perecer en su compañía, abrazando afectuosamente á las infelices mugeres que se hallaban en este número, las cuales la saludaron con respeto. Sus súplicas al cielo no cesaron ya desde este momento hasta el en que la fatal cuchilla puso término á una vida, tan acibarada por los pesares y afflicciones.

Su cuerpo fué conducido al cementerio, y confundido allí con los de tantos otros, que eran sentenciados cada dia por los tribunales revolucionarios.

Al fin del *Elogio histórico* de esta princesa, escrito por M. Ferrand, par de Francia, se hallan 94 cartas suyas, donde brillan su candor, penetracion, firmeza, sano juicio, y todo el conjunto de virtudes que adornaban su persona.



CAPITULO IV

---

LA

DUQUESA DE ANGULEMA.

El primer fruto de la union de Luis XVI con Maria Antonieta de Austria fué **MARIA-TERESA-CARLOTA**, que nació en Versalles á 19 de diciembre de 1778. Siete años habían trascurrido desde el casamiento de aquellos esposos, cuando se publicó el embarazo de la reina. El clero mostró su agradecimiento á la divina Providencia por el beneficio que dispensaba á la Francia, y todos los pre-

lados ordenaron que se hiciesen solemnes rogativas. La reina por su parte procuró tener grato al cielo con obras de caridad; y habiendo sabido que por una ley sobrado rigorosa se hallaban encarcelados muchos padres de familia, que no podían satisfacer el salario de las nodrizas que criaban á sus hijos, alivió particularmente con su liberalidad á estos desdichados. Con este motivo M. de Beaumont, arzobispo de París, decia en una pastoral, exhortando á sus diocesanos á que uniesen sus plegarias con los demas franceses: «Si las oraciones de los pobres son tan poderosas, ¿qué no alcanzarán las de tantos infelices, que recobrando de un modo inesperado la libertad, han vuelto al seno de sus familias y á los brazos de sus hijos, que reclamaban los ausilios de sus padres, al mismo tiempo que eran, sin saberlo, la causa de su prision?»

Sin embargo el gozo de la reina no fué completo, pues hubiera preferido tener un hijo, como se lo pedía fervorosamente al cielo. ¡Cuántas veces nos equivocamos en nuestros deseos! Si ella hubiese podido prever lo que había de sucederle, se hubiera deshecho en acciones de gracias al Todopoderoso, porqué le deparaba en su hija el mejor consuelo para el tiempo de la adversidad.

La reina no quiso seguir el uso que se había guardado hasta entónces en la corte de Francia, de retardar por algun tiempo la ceremonia del bautizo de los príncipes, con el objeto de celebrarla con mas pompa, y mandó que se realizase en el mismo día. El cardenal de Rohan administró el bautismo á la recién nacida, siendo sus padrinos el rey de España y la emperatriz-reina.

Educada á la vista de sus padres, fué su compañera en todos los infortunios de su vida, desde que empezaron con

la revolucion , hasta que terminaron en el cadalso. No teniendo aun edad para gozar de las diversiones y brillantez de la corte ántes de 1789, principi6 á padecer desde que pudo sentir. En una de las paredes de la torre del Temple , donde estuvo encerrada, se ley6 por algunos años esta inscripcion escrita de su mano : *Viva mi buena madre á quien idolatro , y de la cual no tengo ninguna noticia.* Y en otra parte : *CARLOTA es la criatura mas desgraciada del mundo , pues no puede saber nada de sus padres , ni reunirse con su madre , por mas instancias que para ello ha hecho.*

Su corta edad y la ninguna parte que se crey6 podia tener en los sucesos que causaron la muerte de sus padres y de su tia , la salvaron del encono revolucionario , y se le permiti6 que saliese de Francia para juntarse con sus tios. Esta circunstancia hizo que pudiera enlazarse con el duque de Angulema, hijo del

conde de Artois, (despues Carlos x) en Mittau á 10 de junio de 1797. Un testigo ocular describe en los términos siguientes las circunstancias de este suceso : « El casamiento tanto tiempo de-  
« seado del duque de Angulema con la  
« princesa MARÍA TERESA acaba de ce-  
« lebrarse en un salon de palacio, en  
« que se había levantado un altar, adorna-  
« do de flores. S. Em. el cardenal de  
« Montmorency, limosnero mayor del  
« rey, les ha dado la bendicion nupcial  
« á presencia del clero cat6lico de Mit-  
« tau, que asistía á esta ceremonia. El  
« abate Edgewort estaba junto al reclinatorio de los desposados. El conde  
« de Artois, que por los negocios políticos tiene que estar cerca de la frontera de Francia, y su esposa, la cual  
« no puede por sus achaques emprender  
« un largo viage, no se hallaban presentes. Todas las personas mas visibles de  
« la ciudad han asistido, como tambien

« el pastor de la iglesia griega y el de la  
 « luterana. Los franceses que se halla-  
 « ban aquí en este día, han logrado la  
 « dicha de ver la funcion. Escoltaban  
 « á la familia real los cien guardias de  
 « corps, veteranos respetables de la  
 « honradez y fidelidad, á quiénes el em-  
 « perador de Rusia ha concedido, en  
 « premio de sus dilatados servicios, la  
 « distincion de custodiar á sus amos.  
 « Los duques de Villequier, de Guiche  
 « y de Fleury, el conde de Saint-Priest,  
 « en cuyas manos se ha puesto el con-  
 « trato matrimonial; el marques de Nes-  
 « lé, el conde de Avaray, el conde de  
 « Cossé, y algunos otros oficiales y cria-  
 « dos del rey han tenido la honra de  
 « firmar como testigos la acta del casa-  
 « miento. »

« La hija y el nieto de dos reyes de  
 « Francia no han podido hallar sinó á  
 « 600 leguas de su patria un altar para  
 « darse la mano de esposos, y el here-

« dero presuntivo de la corona de Luis  
 « xvi y los preciosos restos de su fami-  
 « lia han tenido que acogerse á la pro-  
 « teccion del emperador de Rusia. ¡Qué  
 « espectáculo este, y á cuántas reflexio-  
 « nes no da lugar! »

« El rey, cuyo corazon y miras polí-  
 « ticas se hallan igualmente satisfechas  
 « con el enlace de sus sobrinos, ha te-  
 « nido ocasion con este motivo de es-  
 « perimentar la sinceridad de los senti-  
 « mientos del digno sucesor de Pedro  
 « el grande. Este magnánimo principe  
 « firmará el contrato matrimonial, y lo  
 « guardará depositado en el archivo de  
 « su senado. »

De este modo se celebró en una tier-  
 ra estraña, y en medio de personas de  
 todas religiones y sectas, este matrimo-  
 nio, siendo uno de los testigos el cléri-  
 go ingles que asistió á Luis xvi en sus  
 últimos instantes; y la acta del casa-  
 miento de la hija de este rey tuvo que

depositarse en un senado extranjero, por no poderse enviar al archivo, en que se halla la del casamiento de Ana de Rusia con Enrique I.

Al fin, los acontecimientos que trajeron á Francia á Luis xviii, proporcionaron á la DUQUESA DE ANGULEMA regresar al país que la había visto nacer. Por estar casada con el sucesor inmediato de la corona, no podía ménos de ser el objeto en 1814 de todas las atenciones y miramientos debidos á una persona de su clase. La influencia perniciosa que algunos sugetos procuraron ejercer entónces en los individuos de la familia real, hallaron poca cabida en su ánimo; y á escepcion de alguna pequeña demostracion, no del todo favorable á los que presumia le eran poco adictos, no señaló su vuelta á Francia con hecho alguno, nacido del rencor ó del espíritu de venganza. Ocupó en la corte el lugar mas distinguido,

durante el período que ha reinado en Francia la rama primogénita de los Borbones, porqué siendo viudos Luis xviii, y su tío y padre político Carlos x, era esta señora á la que se tributaban los primeros honores y consideraciones.

En los últimos años se la ha visto ejercer actos de beneficencia muy repetidos; y la opinion general la suponía separada de los asuntos políticos, por no aprobar el sistema de restauracion, adoptado por Luis xviii á instancias de los realistas exagerados, faltando á la promesa que hizo en su proclama de 1795, de seguir los principios espuestos en la inmortal Declaracion de su hermano mayor. Todos convienen ademas en que el ministerio y la corte de Carlos x tuvo buen cuidado en alejarla de Paris, á fin de tomar á sus anchuras las medidas necesarias para preparar y publicar las célebres órdenes, que produjeron la revolucion de 1830.



Tal vez por esto manifestaba en su semblante hallarse poseida de alguna pena que la afectaba en lo interior, como si estuviera agitada del presentimiento de lo que había de sucederle. Acostumbrada á estudiar al pueblo frances en su exaltacion y en su calma, conociendo la facilidad de conmoverse que constituye su carácter, é instruida por los periódicos, cuando otro no la informase, de la divergencia de las opiniones; debía necesariamente pensar que con cualquier motivo podía verse su familia espuesta de nuevo á la emigracion. La vista misma de las funciones, de los espectáculos y de los escesos, en que tenian que intervenir ya los tribunales, le daba bién á entender, que los franceses de 1850 estaban animados de otros sentimientos que los de 1814, y que ya no rendían la misma veneracion que ántes á la familia que había recobrado el trono. En medio del tras-

torno político que llegó por fin á realizarse, y no obstante los temores que algunos concibieron de que se renovasen los escesos de 1793, y que no se guardase consideracion alguna con las personas de la familia real, cuando estaba el pueblo en la efervescencia; la DUQUESA DE ANGULEMA no esperimentó ninguna de las tropelías que sufrieron sus padres en la época, en que el delirio de las pasiones, ó la fuerza imperiosa de las circunstancias igualaron á las personas de todas las gerarquías y las confundieron en el cadalso. Por el contrario, cuando estalló la revolucion de julio de 1850, se hallaba dicha señora tomando los baños á algunas leguas de París por el motivo arriba indicado, y habiendo de atravesar varias poblaciones puestas en insurreccion, se le permitió pasar libremente para reunirse con su familia, que residía á la sazón en San-Cloud.

Hizo con los suyos el viage hasta Cherbourg, desde donde pasó á Spithead, en la isla de Wight, frente de Portsmouth. Desembarcó en el pueblo de Cowes, y habiendo ofrecido un caballero al rey, su tío, el palacio de Lulworth en Dorsetshire, estuvieron en él algunas semanas, hasta que pareciendo la casa muy reducida, ó sobrado inmediata á la costa de Francia, el rey de Inglaterra les brindó con el palacio real de Edimburgo, conocido con el nombre de Holyrood, habitacion en otro tiempo de los Estuardos. Allí han permanecido como dos años: hace unos cuatro meses se trasladó toda la familia á Alemania, y despues á Praga, capital de Bohemia, término al parecer de su viage. Ocupa en la actualidad el palacio imperial del Hradschin, antiguo é inmenso edificio que domina á la ciudad y sus alrededores, y pertenece al emperador de Austria, que lo ocu-

pa, cuando va á Praga; pero teniendo mas de 700 cuartos y salones, no le ha sido difícil ceder algunos de los muchos que le sobran, para hospedar al ex-rey de Francia, al duque de Angulema y á su esposa.

Esta, desde que se halla restituida á la vida privada, ha empezado á gozar la tranquilidad de espíritu, que rara vez se disfruta en los puestos elevados. Parece que la duquesa sobrellevó con heroísmo, y con mayor resignacion que ninguno de los suyos, la nueva separacion de su pais, y que ha sabido conformarse con los caprichos de la fortuna. Ocupada en las atenciones domésticas, apenas se acuerda de que ha cambiado el destino de reina de Francia por el de una señora particular, y sigue dispensando su cariño y cuidados á los que han sido en parte causa de que se vea privada del trono. Con ellos, con sus criados y con algunos pobres del pais

ejerce sus virtudes; virtudes que nadie podrá disputar á una persona, que habiendo figurado en tanta elevacion, ha logrado preservarse de la maledicencia de un pueblo libre y satírico, no menos que del encono feroz de las pasiones y los partidos, que á nadie perdonan, cuando hallan el menor pretexto para la calumnia. Al contrario, los hombres grandes de todas opiniones han manifestado la admiracion que les merecía: Chateaubriand, Lainé, Martiñac y el mariscal Clausel le han tributado los mas justos elogios; y el mismo Napoleon, que era escaso en dispensarlos, sobre todo á los Borbones, solia decir, que *MARIA TERESA era el unico hombre de su familia.*

---

## LUIS XVIII.

**LUIS-ESTANISLAO-JAVIER**, hermano de Luis XVI, nació en Versalles el 17 de noviembre de 1755, y recibió el titulo de conde de Provenza.

Entre los diferentes hombres distinguidos por su erudicion y virtud, á quienes estaba encargada la educacion de los hijos del Delfin, era uno el padre Berthier, jesuita, el cual preguntado un dia acerca del juicio que había

ejerce sus virtudes; virtudes que nadie podrá disputar á una persona, que habiendo figurado en tanta elevacion, ha logrado preservarse de la maledicencia de un pueblo libre y satírico, no menos que del encono feroz de las pasiones y los partidos, que á nadie perdonan, cuando hallan el menor pretexto para la calumnia. Al contrario, los hombres grandes de todas opiniones han manifestado la admiracion que les merecía: Chateaubriand, Lainé, Martiñac y el mariscal Clausel le han tributado los mas justos elogios; y el mismo Napoleon, que era escaso en dispensarlos, sobre todo á los Borbones, solia decir, que *MARIA TERESA era el unico hombre de su familia.*

---

## LUIS XVIII.

**LUIS-ESTANISLAO-JAVIER**, hermano de Luis XVI, nació en Versalles el 17 de noviembre de 1755, y recibió el titulo de conde de Provenza.

Entre los diferentes hombres distinguidos por su erudicion y virtud, á quienes estaba encargada la educacion de los hijos del Delfin, era uno el padre Berthier, jesuita, el cual preguntado un dia acerca del juicio que había

formado de sus alumnos, y particularmente del que destinaba la Providencia para reinar después de su hermano, respondió: « Nunca he conocido ningún muchacho de la edad del conde de Provenza, que dé mayores esperanzas; y tengo fundamentos para opinar, que si Dios le eleva á la mayor dignidad, lo que no parece probable por ahora, las realizará completamente. No he visto joven alguno que tuviese un juicio más sano, un entendimiento más recto, un talento más sólido, ni que hiciese reflexiones tan profundas sobre lo que lee: es una cabeza amoldada para los negocios de importancia. Junta á esto una memoria no solo prodigiosa, sino de tal naturaleza que ordena en ella todas las especies de modo que no se olvida de ninguna de las que quiere retener. »

Pasó la juventud entregado á las más útiles ocupaciones, al estudio de las

bellas letras y á la filosofía. Cuando los sucesos políticos de 1791 le obligaron á ausentarse de Francia, manifestó calidades muy recomendables en sus relaciones con los extranjeros y con los franceses. Su corazón era naturalmente noble y generoso; y la tolerancia con que miraba á las personas que tomaban parte en los sucesos y mudanzas políticas de la Francia, era extensiva á los casos en que, por atravesarse una ofensa personal, se hacía más difícil superar los estímulos del amor propio. Hallándose en Dillingen, pequeña ciudad situada á las orillas del Danubio, asomado á una ventana de su alojamiento, un tiro disparado de otra casa le hirió en la frente, sin que se persiguiese al autor del atentado. Luis mandó que se guardase silencio, y prohibió que se hiciese la menor pesquisa, ni se causase inquietud al asesino. Contentóse con decir: *Si el tiro hubiese bajado un po-*

*co, el rey de Francia se llamaría ahora Carlos x.*

Guillotinado Luis xvi y muerto su hijo, á quien los realistas emigrados denominaron Luis xvii, recayó el derecho de la corona en Luis-Estanslao-Javier, como hermano mayor de aquel, y fué reconocido, con el título de Luis xviii, por todas las potencias que estaban en guerra con el Gobierno de la Francia de aquella época. No teniendo territorio donde ejercer su autoridad, eran vasallos suyos los que formaban el ejército realista, que protegido unas veces y abandonado otras por sus aliados, seguía la suerte que la política de las naciones le prescribía.

En la familia de los Borbones se contaban tantos sujetos que habían seguido la carrera militar y que deseaban acreditarse con hechos que les diesen opinión é influencia en su país, que nunca fué necesario que Luis se pusiese á

la cabeza de ningun cuerpo de ejército. Sin embargo algunas veces se presentó en ellos para inspirar confianza y valor, si bien siempre se mantenía á alguna distancia de los republicanos, no fuese que la impetuosidad de sus movimientos, ó algun golpe de mano, como sucedió mas tarde con el desgraciado duque de Enghien, les proporcionase la ventaja de hacerle experimentar la suerte de Luis xvi.

Pero aunque no estuviese dotado de espíritu guerrero, no le faltaba valor cívico, ni aquella decisión propia del pundonor, que prueba mejor la fortaleza del ánimo, que la serenidad en las empresas militares. Nadie dudará de sus sentimientos de dignidad y firmeza, al leer la siguiente respuesta á Bonaparte, cuando le propuso que renunciase el trono de Francia.

« Varsovia, 22 de febrero de 1803.

« No confundo á Bonaparte con los  
 « que le han precedido : aprecio su va-  
 « lor y sus talentos militares , y le estoy  
 « reconocido por muchas de las dispo-  
 « siciones que ha tomado , porque siem-  
 « pre me será grato el bien que se haga  
 « á mi pueblo. Pero se equivoca, si cree  
 « induirme á transigir acerca de mis  
 « derechos : si pudiesen disputarse , el  
 « paso que acaba de dar, pondría fuera  
 « de toda duda su legitimidad. »

« No me es dado penetrar los desig-  
 « nios de Dios respecto de mi dinastía  
 « y de mi persona ; pero conozco las o-  
 « bligaciones que me impone la clase ,  
 « en que su divina voluntad me ha co-  
 « locado. Como cristiano , cumpliré con  
 « mi deber hasta el último aliento ; á e-  
 « jemplo de san Luis , á quien cuento  
 « entre mis progenitores , nada haré ,  
 « aun cargado de grillos , que desdiga

« de mi dignidad ; y como descendien-  
 « te de Francisco I , quiero á lo ménos  
 « poder decir con él : *Todo lo hemos*  
 « *perdido sinó el honor.* »

La Francia despues de haber sufrido varias vicisitudes en la forma de su Gobierno durante la república , declaró primer cónsul á Napoleon , que no tardó en proclamarse emperador de los franceses. Anuladas las libertades públicas y fatigado el pais de los sacrificios que le costaban sus victorias , tuvo que ceder á los esfuerzos de la Europa coligada ; y la restauracion de los Borbones se creyó el medio mas oportuno para asegurar la paz y el reposo que todas las naciones anhelaban.

Habían trascurrido veinte y cinco años de convulsiones y de guerras desastrosas. Un frenesí insaciable de gloria y de conquistas había abrumado á la Francia , cuyos progresos en la ilustracion iban siempre en aumento. No

era por tanto posible restablecer el antiguo trono de los Borbones, rodeado de una nobleza tan vieja como sus pergaminos, de un clero que disfrutase de rentas exorbitantes y esenciones odiosas, ni de un ejército, en cuyos grados no tuviesen entrada mas que las personas de ciertas categorías. Los antiguos parlamentos y el servicio personal, impuesto solo sobre el estado llano, no podían ser ya de moda, y los franceses se hubiesen resistido á pagar las contribuciones de un presupuesto arbitrario, forjado por el capricho de cualquier ministro.

Luis xviii conocía las necesidades que el tiempo y los acontecimientos reclamaban para la nacion que iba á gobernar, y dirigido por su sagacidad y por sus conocimientos en materias administrativas, dió la *Carta*, que ha sido la Constitucion del estado hasta 1830. Sus bases fueron establecidas en la fa-

mosa declaracion de Saint-Ouen, que es sobrado importante, para que no produzcamos su testo literal. Decía así:

## DECLARACION

### DEL REY.

« Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á los que las presentes vieren, salud. »

« Restituido por el amor de mi pueblo al trono de mis mayores, é instruido por las desgracias que ha experimentado la nacion, cuyo gobierno se me encarga; mi primer cuidado se dirige á reclamar la mutua confianza, sin la cual ni yo puedo estar tranquilo, ni ella ser feliz. »

« Despues de haber leído atentamente el plan de Constitucion, propuesto por el senado y acordado en la sesion del 6 de abril próximo pasado, reconozco la bondad de sus bases, aunque muchos de sus artículos se resienten de



era por tanto posible restablecer el antiguo trono de los Borbones, rodeado de una nobleza tan vieja como sus pergaminos, de un clero que disfrutase de rentas exorbitantes y esenciones odiosas, ni de un ejército, en cuyos grados no tuviesen entrada mas que las personas de ciertas categorías. Los antiguos parlamentos y el servicio personal, impuesto solo sobre el estado llano, no podían ser ya de moda, y los franceses se hubiesen resistido á pagar las contribuciones de un presupuesto arbitrario, forjado por el capricho de cualquier ministro.

Luis xviii conocía las necesidades que el tiempo y los acontecimientos reclamaban para la nacion que iba á gobernar, y dirigido por su sagacidad y por sus conocimientos en materias administrativas, dió la *Carta*, que ha sido la Constitucion del estado hasta 1830. Sus bases fueron establecidas en la fa-

mosa declaracion de Saint-Ouen, que es sobrado importante, para que no produzcamos su testo literal. Decía así:

## DECLARACION

### DEL REY.

« Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á los que las presentes vieren, salud. »

« Restituido por el amor de mi pueblo al trono de mis mayores, é instruido por las desgracias que ha experimentado la nacion, cuyo gobierno se me encarga; mi primer cuidado se dirige á reclamar la mutua confianza, sin la cual ni yo puedo estar tranquilo, ni ella ser feliz. »

« Despues de haber leído atentamente el plan de Constitucion, propuesto por el senado y acordado en la sesion del 6 de abril próximo pasado, reconozco la bondad de sus bases, aunque muchos de sus artículos se resienten de

la precipitación con que han sido formados, y no pueden por lo mismo, según están ahora concebidos, pasar á ser leyes fundamentales del estado. »

« Estoy resuelto á adoptar una Constitución liberal, que sea fruto del mas maduro exámen; y no pudiendo aceptar esta que pide necesariamente algunas rectificaciones, convoco para el 40 del mes de junio del presente año al senado y al cuerpo legislativo, á cuya revision ofrezco presentar el proyecto que habré dispuesto, de acuerdo con una comision escogida de individuos de ambos cuerpos, y fundado en los principios siguientes:

« Se mantendrá el Gobierno representativo según ahora existe, separado en dos cuerpos, á saber, el senado y la cámara de los diputados de los departamentos. »

« Las contribuciones serán votadas libremente. »

« Quedarán aseguradas la libertad pública y la individual. »

« Habrá libertad de imprenta con las precauciones necesarias para mantener la tranquilidad pública. »

« Cada cual podrá ejercer libremente el culto de su religion. »

« La propiedad será inviolable y sagrada, y no podrá revocarse la venta de los bienes nacionales. »

« Los ministros serán responsables, y podrán ser acusados en la una de las dos cámaras legislativas, y sentenciados en la otra. »

« Los jueces serán inamovibles, y el poder judicial independiente. »

« Será reconocida la deuda pública. »

« Se conservarán las pensiones, grados y honores militares, igualmente que la nobleza antigua y moderna. »

« Subsistirá la Legion de honor con el distintivo que tendré á bien señalar. »

« Todos los franceses podrán ser ad-

mitidos á los empleos civiles y militares. »

« Finalmente nadie podrá ser incomodado por sus opiniones ni por lo que haya votado. »

« Fecho en Saint-Ouen, á 2 de mayo de 1814. »

« FIRMADO, LUIS. »

Con estos antecedentes la poblacion de Paris se deshizo en demostraciones de júbilo el dia de su entrada. El 4 de junio se presentó el rey al cuerpo legislativo, y anunció en un discurso, que sus ministros iban á leer la *Carta*, tal cual la había estendido la comision nombrada al intento. La leyó en efecto el ministro Ferrand, despues de haber tomado la palabra el canciller Dambray, y de haber dicho entre otras cosas: « Léjos del rey la idea de que la soberanía deba carecer de las saludables barreras, que bajo diversas denominaciones

« le ha opuesto siempre nuestra Constitución. Ha combinado pues de tal manera los poderes, que los derechos de la nacion no queden ménos asegurados que los de la dignidad real. No aspira mas que á ser el gefe supremo de la gran familia, de que es padre. El mismo viene á dar á los franceses una Carta constitucional, adaptada á sus deseos, á sus necesidades y á la situacion respectiva de los hombres y de las cosas. »

Esta Constitución hubiera completado el reposo y la dicha de los franceses, si el espíritu de partido y las pretensiones de algunos no hubiesen alarmado los intereses creados por el discurso de 50 años. En pocos meses cambió el aspecto político de la Francia, y el Gobierno empezó á presentir los males que le amenazaban; pero el rey los ignoraba, porqué la vida sedentaria que tenia que guardar por su extraordinaria obe-

sidad, y sus achaques le impedían que llegase á sus oídos la verdad.

El demasiado ascendiente que tomaron en los negocios los realistas, que habían vuelto de su emigracion destituidos de saber y del conocimiento de los hombres de su época y de su país; los premios y distinciones que se les concedieron sin discrecion ni justicia; y sobre todo el haberse dado un desahogo intempestivo á ciertas pasiones bajas, en momentos en que la paz y la fraternidad debían reunir á todos los franceses; hicieron pensar á Napoleon en salir de la isla de Elba para recobrar el trono, de que se le había arrojado algunos meses ántes. El prestigio de su gloria militar le facilitó millares de soldados, que acudieron á porfía á ofrecerle sus armas, de modo que su marcha desde Cannes, donde desembarcó el 1.º de marzo de 1815, hasta Paris, en que hizo su entrada el 20 del mis-

mo mes, fué un triunfo continuado, sin que hubiese necesidad de disparar un tiro. Pero la Francia, á pesar de las quejas que pudiera tener con el Gobierno de los Borbones, había conocido un régimen legal, y no quería ser mandada despóticamente por un militar, que exigía toda clase de sacrificios del pueblo, sin hacer nunca caso de sus derechos. Facilitó á Napoleon los medios necesarios para levantar un respetable ejército, creyéndole capaz de reconocer y rectificar los errores de su anterior Gobierno; pero tan luego como se convenció de la imposibilidad de la enmienda, el entusiasmo se fué amortiguando, y se manifestó el descontento, precursor de la ruina de los imperios. A la batalla de Waterloo se siguió una defeccion general, que acabó con el poder de Bonaparte, y volvió á abrir las puertas de la Francia á Luis XVIII.

Así que supo la victoria de los aliados, se puso en camino para Mons, y el 24 de junio se hallaba en Cambray. Desde allí dirigió á los franceses una proclama, declarando su intencion de dar mayor fuerza á las instituciones de la Carta. Esta notable circunstancia parece probar, que Luis conocía cuales eran las verdaderas causas de que Napoleón se hubiese decidido á salir de su destierro, pues solo un loco hubiera podido presentarse en Francia con un puñado de hombres, á no contar con los resentimientos que habían escitado los desaciertos del nuevo Gobierno.

Con todo á la llegada de Luis xviii á Paris, algunos realistas furiosos hicieron sentir los efectos de su venganza; con lo que principiaron á perturbar la tranquilidad del Estado. La cámara de los diputados, como nombrada por collegios incompletos, y compuesta en la mayor parte de caballeros de san Luis,

autorizó el establecimiento de tribunales de escepcion y de comisiones militares, que bajo formas semilegales sacrificaban á los que eran de diversa opinion ó partido. Los realistas exaltados del mediodía, conocidos con el nombre de *verdets*, cometieron crneldades y asesinatos, que no parecen creibles en el siglo en que vivimos. Aquella cámara, que recibió el nombre de *introuvable*, por no ser posible hallar otra que tanto tendiese al retroceso de las ideas, vió con indiferencia asesinar impunemente á un enviado del rey á las provincias del mediodía, y que los protestantes de Nimes fuesen degollados por los puñales católicos, al mismo tiempo que la Ley fundamental autorizaba la libertad absoluta da los cultos. Hasta el decreto de amnistía, que Luis xviii, usando de la prerogativa mas noble que disfrutaban los reyes, había dado para los delitos políticos, hubiera sido converti-

do en arma de persecucion, á no ser por la resistencia que opuso el ministerio. El allanamiento de las casas fué autorizado, y apenas hubo ley alguna ni artículo de la Constitucion, que no fuese violado por los agentes del Gobierno. Un partido, tan corto como valiente, sostenía, en medio de la representacion nacional corrompida, los derechos de los franceses; pero nada podía adelantar contra una mayoría, que se preciaba de ser mas realista que el mismo rey, y que propendía mucho mas que él á la arbitrariedad. Algunos alborotos advirtieron al ministerio, que era tiempo de acallar pretensiones tan ridiculas, y hasta los gabinetes estrangeros tomaron parte en que se restableciese el buen orden y la armonía. Ultimamente un ministro hizo conocer el peligro á que se caminaba, y el 5 de setiembre de 1816 se publicó una real orden, que ponía fin á los motivos de turbulencia é in-

quietud, mandando la disolucion de la cámara. Una ley de elecciones, dictada en sentido mas análogo á la verdadera libertad, abrió á muchos sugetos ilustrados y patriotas la entrada en el cuerpo legislativo. El ministro Gouvion Saint-Cyr colocó y promovió á muchos oficiales separados del ejército por sus opiniones, y sostuvo con la elocuencia que inspiran la verdad y la justicia, una ley propuesta á su favor. Por otra se dieron mas ensanches á la libertad de imprenta, y se permitió á los periodistas hablar de los abusos contra las leyes y de las injusticias cometidas por las autoridades. Desde aquella época la Carta, que Luis xviii había otorgado á los franceses, empezó á ponerse en práctica, y calmadas ya algun tanto las pasiones, entraron todos en el camino legal que ella les trazaba.

La Europa estaba descansando de sus fatigas y ofrecía esperanzas de una paz

duradera; pero los acontecimientos de la Península y de Italia en 1820, y la muerte violenta dada al duque de Berry en aquel mismo año, hicieron temer á los gabinetes del continente una insurrección contra todos los tronos, y se prepararon para reprimirla. La Francia, como la mas inmediata al punto principal del movimiento, fué la primera que trató de precaverse del peligro que creía amenazarla; y con el título de cordon sanitario contra la fiebre amarilla que reinaba en Barcelona, arrió á las fronteras de España un grueso ejército. Parece difícil creer, que cuando Luis xviii aseguró en la apertura de las cámaras el 4 de junio de 1822, que *solo la maledicencia habia podido hallar en las medidas que habia tomado, un pretexto para desfigurar sus designios*; estuviere aun ageno de pensar en la intervencion armada, cuando de allí á seis meses ya la notifi-

có al Gobierno español. Sea de esto lo que se quiera, habiendo decidido las potencias del norte en union con la Francia, que debían sofocarse los principios de libertad que se proclamaban en la Península, un ejército frances, con un príncipe de la casa real á su frente, invadió la España, que habia manifestado una cordura singular en medio de su cambio político, y que no pensó ciertamente en mezclarse en los negocios de sus vecinos. Los franceses que nos habian atacado en 1795 para propagar sus ideas republicanas, y en 1808 para arrebatarnos nuestros reyes, nuestras instituciones y nuestra independendencia, proclamando al mismo tiempo la estincion de los frailes y de la inquisicion; la restablecieron con las demas monstruosidades del fanatismo, enviando un ejército en 1823. De modo que en el espacio de treinta años les hicieron atravesar nuestras fronteras los pretextos

mas encontrados, aunque siempre fué uno mismo el impulso, á saber, el espíritu que los domina de imponer á los otros su gusto, sus modas, su ilustracion ó sus preocupaciones.

Lo único que puede excusar á Luis xviii de haber autorizado la última incursión, tan funesta á España como poco ventajosa á la Francia, es que el decremento que iba notándose en sus facultades intelectuales, no le permitía ya manejar por sí mismo el timon del estado. A igual motivo deben atribuirse las leyes represivas de la imprenta, y la arbitrariedad con que algunos escritores fueron sustraídos del jurado que debiera juzgarles; cosas que no honran mucho los últimos años de su reinado. Así subsistió por algun tiempo separado de los negocios, ó por lo ménos sin poderse dedicar á ellos con inteligencia, hasta que agravándose mas sus males, murió por fin, á 16 de setiembre

de 1824, en el palacio de las Tullerías.

Para calcular las ventajas que reportó la Francia de los diez años que la gobernó Luis xviii, es menester que recordemos su estado á principios de 1814, en que se hallaba ocupada por numerosos ejércitos estrangeros y devastadas sus provincias. Un despotismo brutal pesaba sobre ella, el cual se hacia mas insoportable, á medida que se irritaba por sus propios desaciertos. Su poblacion se veia diezmada, las fuentes de la prosperidad agotadas, las contribuciones eran exorbitantes, el crédito público no se conocía ni aun en el nombre, no se descubría seguridad alguna para lo venidero, y los males presentes se agravaban con la perspectiva de guerras interminables, que escitaban contra esta nacion el odio de todas las europeas. Tal era la Francia de 1815.

Poco á poco habian desaparecido, ó se habian minorado por lo ménos todas



estas calamidades. Por dos veces se había recobrado la paz, cuando se temía hasta que fuese desmembrada la Francia, y que perdiese su independencia. En vez de sufrir semejante humillacion, siguió representando el papel de una potencia de primer orden en Europa, é influyendo en los grandes negocios de ella, como pudiera hacerlo en su época mas floreciente. La gloria efimera y odiosa de las victorias y las conquistas la cambió por la sólida y provechosa de una Ley fundamental, que restableciendo las antiguas libertades de la nacion, la arrancó de la arbitrariedad, en que la había mantenido el imperio. Esta Constitucion estaba tan bien acomodada á la situacion de las cosas y al deseo de todos, que no obstante que contaba pocos años de existencia, no sufrió estruendos ni contradicciones en su puntual observancia. A proporcion que las llagas anteriores se iban cicatrizando, vol-

vieron á abrirse los manantiales de la prosperidad, debidos al suelo de la Francia y al genio de sus habitantes. Fué creado el crédito público, y dió resultados desconocidos en los mejores tiempos de la antigua monarquía. Se supo recoger el fruto de las grandes disposiciones tomadas en la época turbulenta de la república, conservando los títulos y distinciones que se habían concedido á los hombres de singular mérito, y respetando la venta de los bienes nacionales, con la cual se les arrancó de las manos muertas, y quedó bien repartida la propiedad. En una palabra, la Francia en vez de conservar una actitud violenta y precaria, pues pendía del desgraciado éxito de una batalla; logró quedar en paz con todas las naciones sus vecinas, y caminar acorde hasta con la Inglaterra, cuyos intereses y comercio parecian hacer interminable la rivalidad. No teniendo ya que te-

mer de la preponderancia marítima de la Gran Bretaña, pudo activar la conclusion y armamento de los buques que Napoleon había hecho construir, los cuales se hubieran pudrido, ó hubieran sido quemados en los arsenales, si esta circunstancia no los hubiese permitido salir al mar. Tantas mejoras en tan poco tiempo hacen disimulables los desaciertos y errores, que hemos notado en el reinado de Luis XVIII.

## CÁRLOS X.

El hermano menor de Luis XVI nació en Versalles á 9 de octubre de 1757. Le pusieron CARLOS por nombre, y llevó el título de conde de Artois. Es el único de los hijos del Delfín, hijo de Luis XV, que existe en el día, cargado de años, de achaques y de los sinsabores, que deben de haber dejado grabados en su alma los acontecimientos en que ha intervenido.

mer de la preponderancia marítima de la Gran Bretaña, pudo activar la conclusion y armamento de los buques que Napoleon había hecho construir, los cuales se hubieran pudrido, ó hubieran sido quemados en los arsenales, si esta circunstancia no los hubiese permitido salir al mar. Tantas mejoras en tan poco tiempo hacen disimulables los desaciertos y errores, que hemos notado en el reinado de Luis XVIII.

## CÁRLOS X.

El hermano menor de Luis XVI nació en Versalles á 9 de octubre de 1757. Le pusieron CARLOS por nombre, y llevó el título de conde de Artois. Es el único de los hijos del Delfín, hijo de Luis XV, que existe en el día, cargado de años, de achaques y de los sinsabores, que deben de haber dejado grabados en su alma los acontecimientos en que ha intervenido.

Diferenciábase desde los primeros años de sus hermanos por su carácter jovial, y por su afición á la caza y á los placeres. Se casó en 1773 con María Teresa de Saboya, hermana de la esposa de Luis xviii. Entró muy jóven en la carrera militar, y en 1782 fué al campo de san Roque, y se encontró en el sitio de Gibraltar. A su vuelta á Francia recibió la cruz de san Luis.

Emigró á Turin al principio de la revolucion, y siguió el ejército de Condé, pasando despues á Rusia, donde fué bien acogido por la emperátriz Catalina II. Unido á la suerte de su hermano Luis xviii, se fijó tambien en Inglaterra con sus dos hijos, los duques de Angulema y de Berry.

En 1814 se anticipó al rey para entrar en Francia, y habiéndose presentado en París con el uniforme de guardia nacional, fué recibido con demostraciones de entusiasmo y de alegría.

*No encuentro, dijo á su entrada en la capital, que nada haya cambiado: solo hay un francés mas que ántes.*

La muerte de Luis xviii, acaecida el 16 de setiembre de 1824, le colocó en el tronó; y los primeros actos de su reinado manifestaron no tan solo que conocía el estado del país, sinó que deseaba fomentar la riqueza y esplendor de la Francia. La libertad de imprenta recibió una estension capaz de ilustrar al público, de contener á las autoridades y á los jueces en sus deberes, y de facilitar al Gobierno los medios necesarios para conducir felizmente los negocios del estado. Pero unas medidas tan cuerdas iban acompañadas de otras de diverso género, debidas á las impresiones que CARLOS había recibido en la niñez, y á los rezelos de volver á caer de nuevo en los desastres de la revolucion. Si sus principios religiosos y políticos hubiesen estado mas acordes con el mo-

do de pensar de la nación que gobernaba, hoy día estaría aun sentado en el trono. Desgraciadamente los hombres que le rodearon en los últimos tiempos, nada habían aprendido de lo que la experiencia debió enseñarles, y se aprovecharon de la disposición natural del rey, para hacerle adoptar un rumbo de perdición. Creyendo que la Francia aspiraba solo á su anterior gloria militar, y que con tal que se diese pábulo á esta pasión, renunciaría sin gran resistencia á sus fueros y libertades; facilitaron la expedición de Grecia y la ocupación de Argel, al mismo tiempo que restringían la facultad de pensar y de escribir. No tuvieron presente, que la adhesión que la mayoría de los franceses manifestaba á la persona del rey, se fundaba principalmente en el recuerdo de la solemne promesa que, al ocupar el trono, hizo el 17 de setiembre de 1824 á las diputaciones reunidas de las dos cámaras,

cuando dijo respondiendo á su felicitación: « Había prometido, como súbdito, sostener la Carta y las instituciones que debemos al soberano, de que acaba de privarnos el cielo. Ahora que por el derecho de nacimiento ha recaído el poder en mis manos, lo emplearé por entero en consolidar, para la felicidad de mi pueblo, la Constitución que había prometido sostener. »

A esta prueba tan solemne de las intenciones de CARLOS X debe añadirse otra mayor, atendidas las ideas religiosas que formaban su carácter. A imitación de los antiguos reyes de Francia, y amalgamando las ceremonias de los siglos medios con el sistema y fórmulas del día, se hizo consagrar en Reims, donde juró de nuevo *sostener y hacer ejecutar la Carta constitucional*. No obstante, las personas que se apoderaron de su conciencia, trabajaron por re-

traerle de la senda que este juramento le prescribía, y solo en tiempo del ministerio de Martiñac en 1828 fué presentada á las cámaras una ley municipal y departamental, que si bien no llegó á aprobarse por un conjunto de combinaciones extrañas, daba una idea de las benéficas intenciones del que la proponía. Las esperanzas que había hecho concebir el rumbo legal, aunque tímido, de aquel ministerio, se desvanecieron con el nombramiento del conocido bajo la denominacion del de 8 de agosto (de 1829). Acaso fué debido este cambio á las disposiciones de que estaba animado CARLOS X, si es cierta la siguiente anecdota, que nos han referido personas bien informadas.

Parece que estimulado el rey por los palaciegos fanáticos y por los jesuitas que dirigían su conciencia, abrigaba tiempo hacía los deseos de libertarse de las trabas que le imponía la Constitu-

cion; pero no se atrevía á romperlas, sin que se le absolviese del juramento que había prestado de guardarla. Solicitólo repetidas veces, aunque sin fruto, de Leon XII: su sucesor, Pio VIII, fué mas condescendiente, ó conoció ménos el estado de la Francia, pues no tuvo embarazo en disipar los escrúpulos del rey, para que pudiese entregarse decididamente á poner por obra sus desiguos. Desde este punto se declaró la guerra á todas las mejoras, se fué coartando la libertad de imprenta, y se tomaron todas las medidas para dar el golpe de acabar con la Carta.

Algunos ensayos hechos ántes, á fin de sondear las disposiciones del pueblo frances para alborotarse, persuadieron á Políñac y á los demas ministros, que la suspension de la Ley fundamental, ó de algunos de sus artículos, no ocasionaría grandes trastornos, y que podía intentarse impunemente. Recordaban el

ejemplo del ministro Villele, que por una real orden había licenciado la guardia nacional de Paris en 1827; los animaba el haber visto que el pueblo de la capital se había dejado acuchillar por los gendarmas, con motivo de una iluminación, en la calle de san Dionisio; y no vacilaban ya en hacer entrever en los periódicos ministeriales, que estaban resueltos á dar el golpe decisivo, creyéndose seguros del triunfo.

Desde que fué nombrado el ministerio del 8 de agosto, la nacion adivinó por una especie de instinto los males que la amenazaban. Los autores de los diarios que se atrevieron á anunciarlos, fueron procesados. El *de los Debates* sufrió el primero la persecucion, y fué condenado en primera instancia; pero habiendo apelado, logró ser absuelto. Este acto de resistencia y su resaltado probaban, que no había aun motivo para desesperar.

El discurso del rey en la apertura de las cámaras del año 1830, descubría las intenciones del Gobierno por su tono amenazador. La cámara de los Diputados juzgó que no debía desentenderse de aquellas, y en su respuesta declaró, que *las miras políticas del ministerio no estaban en armonía con los deseos de la nacion.*

La cámara fué disuelta el 16 de mayo por una proclama del rey, dirigida personalmente contra los Diputados que habían tenido la valentía de hablarle la verdad; pero la Francia entera aprobó la conducta de los 221, pues tal fué el número que formó la mayoría de aquella célebre resolución. Por mas que los diarios ministeriales repitieron, que no debían ser nombrados en las nuevas elecciones que se estaban verificando, si no se quería perder del todo la libertad; y á pesar de que los presidentes de los colegios guardaban el mismo language,

y amenazaban á los electores, si se obstinaban en reelegirlos; no solo volvieron los mismos, sinó que fueron reforzados con otros compañeros de su modo de pensar.

Quedó declarada desde este punto la guerra entre la cámara y el ministerio, el cual no se retiró por esto, sinó que obedeció á la voluntad de CARLOS X, que estaba ya resuelto á proclamarse rey absoluto. Al mismo tiempo que se convocaba el 25 de julio á los Diputados, para que acudiesen á la apertura de la cámara el dia 5 de agosto, se estaban ya imprimiendo las tres órdenes de aquella misma fecha, que publicó el Monitor del 26. La primera suspendía la libertad de imprenta, la segunda anulaba las elecciones de los Diputados, que acababan de convocar, y la otra establecía un nuevo método para proceder á otras elecciones. El ministerio disimuló tan poco en la esposición que las prece-

día, que dijo explícitamente, que *se ponía fuera del orden legal*; y aun añadió, que *recurriria á la fuerza*, para llevar al cabo estas disposiciones.

El pueblo quedó como atónito por algunos momentos; pero indignado de una violacion tan manifiesta de sus derechos, empezó á reunirse en corrillos anunciando la resistencia á que se preparaba. A las cuatro de la tarde ya se notaron síntomas de disturbio en el punto mas céntrico de París, que es el *palacio real*, habitacion ordinaria del duque de Orleans, el cual estaba ausente con su familia en Neully. Reinaba tambien en la *Bolsa* una agitacion horrorosa, producida por la baja de los fondos y por los temores de una bancarrota general. Se decía públicamente, que iban á suspenderse los negocios, y que al otro dia se cerrarían todos los talleres.

Entre tanto reunidos los redactores de los principales periódicos de París,



estendieron una protesta legal, llena de valor y de nobleza, y publicándola al día siguiente, fueron los primeros en sufrir el rigor y persecuciones que debía atraerles semejante paso.

Las calles de París se llenaron de patrullas de gendarmas, suizos, soldados de la guardia real y de otros cuerpos de línea, pues la guarnición estaba muy reforzada, para que fuese más fácil atterrar á los que se atrevieran á oponerse á tamaña novedad.

El martes 27 siguió tomando incremento la fermentación, y los Diputados que habían llegado á París, reunidos en número de 37 en casa del señor Casimiro Perier, creyeron de su deber oponer una protesta á la ilegalidad de la orden que les concernía particularmente. Resolvieron juntamente mandar una diputación á las Tullerías, para rogar al mariscal Marmont, que hiciese cesar el fuego que se había roto en diversos

puntos de la capital. Sus súplicas no fueron oídas, y la mortandad crecía por instantes, aunque los paisanos, más bien armados y en mayor número, no se dispersaban ya con tanta facilidad á vista de las patrullas.

En la mañana del 28 se anunciaba por todas partes la guerra más encarnizada: algunos guardias nacionales osaron presentarse con su uniforme, y el pueblo, resguardado por los parapetos y barricadas que había construido durante la noche, temía menos el ataque. La tropa por su parte iba enfriándose en vista de la resistencia que encontraba, y no dejaba de reflexionar cuán injustas eran las órdenes que se le mandaban sostener. Puede decirse que esta indiferencia en una parte de la tropa señaló ya al anochecer, que el ardor y entusiasmo popular serían coronados con la victoria.

Hasta este punto los paisanos habían

carecido de direccion y de gefes, que rara vez se presentan, á lo ménos los que tienen un nombre que perder, si no descubren alguna probabilidad del buen éxito. El encono, la rabia y el valor personal lo habían hecho todo, y nadie podía gloriarse de capitanear media docena de hombres. Algunos pelotones se habían sometido espontáneamente á las órdenes de los alumnos de la Escuela politécnica, que habían acudido para cooperar á la defensa, y estos jóvenes fueron los primeros que empezaron á dirigirla. Pero como el día 29 hubiese variado tanto el aspecto de las cosas, el general Lafayette ya aceptó el nombramiento de comandante de la guardia nacional de Paris, y con el título de *Comision municipal* se formó una junta, que obró por algunas horas con un poder dictatorio.

El 30 por la mañana se reunieron los Diputados en casa de Laffitte, y allí se

pensó en ofrecer el empleo de *lugarteniente general del reino* al duque de Orleans; pero se aplazaron para juntarse á la una del mismo dia en el edificio de la cámara de los Diputados, y tratar de nuevo de este asunto de tanta consecuencia. Mientras se celebraba la segunda reunion, fué introducido el conde de Sussy, que llevaba tres órdenes de CARLOS X, reducidas á revocar las del 25, á señalar el dia 5 de agosto para la apertura de las cámaras, y á nombrar un nuevo ministerio, en que figuraban algunos sugetos apreciables por su ilustracion y patriotismo. Mas era sobrado tarde: los Diputados no quisieron reconocer un poder, que miraban ya como apulado, y no permitieron siquiera que se les leyesen las órdenes. Continuaron pues en la discusion, y resolviéndose por fin á lo propuesto por la mañana, conferenciaron con los comisionados de la cámara de los pares, é

invitaron por unanimidad al duque de Orleans, á que se encargase de las funciones de lugarteniente general del reino. Llegó en efecto á Paris aquella noche á las once, y habiendo aceptado, dictó á las 6 de la mañana del dia siguiente la proclama que concluye: *La Carta será de hoy en adelante una verdad.* Los Diputados publicaron tambien un manifiesto á la nacion, en que esplicaban las circunstancias extraordinarias en que se habían visto, la resolucion que habían tomado, y la necesidad urgente que habia, de hacer algunas mejoras en la Constitucion.

Viendo CARLOS X el rumbo que tomaban los negocios, creyó todavía paralizarlo, nombrando lugarteniente general del reino al duque de Orleans, y enviándole, en la noche del 1 al 2 de agosto, con esta orden su abdicacion y la del Delfin en favor de su nieto Enrique V, el hijo póstumo del duque de

Berry; á fin de que pareciese que ejercía con consentimiento suyo el cargo que los Diputados le habían conferido. Con todo el duque de Orleans creyó mas seguro apoyarse en la eleccion de estos, procedió á formar el ministerio, y abrió las cámaras el dia 3. Ocupáronse las comisiones de estas en preparar las novedades que habían de practicarse en la Constitucion, y en deliberar sobre si convendría llamar á Luis Felipe para que se sentase en el trono, vacante de hecho, pues CARLOS X y su familia habían tenido que salir de Rambouillet, para evitar el resentimiento popular. Aun para llegar á Cherbourg, donde habían de embarcarse, fué necesario que el nuevo Gobierno comisionase al general Maison, al consejero Schonen y al abogado Odillon-Barrot, á fin de que el crédito de patriotas que disfrutaban estas personas, sirviese de salvaguardia á las de la familia real.

Los Diputados de la cámara, como el resto de la nación, estaban divididos en sus opiniones: eran muy pocos los que deseaban sostener á la dinastía reinante y sus góticas pretensiones; algunos no querían otro Gobierno que el republicano bajo unas bases parecidas al de la América del norte; y los mas, recordando todavía los horrores del tiempo de la Convencion, y creyendo imposible que volviese á ser república una nación, enclavada en el centro de tantas monarquías, sin escitar su enemistad y declararse en guerra con ellas; no descubrían otro medio de salvacion; que elegir un rey, el cual al mismo tiempo que tendria que reconocer haber recibido el poder de sus manos, juraría observar las leyes que se le prescribiesen. No había que vacilar respecto de la persona, pues solo el duque de Orleans reunía al prestigio de pertenecer á la familia real, la circunstancia de no

haber estado en buena armonía con ella. La cámara pues, obligada por los acontecimientos imprevistos que acababan de agolparse, y sin tener poderes para ello, resolvió trasladar la monarquía francesa de la rama mayor de los Borbones á la menor. En la memorable sesion del 7 se revisó de prisa, como suelen hacerse casi todos los asuntos de grande importancia, la Carta; se la espurgó de todos los artículos de que mas había abusado el poder, y se declaró, que estando vacante el trono de hecho y de derecho, el Bien general del pueblo llamaba con urgencia al duque de Orleans á ocuparlo, y que por lo mismo se le invitaria á aceptar y jurar la nueva Constitucion, previo lo cual tomaria el titulo de *rey de los franceses*. Prescindiendo de los deseos que pudieran animar á Luis Felipe, no le quedó arbitrio entre aceptar, ó emigrar y esponerse á perder los inmensos bienes raíces que

poseía en Francia, pues su denegacion se hubiese mirado como una censura de cuanto había sucedido, y tal vez como una hostilidad, que no debía menospreciarse en un sugeto de tan alta gerarquía. Defirió por tanto á la voluntad de la cámara, en la que se presentó el 9 del mismo mes para jurar solemnemente las condiciones, bajo las cuales se sentaba en el solio.

A solo este cambio y á unas cuantas modificaciones en la Carta quedaron reducidas las pretensiones de un pueblo, que acababa de sostener la lucha mas sangrienta de todas las que presenta la historia moderna entre el paisanage y el ejército de una misma nacion; y que había hecho su resistencia espontáneamente, sin ser acaudillado, sin miras ambiciosas, sin buscar apoyo en los facinerosos, sin cometer ningun exceso de robo ni violencia estando en completa anarquía, y sin abusar en lo mas mi-

nimo de su victoria. Así obra el pueblo en las verdaderas revoluciones, cuando motivos de general interes le impelen; y su triunfo es siempre seguro. No sucede lo mismo en las conspiraciones: para madurarlas se requieren muchos preparativos; todos los medios parecen justos para llevarlas á cabo; se busca el ausilio de la gente perdida y de los criminales que se hallan en las cárceles, y rara vez logran un feliz éxito.

Volviendo ya de esta larga digresion, que merecia la famosa revolucion parisiense, CARLOS X desembarcó en Cowes, puerto ingles en el canal de la Mancha, donde se le admitió bajo el nombre del conde de Ponthieu. Estuvo allí algunas semanas hospedado por un caballero rico, hasta que el rey de Inglaterra le brindó con el palacio real de Edimburgo, que el mismo CARLOS había ya ocupado algunos años durante su emigracion anterior. Por el mes

de setiembre de 1852 se embarcó para Alemania, terminando su viage en Praga, capital de Bohemia. El emperador de Austria le cedió una parte del antiguo é inmenso palacio de Hradschin, en el que se estableció con los demas individuos de su familia, ménos la duquesa de Berry, la cual marchó á Italia, y se halla en la actualidad encerrada en la fortaleza de Blaye, cerca de Burdeos, por haber fomentado y acalorado la última insurreccion de la Vandé á favor de su hijo. El ex-rey de Francia no disfruta la mejor salud en un clima frio, y en su avanzada edad de 75 años, de modo que ni una sola vez ha salido de casa despues de su llegada á Praga, y aun ha pasado algunas semanas en cama postrado por la gota.

Las vicisitudes que ha sufrido este monarca, pueden no ser perdidas para los demas reyes, y servir tambien de leccion á los púeblos, si aquellos apren-

den á satisfacer las necesidades y justos deseos de sus súbditos, y estos calculan lo poco que ganan en cambiar de dinastía, si no varían esencialmente sus instituciones, ni están bien decididos á sostenerlas con perseverancia.



EL

## DUQUE DE ANGULEMA.

DEL enlace del conde de Artois (Carlos x) con María-Teresa de Saboya nació **LUIS-ANTONIO, DUQUE DE ANGULEMA**, en Versalles á 6 de agosto de 1775. Un año despues fué nombrado Gran prior de Francia, y en 1787 caballero de la órden del Espíritu santo. ®

Mientras estuvo bajo la direccion del duque de Serento, dió muestras de buen corazon, y no dejó de aprovechar

en los estudios á que se dedicó hasta la época de la revolución. Habiendo recibido su padre en 1789 la orden del rey para marchar á Turin, le acompañó el duque, y subsistió por algun tiempo cerca del rey de Cerdeña, su abuelo. Entró allí en la escuela de artillería, donde siguió todos sus ejercicios, subiendo desde simple artillero á capitán.

Cuando en 1792 declaró la Francia guerra al Austria y la Prusia, el duque de Angulema salió de Turin con su padre, para pasar á Alemania, á mandar un cuerpo de emigrados. Frustrado el objeto de esta coalicion, vivió retirado en la fortaleza de Ham, perfeccionándose en el arte militar. En 1794 siguió al ejército de Condé, que se hallaba en la Flandes austriaca y en Holanda. Este cuerpo tenía que retirarse muchas veces con los grandes ejércitos, cuyas faltas y desaciertos le alcanzaban; pero nunca fué deshecho. Fuera del peligro

marchaba sin disciplina; y como muchos de los generales, oficiales y soldados eran de una misma categoría, nadie mandaba á otro: en la hora del combate cada cual corría por el contrario á ocupar su lugar en las filas, y el fuego enemigo nunca los sorprendió desordenados. Durante nueve campañas, no se entregaron estos valientes al sueño con tranquilidad una noche siquiera, en tanto que cien mil guerreros descansaban pacíficamente confiados en su vigilancia.

Una de las veces que fué reorganizado el ejército de Condé, los nobles que estaban ántes diseminados en diferentes regimientos, formaron uno solo, que el emperador Pablo I reservó para que lo mandase el duque de Angulema. Estaba desempeñando aun este encargo, cuando el 10 de junio de 1799 se casó en Mittau con María-Teresa-Carlota, única hija de Luis xvi.



Los dos esposos siguieron á Luis XVIII, que se vió obligado en 1800 á retirarse á Varsovia, y allí permanecieron hasta que en vista de la indecision del rey de Prusia tuvieron que volver á Rusia. El emperador Alejandro les hizo una acogida correspondiente á su gerarquía; pero como el aspecto de la Francia no ofreciese probabilidad alguna de que los príncipes de la casa de Borbon pudiesen recobrar por entónces el trono, se retiraron á Inglaterra. Compraron la hacienda de Hartwell, y en ella vivieron desde 1810 hasta que en 1814 salió el DUQUE DE ANGULEMA para España, á tiempo que el duque de Wellington iba á entrar en Francia. El 2 de febrero llegó á san Juan de Luz, y desde allí dirigió una proclama á los franceses, exhortándoles á romper las cadenas que los oprimían, y á marchar con él á derribar la tiranía.

Los sucesos seguían favoreciendo la

causa de los Borbones, y el DUQUE DE ANGULEMA, aprovechándose de las ventajas conseguidas por el ejército ingles, que ocupó á Burdeos el 12 de marzo, no perdió momento en entrar en dicha ciudad. Fué recibido con tales aclamaciones de entusiasmo, y le conmovió tanto la arenga del corregidor, que no pudo contestarle sinó estas pocas palabras: *Olvido de lo pasado, y felicidad para el porvenir.* Tres dias despues publicó una proclama, en que se notaban los siguientes pasages: « Solo escuchan-  
« do vuestros votos, es como mi tio as-  
« pira á ser restaurador de un Gobier-  
« no paternal y libre. Hasta que le sean  
« conocidos, nada quiere innovar en la  
« forma de vuestra administracion... Me  
« complazco en repetir, que tengo el en-  
« cargo de anunciaros en nombre del  
« rey, que no habrá ya conscripcion ni  
« impuestos odiosos; que la libertad de  
« cultos será conservada; que se dará

« impulso al comercio y á la industria ,  
 « verdaderas fuentes de la prosperidad  
 « pública; que los poseedores de los bie-  
 « nes llamados nacionales no sufrirán  
 « menoscabo alguno en la propiedad, y  
 « que el valor frances no perderá nin-  
 « guna de sus recompensas y honores. »

El 3 de mayo pasó á Tolosa y visitó los acantonamientos de las divisiones de Suchet y de Soult, y habiendo vuelto á Burdeos, salió de allí para reunirse en Paris con la familia real, de la que estaba separado cinco meses hacía. Nombrado por el rey coronel general de corazeros y de dragones, y almirante de Francia, manifestó en ambos destinos suma imparcialidad y bastante inteligencia.

Viajando el duque y la duquesa en 1815 por las provincias meridionales, recibieron la noticia en Burdeos de que Napoleon había salido de la isla de Elba y desembarcado en Francia. El príncipe

partió al instante para Tolosa, y allí estableció por orden del rey un Gobierno provisional, y se puso al frente de las tropas que permanecieron fieles á la causa de los Borbones. Los sucesos le fueron muy adversos, pues no solo le batieron las fuerzas de Napoleon, sino que los pueblos se declararon tambien en favor del emperador. Movido no obstante por el laudable sentimiento de no dejar á merced del vencedor á los que le habían seguido, conservó unos dias el mando para ajustar un convenio, en virtud del cual pudiese retirarse á Marsella escoltado por un regimiento de infantería; mas habiendo en el intermedio ocupado las tropas enemigas el camino de Aviñon, tuvo el duque que detenerse, y fué arrestado en el puente del Espíritu santo. Por de pronto le pusieron un oficial de gendarmaría de guardia de vista; pero al cabo de unos dias le dieron libertad, y to-

mando el camino de Cette, se embarcó para España el 16 de abril, con solas diez y siete personas, en un buque sueco. No tardó en llegar á Barcelona, y pasó en seguida á Madrid, donde el rey Fernando VII le acogió con afectuosas muestras de aprecio.

Para estar mejor á la vista de lo que pasaba en Francia, se acercó á la frontera por la parte de Cataluña, y hallándose en Puigcerdá, supo que Marsella se había declarado por la causa del rey. Entonces escribió á la junta que se había formado en dicha ciudad, manifestándole su satisfaccion por la conducta de los marseleses. Al mismo tiempo penetraba en Francia con la division que había empezado á formar; y como supiese los acontecimientos de la Bélgica, creó provisionalmente algunos batallones de voluntarios, y con ellos tomó el camino de Paris, donde entró el 7 de agosto.

Pocos dias despues fué nombrado presidente del colegio electoral de la Gironda. Llegó á Burdeos, y abrió las elecciones con un discurso, en que dijo entre otras cosas : « Lo que mas me  
« lisonjea en el encargo que el rey, mi  
« tio, me ha confiado, es el tener oca-  
« sion de espresar á todo el departamen-  
« to, representado en este colegio, mi  
« gratitud por las demostraciones de a-  
« fecto, que tanto la duquesa de Angu-  
« lema como yo hemos debido á la bon-  
« dad de este pueblo. Nunca olvidaré la  
« manera con que me recibisteis, cuan-  
« do vine á este pais como precursor  
« del rey, ni vuestra lealtad, cuando las  
« desgracias affigieron de nuevo á nues-  
« tra patria.... Siguiendo los deseos de  
« S. M., me he apresurado á venir, lle-  
« no de alegría y de esperanza, á presi-  
« dir la eleccion de los que honre la con-  
« fianza pública para concurrir, con las  
« demas personas escogidas por la Fran-

«cia, á salvarla y asegurar su felicidad... Descanso en vuestras luces y en vuestro entrañable amor á la persona del rey y á la patria.»

Apénas habian acabado de verificarse las elecciones, cuando tuvo noticia de que las tropas españolas que se habían arrimado á la frontera, se adelantaban hacia Francia, creyendo que su presencia era necesaria para intimidar á los afectos á Napoleon. Corrió al instante al encuentro del general Castaños que las mandaba, y le suplicó que se retirase, pues su tío y toda su familia tenían fundados motivos para descansar en el afecto de la parte mas sana y principal del pueblo frances.

El 12 de octubre del mismo año fué nombrado presidente de la quinta comision de la cámara de los pares; pero á ejemplo de los demas principes, rara vez asistió á las sesiones.

De allí á poco se manifestaron al-

gunos disturbios en el mediodía de la Francia, que se apaciguaron al instante que se presentó el DUQUE DE ANGLEMA, sobre todo en Nîmes. Los católicos y protestantes divididos hasta entónces, se pusieron de acuerdo, adoptando el principio de union y de olvido; aunque mas tarde anularon tan buenas disposiciones los intereses y orgullo de las personas privilegiadas.

A los cinco años de ejercer pacíficamente las funciones de sus destinos, perdió á su hermano el duque de Berry, muerto á manos de un asesino. Llenóle aquel suceso de un justo dolor; pero nunca pensó en atribuirlo sinó á su autor, sin que llegase á imaginar que pudiera tener cómplices, ni pretendiese que se hicieran pesquisas para averiguarlo. ®

Los acontecimientos de la Península en 1820 decidieron al gabinete de las Tullerías á intervenir con un ejército

numeroso, para que volviese la España al Gobierno absoluto. Fué nombrado el DUQUE DE ANGULEMA generalísimo de las tropas invasoras, y su presencia minoró en parte los males, consiguiéntenos á una reaccion, en que el fanatismo debía hacer sentir á los vencidos los efectos de su saña y furor. El DUQUE se portó siempre de un modo propio para conciliar todos los partidos, y su decreto de Andújar le hace mucho honor, y ha adquirido sobrada celebridad, para que dejemos de copiarlo á la letra. Decía así:

« Nos LUIS ANTONIO DE ARTOIS, príncipe de Francia, DUQUE DE ANGULEMA, comandante en gefe del ejército de los Pirineos. »

« Considerando que el haber ocupado á la España con un ejército que está á mis órdenes, me constituye en la indispensable obligacion de tomar las

« disposiciones necesarias para la tranquilidad del reino y para la seguridad de mis tropas, he ordenado lo que sigue :

« ART. 1.º Las autoridades españolas no podrán arrestar á nadie, sin estar autorizadas por el comandante de mis tropas que se halle en su distrito. »

« 2.º Los comandantes en gefe de los cuerpos de mi ejército harán poner en libertad á todos los que hayan sido arrestados arbitrariamente y por motivos políticos, señaladamente á los milicianos que regresen á sus casas. »

« Pero son esceptuados los que despus de haber vuelto á sus hogares, den justos motivos de queja por su conducta. »

« 3.º Los comandantes en gefe de los cuerpos de mi ejército están autorizados para hacer arrestar á los que contravengan al presente decreto. »

« 4.º Todos los periódicos y sus re-

« doctores quedan sujetos á la vigilancia de los comandantes de mis tropas. »

« 5.º El presente decreto ha de imprimirse y fijarse en los parages acostumbrados. »

« Fecho en nuestro cuartel general de Andújar, á 8 de agosto de 1805. »

« LUIS ANTONIO. »

« Por S. A. R. »

« El príncipe general en jefe, »

« El mayor general, »

« EL CONDE GUILLEMINOT. »

Si este benéfico decreto no produjo los buenos resultados que prometía, atribúyase á los hombres que habían recobrado á la sazón el mando, los cuales no respiraban sinó sangre y venganza. Su ingratitud les hizo olvidar, que

no hubiesen logrado la preponderancia sin el auxilio del ejército francés, y tan pronto como la obtuvieron, resistiéronse con descaro á las disposiciones prudentes y humanas del mismo que habían llamado como su salvador. Desde aquel punto debió conocer la Francia las tristes consecuencias que tendría la cruzada, que contra toda justicia acababa de verificar.

A la vuelta del DUQUE DE ANGULEMA á Paris, fué recibido con las demostraciones que la lisonja nunca escasea al triunfo, y que está pronto á dispensar á los que le conducen á la victoria, un pueblo, mas inclinado á las conquistas y á enriquecerse á espensas de sus vecinos, que á gozar de los bienes de la paz y de los frutos de la industria. El arco de triunfo levantado el año 1806 en la plaza del Carrousel, imitando al de Septimio Severo, para perpetuar la memoria de las campañas de 1805, la en-

trada en Munich y en Viena, la capitulación de Ulma y la batalla de Austerlitz; se convirtió en monumento que recordase la campaña de España de 1825 y la insignificante toma del Trocadero. La revolución de 1850 ha lavado esta mancha de las glorias militares francesas, restituyendo los bajos-relieves que primitivamente adornaban aquel arco.

La misma revolución sacó de Francia al DUQUE DE ANGULEMA, á tiempo en que por la edad avanzada de su padre debía esperar sucederle pronto en el trono. Ha tenido pues que acompañarle en el destierro, yendo sucesivamente á Inglaterra, Escocia, Alemania, y últimamente á Praga, capital de Bohemia. Es probable que allí viva feliz y conformado con su suerte, porque la naturaleza, en la que todo suele estar compensado, ha dispuesto, que los hombres que no brillan por sus grandes ta-

lentos é ideas gigantescas, tampoco se vean combatidos por la insaciable sed de la gloria ni por los tormentos de la ambición.



EL  
**DUQUE DE BERRY.**

Entre las personas que componían la familia de los Borbones en 1789, y que tuvieron que dejar la Francia á consecuencia de la revolucion de dicho año y sucesos posteriores, figura CARLOS-FERNANDO DE ARTOIS, DUQUE DE BERRY, hijo del conde de Artois (Cárlos X), y de María-Teresa de Saboya, el cual nació en Versalles el 24 de enero de 1778.



La marquesa de Caumont fué su aya, y el duque de Serento el encargado de su primera educacion. Bajo su direccion y en el palacio de Beauregard, cerca de Versalles, recibieron él y su hermano mayor, el duque de Angulema, las lecciones de los abates María y Guenée.

En sus primeros años se le notó un genio algo violento, aunque sin perversidad de corazon, y una decidida aficion á las artes. Apénas principiaba su educacion, recibió de su padre la orden de salir de Francia en compañía de su director, para refugiarse á los Países-Bajos, y de allí á Turin, donde estuvo con el rey de Cerdeña, su abuelo, que dió continuas pruebas de aprecio á la casa de Francia en la época de sus desgracias.

Con arreglo al plan de estudios formado por el duque de Serento, asistió á la escuela de artillería, pasando por

todos los grados desde simple artillero á capitán. No tardó en tener ocasion de hacer uso de los conocimientos que había adquirido, porqué declarada la guerra al Anstria y la Prusia por la Asamblea nacional, tuvo que dejar á Turin en agosto de 1792, para unirse con su padre, y principiar la campaña, espieniéndose por primera vez al fuego enemigo delante de las murallas de Thionville. El cambio de los sucesos, cuando á la retirada de la Champaña, los zelos políticos y los intereses encontrados de varios gabinetes, retuvieron al príncipe hasta mediados de 1794 en el castillo de Ham, donde se perfeccionó en el arte militar y aprendió la equitacion. Pero reorganizado el ejército de Condé, recibió orden de su padre para incorporarse con aquel. Empezó á servir de voluntario, y pasando por todos los grados, se encargó el 25 de julio de 1796 del mando de la caballería, confiado

antes al duque de Enghien, que iba á mandar la vanguardia. Durante las campañas de 95, 96 y 97 se halló en todas las acciones de guerra; y en la de Steinstad, que duró todo un día, entró en el pueblo con los primeros húsares, lo atravesó en medio de un fuego terrible, y se retiró cubierto de sangre. En la cabeza del puente de Huninga estuvo muy espuesto á perecer; combatió en Kamlach, Munich y Schussen-Ried, y estudió los movimientos del general Moreau en su brillante retirada, tomando lecciones de este hábil enemigo; se halló al sitio de Kehl, donde mataron á su lado á Francelieu, edecan del duque de Borbon, y en Offembourg se presentaba todos los dias en la trinchera.

Quando el rey fué al ejército, *por no tener*, como él mismo dijo en la orden del dia, *otro asilo que el del honor*, fueron puestos en libertad, á solicitud del DUQUE DE BERRY, todos los oficiales pre-

sos ó arrestados por faltas de poca transcendencia. Estuvo en compañía de su tío en Mittau y al lado de su padre en Edimburgo, hasta que en octubre de 1798 voló á juntarse con sus compañeros de armas en Volhinia. Allí tuvo que encargarse interinamente del regimiento de nobles, que Pablo I había destinado para el duque de Angulema, y acreditó ser un buen oficial de caballería.

Quando la Rusia resolvió socorrer á la Austria, liberrar á la Italia, y adelantarse hasta Francia, el cuerpo de Condé recibió orden para marchar; lo que verificó en tres columnas, mandada la primera por el príncipe de Condé, la segunda por el DUQUE DE BERRY y la otra por el duque de Enghien. Después de haber andado 400 leguas, llegó el ejército realista el 1.º de octubre de 1799 á las cercanías de Constanza, en la que fué atacado por los republicanos. La

batalla fué sangrienta y á la bayoneta, y la última que sostuvo en esta campaña el ejército de Condé. El DUQUE recibió entónces la gran cruz de Malta, con que le condecoró el emperador de Rusia.

Sus continuos viages le proporcionaron el hablar varias lenguas vivas, y su estancia en Italia el conocimiento de la pintura y de la música. Pero ni en Roma ni en otro punto del continente europeo le fué posible permanecer, desde que la paz de la Alemania dió lugar al Gobierno frances para pedir á los gabinetes con quienes estaba en paz, que alejasen á los Borbones, como perjudiciales á su consolidacion. Se vieron pues precisados el conde de Artois y su hijo á refugiarse en Inglaterra, donde el DUQUE se entregó á la pasion que mas combate nuestros corazones, principalmente los de un militar que se halla emigrado y en la ocio-

sidad. Dos niñas, fruto de este trato clandestino, han sobrevivido á su padre.

Por aquel tiempo falleció la madre del DUQUE; lo que le ocasionó una larga enfermedad y la mas profunda melancolía: no logró mitigar su pena hasta que aprovechándose de la espedicion de los ingleses á Copenhague, se trasladó á Suecia. Tuvo que regresar á Inglaterra, luego que se frustró el objeto de la espedicion.

La guerra de España de 1808 le animó de nuevo, y en cierta ocasion estuvo para pasar á Francia acompañado de dos personas solamente, con el proyecto de unirse á los realistas del interior. *Me bastará, decía, encontrar cincuenta valientes que me reciban.* No se realizó la espedicion, habiendo perdido la vida el sugeto, á quien se envió de descubierta.

Los acontecimientos de la Península

iban por fin á abrir el camino á la restauracion despues de 22 años de combates, victorias y catástrofes. Todos los individuos de la familia real se apresuraron á dar impulso á este desenlaze, partiendo á diversos países, y el DUQUE pasó á la isla de Jersey, donde se hallaban algunos realistas franceses envejecidos en el destierro. Los vientos y la política de Europa le retuvieron allí algunos meses, hasta que finalizó el poder de Napoleon. Los derechos de este, adquiridos por las victorias, no tenían bases sólidas que los perpetuasen, careciendo de los que podían darle la legitimidad ó el voto nacional. Así es que el emperador cayó á la vista de sus mismos guardias, deslumbrados por el resplandor de una monarquía antigua, regenerada y amoldada á las necesidades de la Francia por medio de una Constitución.

Apénas el pabellon blanco había si-

do enarbolado en Cherbourg, cuando se distinguió una fragata que tambien lo llevaba. El DUQUE DE BERRY, que pasaba en el Eurótas á Caen, se dirigió con este motivo á aquel puerto, ignorando que el ayuntamiento de la villa había mandado una diputacion á Jersey para suplicarle, que se dignase de ir á desembarcar en ella. El prefecto de marina y las principales autoridades salieron á recibirle, y entró en la rada entre salvas de artilleria y buques empavesados. Inmediatamente fueron puestos en libertad 600 reclutas desertores, y entregados al capitan ingles los prisioneros de su nacion.

Continuó su marcha á Paris, y fué recibido en la barrera de san Dionisio por el cuerpo municipal, y por los mariscales y generales. Su padre le esperaba en las Tullerías, no ménos admirado que él del repentino cambio de su fortuna. Pero este gozo fué pronto in-

terrumpido por haber salido de la isla de Elba Napoleon, que recobró el trono, bien que para dejarlo al cabo de tres meses.

Verificada la segunda restauracion, fueron convocados con grande ostentacion los colegios electorales, y el duque de BERRY que presidia el de Lila, pronunció á su apertura en 13 de agosto de 1815 el discurso siguiente: « Enrique IV, el mas querido de vuestros reyes, juntó despues de largas guerras intestinas á las personas mas distinguidas é ilustres de la nacion, para pedirles consejo. A ejemplo suyo el rey, mi augusto tio, con arreglo á la Constitucion que él mismo ha dado á su pueblo, se dirige ahora á vosotros, y me nombra en particular por su intérprete para con el departamento del norte. No hablaré á los habitantes de un distrito que es la cuna de la monarquía, de su fidelidad; ni daré gra-

« cias por sus sacrificios á un pueblo, que tan al vivo nos recuerda aquellos francos, generosos y guerreros de que desciende: me limitaré á deciros, señores, que el rey, pasados 23 años de revueltas y desdichas, siente la necesidad de investigar el corazon de sus súbditos, que él juzga por el suyo. Y como no puede reunir cerca de sí á todos los franceses, de quienes es mas bien padre que rey, desea que le enviéis, no los que mas le quieran, pues todos le amáis igualmente, sinó los que mejor conozcan vuestros pensamientos, y que se presenten delante del trono olvidando lo pasado, bien enterados del presente estado de las cosas, con prevision para lo futuro, respetando la Carta constitucional, que sean afectos al Gobierno monárquico, y que renuncien á toda mira de interes personal, pues sin esto no es posible trabajar por la felicidad pública. »

No tardó el DUQUE en desposarse con la princesa Carolina, hija primogénita del príncipe real de las dos Sicilias. Las fiestas del casamiento se celebraron en el bosque de Fontainebleau, y la ceremonia nupcial en la catedral de Nuestra Señora de Paris. El método de vida y ocupaciones del DUQUE cambiaron con su nuevo estado; pero nunca se redujo á vivir aislado, como suelen hacerlo las personas de su clase. Por el contrario cuando salía, solo ó acompañado de un edecan, se confundía al momento con la muchedumbre. Su carácter, que tocaba algo en seco y desabrido, iba dulcificándose mas y mas cada dia.

Una fatalidad parece que ha perseguido á la familia de los duques de Berry, pues muchos de ellos han tenido un fin desastrado, incluso Luis XVI, que tambien llevó este titulo. Su sobrino estaba destinado á morir de una puñala-

da, como el primer monarca de los Borbones.

Todos los Gobiernos y todos los reyes tienen enemigos, y mucho mas en época de mudanzas y convulsiones. No faltaban por lo mismo á la dinastía que acababa de recobrar el trono frances; y como el DUQUE era el único que ofrecía probabilidad de perpetuarla, por ser jóven, tener una niña y esperanzas de sucesion masculina, circunstancias que no concurrían en los demas individuos de la familia; le escogió un hombre, embriagado de fanatismo politico, por su primera víctima. Aseguran que el DUQUE recibió varios anuncios de la catástrofe que le esperaba, y que léjos de despreciarlos, atormentaban su ánimo de continuo. Como quiera que sea, el hecho se realizó de este modo.

El domingo 15 de febrero de 1820, fueron á la ópera el DUQUE y la duquesa, la cual por sentirse algo indispueta,

quiso retirarse á poco mas de las once. Acompañóla al coche el DUQUE, pensando quedarse aun en el teatro; pero al estarse despidiendo para volverse dentro, atravesó un hombre de prisa, empujó al lacayo y cogiendo del hombro izquierdo al DUQUE, le hirió en el lado opuesto á la parte inferior del pecho. El conde de Choiseul, creyendo que aquel hombre había tropezado con el DUQUE por grosería, le hizo retroceder reconviniéndole por su falta de atención. El príncipe llevó la mano al costado en que creyó no haber recibido sino una contusion; pero al instante exclamó : *Soy muerto : ese hombre me ha asesinado.* A este grito los gentileshombres, el centinela que tenía presentadas las armas dando la espalda á la calle de Richelieu, un lacayo y varias otras personas corrieron tras del asesino; mientras la duquesa bajaba del coche á toda prisa para socorrer á su marido.

Caminaba este sostenido por el conde de Mesnard y sus criados para sentarse en el banquillo del cuerpo de guardia. Allí repitió : *Soy muerto.... un confesor.... ven, esposa mia, que espire en tus brazos.* Desmayóse en seguida, y lo primero que preguntó al recobrar los sentidos, fué, si el delincuente era extranjero; y como le respondiesen que no, ; *Cuánto siento, dijo, que me haya muerto un francés!* Mientras se preparaban las ventosas, el señor Bougon, su primer cirujano, se puso á chuparle la herida; lo que el príncipe no quería permitir, temiendo que estuviese envenenada.

En esto llegó el obispo de Chártres, á quien el DUQUE alargó la mano pidiéndole los auxilios de la religion, con las mayores muestras de arrepentimiento y resignacion cristiana. El obispo le exhortó á tener confianza en Dios, y le hizo decir un acto de contricion para

poder absolverle. Mas tarde se le administró la Estremauncion, sin que pudiese dársele la Eucaristia, como deseaba, por impedirlo los continuos vómitos de sangre.

Acudieron sucesivamente el duque de Angulema y el conde de Artois, á quienes suplicó encarecidamente se interesasen con el rey, para que perdonase al asesino. Llevaron luego á instancias suyas á su hija, á la que dió su bendicion diciéndole: *Pobre criatura! ojalá seas menos desgraciada que las personas de tu familia!* Quiso igualmente abrazar á las dos niñas que había tenido en Inglaterra, las cuales así que llegaron, se pusieron de rodillas sollózando al pié del catre. Les dirigió algunas palabras tiernas en inglés, para anunciarles que estaba su fin próximo, y les encargó que amasen á Dios, que fuesen buenas y no olvidasen á su padre. Las bendijo, las hizo levantar, las abrazó, y

volviéndose á su esposa, *Cuento con tu amor, le dijo, y me voy descansado de que cuidarás de estas huérfanas.* Estrechólas contra su pecho la princesa, y haciendo que viniese su hija, *Abrazád á vuestra hermana*, les dijo. Esta escena arrancó las lágrimas de cuantos presentes se hallaban.

Los síntomas se fueron agravando, pero aun dieron tiempo para que llegase el rey, cuya mano besó el príncipe, pidiéndole en medio de las últimas agonías por la vida del asesino. No habiendo obtenido una respuesta directa, insistió dos veces en la misma demanda, y de allí á poco rato, á las seis de la mañana del 14 de febrero, dejó de existir, rodeado de toda su familia y de muchos sugetos de distincion.

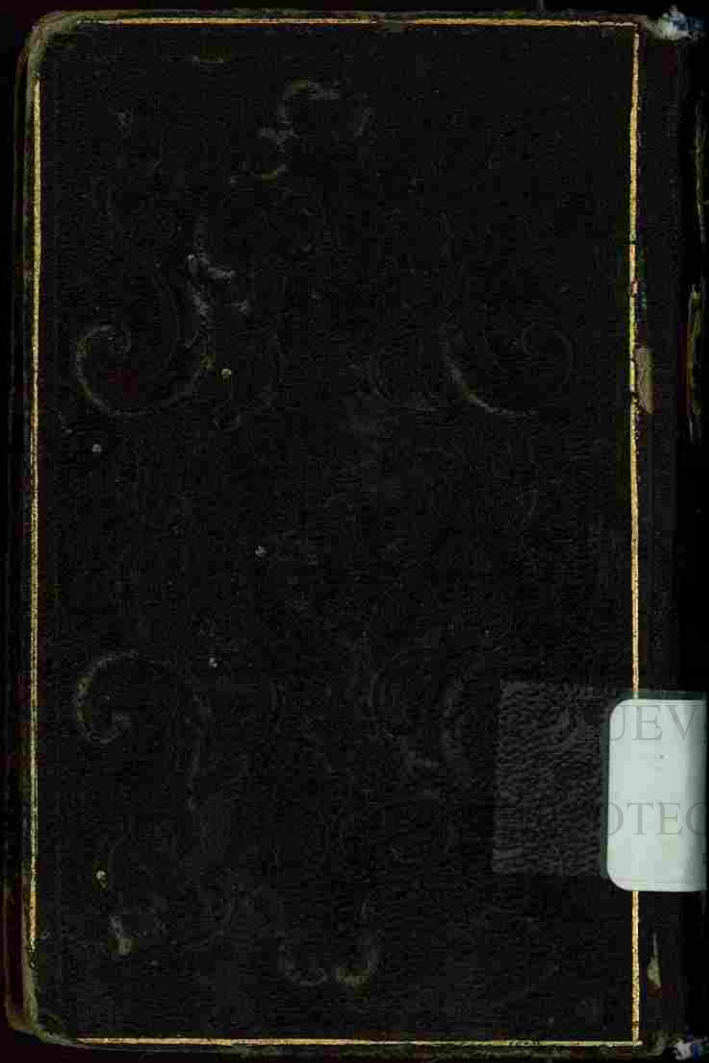
Siete meses despues dió á luz la duquesa de Berry al duque de Burdeos, al cual denomina el partido realista de Francia Enrique V, por haber abdicado



la corona en su favor Cárlos x y el duque de Angulema en 2 de agosto de 1850.

El matador del DUQUE DE BERRY fué arrestado acto continuo, y conducido al parage donde había cometido el crimen; y habiéndole registrado, se le encontró otro puñal con su vaina y la del que había dejado en la herida. Procedióse allí mismo al interrogatorio, y declaró llamarse Luis-Pedro Louvel; que había nacido en Versalles en el año 1785; que era guarnicionero de oficio, y que había estado empleado en las caballerizas imperiales y despues en la del rey, donde en la actualidad trabajaba. Preguntado acerca del arma con que había cometido el delito y de las demas circunstancias, lo confesó todo, añadiendo, que se había propuesto acabar con todos los individuos de la familia real y con cuantos en 1814 habían hecho entrar á los estrangeros en

su patria; que no tenía cómplices, y que no había sido mandado, pagado ni inducido por nadie. Habiéndosele seguido el proceso, ratificó siempre su primera declaracion, y el 6 de junio del mismo año de 1820 fué sentenciado por la cámara de los pares, y guillotinado.



JEV  
OTEC